



mientrastanto.e

Número 217 de noviembre de 2022

Notas del mes

Paz y neutralidad

Juan-Ramón Capella

Economía de la catástrofe

Albert Recio Andreu

¿En pie contra la digitalización y la automatización?

Jordi Bonet Pérez

Hacia un compromiso antipatriarcal entre mujeres y hombres

Antonio Giménez Merino

Variantes de la exclusión democrática

Albert Recio Andreu

Ensayo

Manuel Sacristán, relaciones entre marxismo y ecologismo

Joaquim Sempere

«Credere, obbedire, combattere»

Soledad Bengoechea

Autoadulación y psicopatología especulativa ante el abismo nuclear

Asier Arias

Victimismo y emancipación

Antonio Antón

El extremista discreto

Kakademia, II

De otras fuentes

Silenciar a los corderos: cómo funciona la propaganda

John Pilger

Una chaladura suicida

Rafael Poch de Feliu

Los años perdidos

Rafael Poch de Feliu

Más sobre los motivos de la guerra

Rafael Poch de Feliu

El esperpéntico aumento del gasto militar de 2023

Pere Ortega

El realismo político de Nicolas Sartorius y la izquierda

Pere Ortega

Ayuso declara la guerra a la universidad

Agustín Moreno

Caravaggio, ese luminoso rescate del comunismo italiano

Peio H. Riaño

Dinámicas transformadoras y renovación de la izquierda

Antonio Antón

Pierde potencia el feminismo, crece la reacción

Nuria Alabao

En la pantalla

Cuando la Tierra se calienta

La Biblioteca de Babel

La justicia de la tortura

Sugerencias para pensar alternativas

Documentos

La Soberanía Alimentaria es la única solución y camino a seguir

...Y la lírica

Reflexiones tras la Marcha para el Desarme de 12 de junio

Sonia Sanchez

Juan-Ramón Capella

Paz y neutralidad

Es hora de decir que Europa occidental equivoca por completo y gravemente su política sobre la guerra de Ucrania. Y también lo hace España.

Nuestro país había permanecido neutral en las dos grandes guerras europeas. La Constitución de la II República excluía la guerra «como instrumento de política nacional». El apartamiento relativo de esta política fue la decisión de la dictadura militar de conceder a los norteamericanos bases en España: la de Rota y la de Morón, subsisten; creo que no otras instalaciones que los americanos ya no necesitan. La mencionada decisión no tenía gran valor militar para España, pero sí un inmenso valor político para el régimen dictatorial, al contribuir a su perduración. Con el gobierno de Aznar y la segunda guerra contra Irak se acabó cualquier sombra de neutralidad.

Las condiciones en que se firmaron los pactos militares con los norteamericanos a mediados de los años cincuenta de siglo pasado no son las de hoy. Entonces el territorio español no podía sentirse amenazado por nadie, pese al alineamiento político significado por los pactos. Hoy las cosas son muy distintas. Esas bases militares extranjeras, y toda la península, además de Gibraltar (otra base militar), pueden ser alcanzadas por misiles de largo alcance, con carga atómica potencial, procedentes de Rusia y acaso de Corea del Norte, por el momento. Hoy la seguridad de los españoles *se halla en entredicho* por haber abandonado la tradicional política de neutralidad y de paz.

En las alturas de la política europea no se ignora que la guerra de Ucrania es una guerra entre los EE.UU. y Rusia por estado interpuesto. Pero la respuesta europea ha consistido en apoyar incondicionalmente al *aliado* americano. ¿Por qué? Porque no es tanto un aliado como un *patrón*.

Europa hubiera debido intervenir a tiempo propugnando un verdadero pacto de seguridad europea; Rusia es tan europea y tiene una cultura tan europea como Francia, p.ej., independiente de los norteamericanos. Aunque algunos lo intentaron, como Francia y la RFA, ofreciéndose como garantes de los acuerdos de Minsk; sin embargo el gobierno ucraniano de Kiev y los EE.UU. los consideraban papel mojado, y por ello hicieron cuanto pudieron para evitar su aplicación. La Unión Europea como tal no es capaz de tener una política exterior y de defensa propias. Y los halcones más cegatos y atlantistas, como la presidenta de la UE, von der Leyden, y el comisario europeo Josep Borrell, se lanzaron a exigir una política que financiara y proporcionara armamento al gobierno de Kiev —que llevaba ya seis años de guerra civil interna—, sin preocuparse por las razones que habían conducido al gobierno ruso al inmenso y criminal error de iniciar las hostilidades ni atender a lo que eso significaría para las economías de Europa occidental.

Cuando hay una guerra lo primero que se va al garete es la verdad. Las imágenes televisivas de la guerra son muy confusas, y muchas de las barbaridades televisadas pueden tener por autor a cualquiera de los bandos o a los dos. *No sabemos en cada momento a qué nos hemos de atener sobre lo que ocurre en esa guerra*. Pero sí sabemos que la escalada del conflicto es peligrosísima incluso para nosotros.

El gobierno ruso carga con la mayor responsabilidad por haber llevado a cabo la invasión de Ucrania. El gobierno ucraniano, también carga con la suya al haberse negado a aplicar los acuerdos de Minsk, y ahora por no querer negociar el final de la guerra (por imposición de los norteamericanos). Pues bien: la hora de negociar ha llegado ya hace mucho para nosotros los europeos. Es importante que las poblaciones europeas lo exijan a sus gobiernos (hay que decir que el español ha hecho las cosas de tapadillo —al socaire de la reunión de la Otan en Madrid— sin un auténtico debate público o en el parlamento).

Se ha entrado en una situación muy peligrosa, en la que se pretende que una potencia nuclear acepte perder una guerra que se ha vuelto vital para su supervivencia como Estado. Es la hora del alto el fuego, del armisticio y de la negociación; de la ayuda civil y no militar a los ucranianos; de la exigencia al pueblo ruso de que haga oír su voz y su deseo de paz y seguridad.

Y la hora de exigir a nuestros gobernantes que en este asunto se quiten de enmedio y hagan saber a EE.UU. que ha llegado la hora de sentarse a negociar para poner fin al drama de Ucrania. Y exigirlo no solo a ellos. Esa exigencia debe extenderse a toda esa imprudente *clase política* y a los medios de masas que le bailan el agua.

No hay que tener miedo de ir contra la corriente que lleva a un despeñadero.

Albert Recio Andreu

Economía de la catástrofe

Cuaderno pandémico: 14

I

Lo que está ocurriendo los últimos meses sigue un guion relativamente predecible. Cuando menos, se inscribe en el marco de trayectorias posibles del actual marco institucional. Cuando estalla un proceso inflacionario las autoridades económicas llaman a la moderación, especialmente de salarios. En tiempos anteriores proponían acuerdos sobre política de rentas. Ahora lo han vuelto a hacer, pero con poca insistencia. La razón es que en tiempos anteriores (al inicio del período neoliberal) los sindicatos tenían fuerza y era necesario darles alguna contrapartida a cambio de los clásicos sacrificios empresariales. Ahora son más débiles y la patronal no siente la necesidad de negociar, y los gobiernos ni tienen una gran voluntad ni la fuerza para imponerlo. Resultado de años de transformación de la cultura económica y el equilibrio de poder a favor del capital. Y siempre aparecía el recurso de la política monetaria, en forma de aumentos de tipos de interés que acaban por generar una recesión. Un método para curarla del estilo de las viejas sangrías que provocaban un decaimiento general del paciente. Ahora han tardado más en aplicarla, pero al final está apareciendo con fuerza haciendo las delicias del sector financiero y generando los efectos esperados.

Esta secuencia de aumentos de precios, ausencia de negociación de rentas y subida de los tipos de interés están generando una enorme masa de víctimas: la caída de los salarios reales amenaza con ser incluso superior a la experimentada en la crisis anterior. Es cierto que, a diferencia del período austericida, ahora se están poniendo en marcha medidas de apoyo a las rentas más bajas (aunque muchas no llegan bien a quien lo necesita, porque el entramado burocrático y la tecnología digital generan barreras difíciles de traspasar para muchas de las personas afectadas). Y también que se anuncia una revalorización de las pensiones que va a paliar la situación para este nutrido sector social (es posible incluso que una parte de los pensionistas esté menos afectada por la inflación que otros colectivos por su diferente tipo de consumo: le impacta mucho el encarecimiento de alimentos y calefacción, pero en muchos casos casi nada el del combustible y los hoteles). En conjunto, lo que ya tenemos en una catástrofe social subterránea, individualizada, persistente. Porque esta devaluación de rentas salariales se sucede a otra brutal de la que la mayoría de gente no se había recuperado y que había dejado un poso de pobreza cada vez más consolidado. La devaluación salarial anterior fue en gran parte la combinación de un ataque a la negociación colectiva y cambios en la estructura ocupacional que generaron más empleos de bajos salarios. Ahora se trata lisa y llanamente de una subida de precios que los aumentos salariales, cuando se producen, no pueden compensar.

Hasta el momento, las políticas convencionales no se muestran capaces de atajar la situación.

En primer lugar, porque hay evidencia de que una parte de la inflación está provocada simplemente por el aumento de los márgenes empresariales. Y, hasta hoy, las instituciones económicas tienen un sesgo de clase que les hace ver como preocupante cualquier aumento salarial y como tolerable el de las rentas del capital. Estas solo se pueden controlar interviniendo

directamente en los mercados, lo cual es un verdadero tabú para el pensamiento económico dominante (incluyendo al poder judicial, especialista en anular las tímidas multas que impone la CNMC cuando considera que hay una actuación monopolista). Hay, además, una situación general que sirve de coartada a las subidas: la guerra de Ucrania. No es que la guerra sea inocua (es obvio que ha reforzado el encarecimiento de combustibles y cereales), pero la inflación empezó antes. La ventaja es que ahora cualquier empresa tiene un discurso creíble para tratar de justificar los precios al alza.

En segundo lugar, están todos los aumentos de costes generados en los estrangulamientos de los circuitos logísticos, una cuestión derivada de la división del trabajo a escala mundial y la producción sin stocks, que está mostrando que algunos ahorros de costes acaban generando aumentos en otras partidas y que obligan a repensar el diseño de la estructura productiva. En este mismo plano está la cuestión digital, a la que dedicaré un comentario especulativo.

En tercer lugar está el papel que juegan los mercados especulativos de futuros a la hora de transformar aumentos puntuales de precios en ciclos inflacionistas. Y en cuarto, la cuestión más de fondo de en qué medida estamos asistiendo al efecto combinado del declive de la extracción minera (petróleo y minerales) y del cambio climático que afecta directamente a las cosechas.

Todos los elementos citados tienen bases estructurales específicas que no pueden abordarse con medidas monetarias, sino que exigen cambios profundos en toda la organización económica. La verdadera catástrofe está en que el dominio cultural neoliberal es precisamente lo que impide, a partir de cierto punto, la intervención de las instituciones públicas en las tripas del sistema productivo. Una intervención que sería factible realizar de muchas formas, que ahora quedan fuera del punto de mira, y que cuando se propone (como la cuestión de la excepción ibérica en la fijación de la tarifa eléctrica) tiene un largo y tortuoso camino hasta lograr imponerse. Mientras tanto, los precios siguen subiendo.

Acepto que planteo un tema especulativo, pero sobre el que vale la pena centrar la atención. Me refiero a la cuestión de la digitalización, una de las grandes apuestas de la Unión Europea. La promesa de que la economía digital favorecerá una mayor eficiencia productiva, una atención personalizada y un ahorro de recursos. Sin contar que una parte de la historia es total o parcialmente falsa —el enorme consumo energético y de recursos minerales que requeriría la digitalización completa— y esconde sesgos preocupantes —se trata sobre todo de tecnologías del control, como han puesto de manifiesto los debates sobre condiciones laborales o el uso de datos por parte de las grandes empresas de internet— lo que me parece relevante es que en muchos casos es menos clara su aportación productiva y hay indicios de que la digitalización puede ser un sector inflacionista.

Para mucha gente el uso de los procesos digitales se ha convertido en una tecnología antipática, costosa en tiempo (pues en muchos casos se trata de desplazar actividad hacia el usuario), generadora de bloqueos, una verdadera pared digital. A ello contribuye el mal diseño de las webs, su incapacidad de responder a la complejidad del mundo real. Y no me refiero solo a la experiencia de la gente mayor, sino a la de muchos usuarios profesionales, pongamos por ejemplo profesores universitarios y gestores públicos. Puede que haya un problema de aprendizaje, pero analizando el sector son fácilmente detectables temas recurrentes: los monopolios de algunos agentes, la obsolescencia programada o no de muchos programas (que

obliga a costosos desembolsos), la necesidad de asesoramiento persistente, los problemas de ciberseguridad (crecientes y que requieren costos gastos defensivos)... Lo único cierto es que, dada su complejidad, la digitalización es un negocio redondo para muchos, incluida la industria del ocio digital y sus cuestionables efectos sociales. No se trata de poner en duda las ventajas innegables de esta tecnología, sino sólo señalar que tiene una peligrosa caja B y un posible efecto-coste que obliga como mínimo a adoptar una evaluación más ecuánime de la bondad del sector y un reconocimiento de los peligros que genera.

II

A río revuelto, ganancia de pescadores. Esto es lo que plantea la derecha política y empresarial (o sea, el 99% del sector). El cierre de la patronal a cualquier tipo de negociación incluye objetivos tácticos y estratégicos, alineados claramente con la derecha. A corto plazo, el cierre de la negociación les permite continuar la devaluación salarial y beneficiarse de una ganancia de márgenes suculenta. Y cuentan con explotar diversas ventajas. La primera es la baja respuesta sindical, atrapada en el miedo de que una movilización masiva sea entendida más como un ataque al Gobierno que como uno a la patronal y a la derecha. Otra, que el deterioro real de las condiciones de vida de mucha gente socave el apoyo al Gobierno y a los sindicatos y propicie la vuelta del PP al Gobierno. Y aquí está el objetivo estratégico, el de recuperar un Gobierno que vuelva a hacer una política acorde con sus intereses más directos: congelación del salario mínimo y pensiones, derogación de partes de la reforma laboral, reforzamiento del negocio privado-público, cambios fiscales... En suma, la prolongación de la catástrofe actual como condición para agravarla en el futuro. Los apocalípticos discursos que emanan de los medios que controla la derecha tienen como finalidad crear una banda sonora que haga creíble que la política actual nos lleva al desastre y que sólo el PP nos puede salvar. Política y economía de la mano.

Los sindicatos han optado por una respuesta comprensible, pero insuficiente. Desplazar la conflictividad a la negociación colectiva sectorial o de empresa. Esto, que puede entenderse como un conflicto de clase directo, en la práctica es mucho más complicado. La mayor parte de grandes huelgas se están produciendo en grandes empresas (caso Mercedes Benz) o en servicios públicos (limpiezas urbanas, transporte aéreo). Son sectores con una posición contractual fuerte, y cuyas huelgas tienen un enorme impacto para la vida cotidiana de mucha gente. En algunos casos las empresas se adelantan a la situación con aumentos salariales totalmente soportables dado su aumento de márgenes (por ejemplo Repsol). Los que quedan fuera son los trabajadores con peores condiciones y salarios más bajos (hostelería, limpieza de edificios, servicios personales...), precisamente los más afectados por la situación y que pueden contribuir a que el clima político que pretende la derecha y la patronal acabe por cristalizar. Salir de la trampa que plantea la patronal solo puede hacerse, a mi entender, con una propuesta general que incluya alguna demanda clara al Gobierno, que exija a la patronal tanto una negociación salarial general como compromisos claros de control de precios. No es que esta contienda se vaya a ganar. Pero cuando menos serviría para situar ante una gran parte de la población la naturaleza del conflicto distributivo que subyace en el proceso inflacionario.

III

El catastrofismo no es sólo patrimonio de la derecha. También hay voces alternativas que anuncian una situación crítica a lo largo del invierno. Me refiero sobre todo a la corriente

ecologista asociada al colapsismo. Sus razones son serias y no obedecen a un cálculo egoísta para obtener réditos a corto plazo. Vienen de la preocupación generada por la incapacidad de rectificación del modelo de vida y consumo tras años de avisos por parte de la comunidad científica sobre los distintos impactos de la crisis ecológica. De su comprensión de las trampas y falta de rigor de la mayoría de las propuestas de la llamada “transición ecológica”, que confía en la posibilidad de mantener el crecimiento simplemente con cambios tecnológicos “verdes”. De la propia miopía de una parte del ecologismo, centrado en temas parciales, y de la incapacidad de la izquierda de adoptar un proyecto serio de transición real. En todo esto, en la visión estratégica y en la urgencia de las respuestas, aciertan.

Donde este catastrofismo resulta más discutible es en dos cuestiones. La primera tiene que ver con el impacto global de los problemas energéticos que va a experimentar el conjunto de la población occidental. No está claro que a corto plazo que éste sea tan grande como se piensa y, además, estará solapado con el tema de la guerra. Y aún es menos obvio que una situación de crisis profunda vaya a generar necesariamente una toma de conciencia y una demanda social en favor de las medidas a adoptar. Hay demasiada irracionalidad e incultura ecológica acumulada, demasiados hábitos consumistas asentados (muchos de ellos difíciles de modificar a corto plazo sin que representen un alto coste individual: pienso, por ejemplo, en el caso extremo de la gente que habita en urbanizaciones dispersas). Es posible que la respuesta sea —como ha ocurrido con la pandemia y el confinamiento— aceptar cualquier propuesta descabellada que les prometa soluciones milagrosas. El único caso estudiado de una sociedad que tuvo que hacer un ajuste energético drástico es el de Cuba. Pero los parámetros sociales y políticos y la propia experiencia de la gente cubana están bastante lejos del Occidente rico y no creo que pueda extrapolarse.

La segunda cuestión tiene que ver con que la advertencia catastrofista —muy fuerte en algunas de sus versiones que circulan en redes—, caso de no cumplirse, acabará contribuyendo a generar descrédito. La historia de la izquierda ha proliferado en relatos sobre el derrumbe del capitalismo que se han mostrado erróneos, una experiencia que debería hacernos más cautos sobre nuestras profecías. Y además las catástrofes sociales y ecológicas tienen en común que no afectan a todo el mundo por igual, que los más golpeados son los grupos sociales con menor visibilidad social, con menor capacidad de generar “voz”, con mayor experiencia en vivir en un mundo donde siempre resultan perdedores.

Ni la crisis económica ni los problemas ecológicos se están manifestando de tal forma que den lugar a un amplio sentimiento compartido en torno a la urgencia de un cambio radical en la forma de organizar y desarrollar la vida social.

IV

Estamos ante un horizonte peligroso por muchas razones. Salir del cerrado esquema de la catástrofe exige construir una respuesta colectiva que requiere, como condición necesaria, la construcción de una percepción social de la naturaleza de nuestros problemas capaz de aislar a las élites que tratan de mantener su poder y su statu quo. Pero esto no va a producirse simplemente apelando a verdades generales, sino que debe ir acompañado de propuestas que ayuden a la gente común a salir del atolladero al que ha conducido la civilización capitalista. Estamos metidos en una especie de filme de terror del tipo locomotora sin frenos y en bajada. Un frenazo brusco simplemente provoca el descarrilamiento. En el plano real esto puede traducirse

de muchas formas: tensiones sociales insoportables y oportunidades para las salidas autoritarias. Por ello creo que son necesarias las acciones intermedias que permitan soluciones parciales y ayuden a generar un proceso de cambio en la dirección adecuada. Ahora que ya sabemos la magnitud de la tragedia, nos faltan proyectos que sepan gestionarla.

Jordi Bonet Pérez

¿En pie contra la digitalización y la automatización?

UNA VOZ.- ¡La tempestad ha cerrado la puerta! La tormenta y la máquina se han conjurado contra nosotros.

INGENIERO.- (*Desde el puente, con gestos dislocados.*) Ji... Ji... ¡La máquina no ha muerto! ¿No veis cómo clava sus garras en vuestros corazones? Ji... ji... ji... ji... Contra los pueblos en paz van los ejércitos, cuyo aliento emponzoñado marchita las flores y las plantas. La Humanidad es ya un enorme aparato de relojería ¡Tic, tac, por la mañana; tic, tac, por la tarde; tic, tac por la noche! Un hombre es el brazo; otro, la pierna; otro... es el cerebro, pero el alma... el alma ha muerto!

(Ernst Toller, *Los destructores de máquinas (drama)*, Acto Quinto, Escena Tercera).

El drama de Ernst Toller —él mismo protagonista de la Historia en tanto que llegó a ser presidente de la República de los Consejos de Múnich durante la revolución bávara de 1918— sitúa en el centro de la acción al movimiento ludita, surgido tras la destrucción de los telares y el incendio de una fábrica el 12 de abril de 1811 en Nottighamshire[1]. El ludismo toma su nombre de Ned Ludd, que en 1779 había presuntamente destrozado por razones similares dos telares, y constituye el reflejo y la manifestación del temor de muchos trabajadores y artesanos ingleses (aunque pueden encontrarse manifestaciones luditas puntuales en países como España, como los sucesos de Alcoy de 1821) a la pérdida de su ocupación por causa de la automatización de tareas debida al creciente impulso de la maquinización de la producción.

En Inglaterra, el movimiento fue fuertemente reprimido, tanto por la cantidad de militares que se empeñaron en su persecución (diez mil), como por la dureza del castigo penal establecido dentro del *Bloody Code*: podía acarrear la pena de muerte (que, efectivamente, fue aplicada mediante ahorcamiento a unos cuantos de los miembros del movimiento ludita[2]).

Los hechos acontecidos a principios del siglo XIX, más allá de la dramatización realizada por Toller, sitúan el miedo a los cambios productivos y a la pérdida, o depauperación, de los medios de vida de los trabajadores y artesanos en el centro del escenario político y social. Los luditas proyectan la desconfianza de ciertas capas sociales ante las consecuencias laborales y sociales de los cambios tecnológicos aplicados a la mejora de la productividad, encauzándola a través del ejercicio de la violencia contra los nuevos medios de producción. Es una lucha —más bien inútil— contra el progreso y el dominio de los medios de producción, pero también contra el poder derivado de su disponibilidad y de su connivencia con un poder político plenamente plegado a los intereses capitalistas.

El interrogante es si estos acontecimientos, que indudablemente en el plano simbólico adquieren “una especial significación en nuestro presente marcado por la dominación técnica”[3], pueden tener su traslación a este escenario actual de transformación, en que la ciencia y la tecnología están permitiendo una progresiva mutación del paradigma productivo impulsado por el avance de la digitalización y la automatización de la economía, de algún modo explicitado como conjunto con la idea de la “Revolución 4.0”. La inteligencia artificial es un exponente de la base tecnológica

esencial para los cambios que se avecinan y un factor determinante de una lógica productiva sustentada en la disponibilidad de información como motor y referente de los procesos de producción y prestación de servicios.

Ya analicé hace tiempo las tendencias en el ámbito laboral y de la concreción de los términos de las relaciones laborales que acompañaban a la progresiva implantación de un modelo productivo caracterizado por la digitalización y automatización de la economía[4]. La profundización en este proceso entraña riesgos, particularmente durante el período de transición económica y laboral, que pueden focalizarse en un aumento del desempleo, la polarización del mercado del trabajo y —dentro de este espectro— la aparición de nuevas formas de trabajo y contratación susceptibles de generar dudas sobre su calificación y tratamiento jurídico (por ejemplo, es importante el caso de los *riders*).

No parece que haya sensibilidades suficientemente consolidadas para afirmar la existencia de movimientos neoluditas en pleno siglo XXI que aboguen por el empleo de la violencia para impedir el tránsito hacia una nueva economía, por mucho que puedan identificarse en varios lugares del mundo “arrebatos de furia” susceptibles de ser, en apariencia, considerados como (o asimilados a) una manifestación neoludita. Negrón niega la condición de luditas de quienes protestaron violentamente en Chile durante 2019, ya que su protesta no estaba de forma directa vinculada a reivindicaciones relacionadas con los cambios tecnológicos y su ejercicio de la violencia fue dirigido contra bienes públicos, no privados[5]. Tampoco es que por ahora exista un sentimiento mayoritario en los países más desarrollados que identifique la digitalización y la automatización como la causa más sensible de la evolución en negativo de las expectativas laborales generalizadas: “la mayoría de la gente considera [o sigue considerando] que la pérdida de empleos y el deterioro en la calidad del trabajo son resultado del *outsourcing*, de las importaciones realizadas desde economías de salarios bajos y (erradamente) de la inmigración”[6].

Más bien, la consolidación de la tendencia hacia la digitalización y automatización de la economía —y la necesidad de la aplicación masiva de la inteligencia artificial— parece ir consolidándose en ausencia de una posición insalvable que cuestione su progresiva implementación. Se antoja, a pesar de sus repercusiones y las tensiones generadas, un proceso irreversible y quizá necesario a pesar de sus potenciales consecuencias en el escenario laboral y en la configuración de las relaciones laborales. Es probable que en ello tengan que ver factores como la propia comprensión de lo imparable que resulta el progreso tecnológico o —alternativamente— la ignorancia de sus repercusiones, o la asunción de la coherencia de ese proceso basado en la aplicación de la tecnología con nuestras vidas, en las que observamos generalmente cómo los productos y las aplicaciones de carácter tecnológico las facilitan o nos las hacen presuntamente más felices.

Se cree poder afirmar, particularmente si se singulariza en el ámbito laboral, que la conflictividad, por lo general, se ha encauzado hacia las vías legales y judiciales, sin perjuicio de que, como se antoja inevitable, grupos de interés y/o de trabajadores hayan podido ejercer fórmulas de presión como los paros de actividad o las huelgas. Esta percepción, que por un lado parece perfilar la asunción de lo inevitable de los cambios sociolaborales (algo difícil de eludir), proyecta la impresión de que el ámbito de tensión y de lucha de los trabajadores debe ser el de asegurar unas condiciones de trabajo decentes para todos, así como la implicación de las

Administraciones Públicas en la gestión de la transición socioeconómica, aportando seguridad económica mínima y formación a los perjudicados inicialmente por los efectos negativos de la transición, de manera similar a como se ha actuado y se está actuando con ocasión de la pandemia de COVID-19 o respecto a las repercusiones negativas de la invasión de Ucrania.

No obstante, el progreso tecnológico que impulsa la digitalización y la automatización no tiene solo repercusiones en el ámbito laboral, sino en todas las facetas de la vida humana. Así, es lógico observar cómo la inteligencia artificial, fundamental para el tránsito socioeconómico emprendido, puede impulsar aplicaciones capaces de mejorar la vida de las personas desde una pluralidad de perspectivas —salud, autonomía personal, disponibilidad de servicios, comunicación interpersonal, etc.—.

Pero también lo es, a su vez, observar que existen otro tipo de riesgos asociados a su empleo de los que, poco a poco, la sociedad —o parte de ella— es más consciente, no solo en términos de la protección de la privacidad en sentido estricto (aspecto en el cual hay que ser siempre precavido por cuanto, más allá de la actitud de las autoridades públicas —siempre preocupadas, quizá excesivamente, por la seguridad—, hay sectores sociales dispuestos a sacrificar en mayor o menor grado su privacidad, por lo que el balance dentro del binomio seguridad/libertad no es visto bajo la óptica del consenso y es un vector de debate político y jurídico no resuelto), sino también en la medida en que la utilización generalizada de la inteligencia artificial que, en conexión de un modo u otro a la privacidad, puede generar riesgos desde el prisma de la dignidad humana y de los derechos humanos.

A este respecto, se quieren señalar como significativas político-jurídicamente las prácticas de inteligencia artificial que pretenden ser prohibidas por la Unión Europea dentro de su Propuesta de Reglamento del Parlamento y del Consejo sobre inteligencia artificial^[7]. Estas, junto a las condiciones que se imponen a los sistemas de inteligencia artificial de alto riesgo^[8] —respecto de los cuales, uno de los aspectos a considerar es su incidencia negativa para los derechos fundamentales (Artículo 7.1b)—, parecen medidas orientadas a proteger al individuo frente a usos indebidos y nocivos de la inteligencia artificial.

En particular, conforme al artículo 5 de la propuesta, constituyen prácticas de inteligencia artificial prohibidas la introducción en el mercado, la puesta en servicio o la utilización de sistemas de inteligencia artificial que:

- se sirvan “de técnicas subliminales que trasciendan la conciencia de una persona para alterar de manera sustancial su comportamiento de un modo que provoque o sea probable que provoque perjuicios físicos o psicológicos a esa persona o a otra”;
- aprovechen “alguna de las vulnerabilidades de un grupo específico de personas debido a su edad o discapacidad física o mental para alterar de manera sustancial el comportamiento de una persona que pertenezca a dicho grupo de un modo que provoque o sea probable que provoque perjuicios físicos o psicológicos a esa persona o a otra”, y
- sirvan, siempre que sean usados por “autoridades públicas o en su representación”, para “evaluar o clasificar la fiabilidad de personas físicas durante un período determinado de tiempo atendiendo a su conducta social o a características personales o de su personalidad conocidas o predichas”, provocando un trato desigual o desfavorable hacia determinadas personas físicas o colectivos enteros (descritos en los apartados 5.1.c.i. y 5.1.c.ii.)[\[9\]](#).

Igualmente, el artículo 5.1.d) se refiere a la prohibición de la identificación biométrica remota “en tiempo real” en “espacios de acceso público con fines de aplicación de la ley”, salvo en la medida de su estricta necesidad para ciertos objetivos tasados[\[10\]](#), siempre teniendo presentes los aspectos señalados por el artículo 5.2 (naturaleza de la situación y consecuencias de su utilización).

La tipología de las tres primeras prácticas de inteligencia artificial inicialmente prohibidas, a priori, subraya la peligrosidad de determinadas técnicas destinadas a influir o a clasificar a determinadas personas y colectivos sociales, ya que pueden derivar en prácticas *de facto* discriminatorias, y no parece que sean fáciles de controlar a partir de la composición del propio sistema y de los algoritmos que lo conforman. Por ejemplo, las técnicas subliminales son perfectamente conocidas y están presentes en los medios de comunicación social y de entretenimiento —de modo mucho más evidente en los medios audiovisuales—; la pregunta es si será fácil evitar dentro de un sistema de inteligencia artificial, sofisticado y cerrado, lo que casi nunca se consigue (o se quiere conseguir) controlar cuando se trata de imágenes o sonidos en el contexto audiovisual. Lo mismo puede decirse de las otras dos prácticas, cuando se puede jugar con la edad, la discapacidad física o mental, respecto a un colectivo, o cuando, a efectos de identificación, se evalúe la conducta social o las características personales o de su personalidad conocidas o predichas. En este último caso, sorprende que no se contemple, total o parcialmente, la posibilidad de impedir su uso en manos del sector privado cuando pueda dar lugar al mismo tipo de trato perjudicial o desfavorable.

Las limitaciones a la biometría remota “en tiempo real”, en cambio, generan en particular un problema de interpretación de su alcance y contenido, por ejemplo, a la hora de determinar cuándo existe una “amenaza específica, importante e inminente para la vida o la seguridad física de las personas físicas o de un atentado terrorista” —sobre todo en lo que concierne a la interpretación de las condiciones de gravedad y de inminencia—.

Todo lo expuesto pretende remarcar que la inteligencia artificial, amén de generar riesgos para la estabilidad del marco económico, jurídico y social de las relaciones laborales en tanto que sustenta los peldaños del progreso de la digitalización y la automatización de la economía, es un factor de riesgo para la dignidad humana, en función de su uso, de los límites regulatorios que se puedan establecer y del respecto efectivo de estos. Es aquí relevante la capacidad real de

impulsar desde las Administraciones Públicas y la sociedad un entorno vigoroso de vigilancia y de control, con alto nivel tecnológico también, para evitar que la inteligencia artificial pueda generar —estén o no prohibidos determinados sistemas de inteligencia artificial— prácticas discriminatorias hacia personas y colectivos, o que pongan a determinadas personas físicas en el trance de sufrir consecuencias personales indebidas por causa de un inadecuado uso —desde la perspectiva de la dignidad humana y de los derechos humanos— de la inteligencia artificial.

En consecuencia, si no en pie contra la digitalización y la automatización, sí conviene estar alerta ante la perspectiva de un uso y abuso de la inteligencia artificial para fines que atenten contra la dignidad humana o redunden en conductas discriminatorias derivadas del funcionamiento de los sistemas de inteligencia artificial, y, consecuentemente, de la definición y empleo de los algoritmos vinculados a los sistemas de inteligencia artificial. Es pertinente, entonces, señalar las dificultades intrínsecas que ello comporta en la práctica. Resulta importante si, en definitiva, se desea respetar en el futuro los derechos humanos y se quiere evitar generar un caldo de cultivo para aproximaciones contrarias al progreso tecnológico y al desarrollo de la inteligencia artificial —si es que no, inclusive, futuras veleidades neoluditas, pese a que estas, a priori, parezcan hoy impensables—.

[1] Ferrer, C., *Los destructores de máquina. En homenaje a los luditas*, Biblioteca Virtual, Omegalfa, 2013, p. 2 (disponible en: <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/los-destructores-de-maquinas-en-homenaje-a-los-luditas.pdf>).

[2] *Ibid.*, p. 3.

[3] García-Velasco, C., “El compromiso político como apuesta total por la vida”, introducción a: Ernst Toller, *Una juventud en Alemania*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2017, p. 24.

[4] Bonet Pérez, Jordi, “[Disrupción tecnológica y trabajo: ¿disrupción también en el ámbito de las relaciones laborales?](#)”, *mientrastanto.e*, n.º 169, junio 2018.

[5] El ejemplo puede ser el de los *chalecos amarillos* en Francia (Negrón, Marco, “Luditas del siglo XXI”, *Tal Cual*, 29 de octubre de 2019 (disponible en: <https://talcualdigital.com/luditas-del-siglo-xxi-por-marco-negron/>)).

[6] Humphries, Jane y Schneider, Benjamin, “[El trabajo en el siglo XXI](#)”, *El Trimestre Económico*, vol. LXXXVII, n.º 346, 2020, p. 562.

[7] Propuesta de Reglamento del Parlamento Europeo y del Consejo por el que se establecen normas armonizadas en materia de inteligencia artificial (Ley de Inteligencia Artificial), y se modifican determinados actos legislativos de la Unión, Documento COM(2021) 206 final, de 21 de abril de 2021.

[8] Por ejemplo, la propuesta del art. 14 establece que los sistemas de inteligencia artificial de alto riesgo “se diseñarán y desarrollarán de modo que puedan ser vigilados de manera efectiva por personas físicas durante el período que estén en uso, lo que incluye dotarlos de una herramienta de interfaz humano-máquina adecuada, entre otras cosas”.

[9] De un lado, cuando ese trato se produzca en contextos sociales que no guarden relación con los contextos donde se generaron o recabaron los datos originalmente, y, del otro, porque resulte “injustificado o desproporcionado con respecto a su comportamiento social o la gravedad de este”.

[10] Que son: la búsqueda selectiva de posibles víctimas concretas de un delito, incluidos menores desaparecidos; la prevención de una amenaza específica, importante e inminente para la vida o la seguridad física de las personas físicas o de un atentado terrorista, y la detección, la localización, la identificación o el enjuiciamiento de la persona que ha cometido o se sospecha que ha cometido alguno de los delitos mencionados en el artículo 2, apartado 2, de la Decisión Marco 2002/584/JAI del Consejo, para el que la normativa en vigor en el Estado miembro implicado imponga una pena o una medida de seguridad privativas de libertad cuya duración máxima sea al menos de tres años, según determine el Derecho de dicho Estado miembro.

Antonio Giménez Merino

Hacia un compromiso antipatriarcal entre mujeres y hombres

Hace tiempo que un sector del feminismo —aquél más atento a los problemas concernientes a la pobreza— es consciente de la deriva de las corrientes unidireccionalmente enfocadas hacia el identitarismo y se preguntan, con razón, por la parte de responsabilidad de éstas tanto en el crecimiento social del antifeminismo como en el alejamiento de muchas jóvenes del feminismo. Un ejemplo lo encontramos el artículo de Nuria Alabao publicado en la sección “De otras fuentes” de este mismo número, en el que plantea, por una parte, las limitaciones de las luchas sociales que pierden de vista su inserción dentro de marcos de problemas más amplios e interrelacionados; y, más específicamente, si destruir los actuales roles masculinos que reproducen la violencia es un objetivo que pueda lograrse sin el concurso activo de los varones.

La primera de estas cuestiones es antigua, pero acaba estallándonos en la cara en los tiempos que corren de auge del descontento masculino frente a lo que es percibido como un ataque desproporcionado y generalista contra este género. Un descontento aprovechado y alimentado por movimientos reaccionarios en todo el mundo que, al tiempo que sienten amenazada su moralidad positiva (o si se prefiere, su *dividendo patriarcal*), aprecian en la reacción antifeminista una importante oportunidad para amasar capital político. Ya en los años ochenta y noventa, autoras como Nancy Frazer o Raweyn Connell enmarcaban agudamente la nueva ola identitaria en el contexto cultural del neoliberalismo en ascenso, en la medida en que, alejada ya de la antigua perspectiva de clase, no resultaba peligrosa para el mantenimiento de las causas estructurales generadoras de opresión y desigualdad económica e incluso podía resultar comercialmente rentable. Es un ejemplo de esto último la política conocida como [*womenomics*](#), que a través de incentivos como ayudas para el cuidado de personas dependientes o los permisos parentales indistintos de un año propulsó en Japón la participación femenina en el mercado laboral en un contexto estructural caracterizado por una tasa de natalidad muy baja. Medidas como ésta, o como la implantación de cuotas en los consejos de administración, que en apariencia resultan un avance claro en términos de igualdad de oportunidades, acaban sin embargo por desdibujar problemas como los niveles salariales bajos, la precariedad laboral o el aumento de horarios y ritmos laborales, que sacuden justamente a la masa principal de la población femenina. Complementariamente, la baja valorización del trabajo reproductivo y de cuidados no remunerado, esencialmente feminizado, acaba desplazando hacia trabajadoras emigrantes los avances de los que se pueden beneficiar aquellas mujeres con niveles socioeconómicos que les permiten alcanzar trabajos más estables y mejor remunerados.

Otro de los aspectos que la ola identitarista ha sumergido es el papel de un sector de varones en el combate contra el patriarcado, con lo que entramos en la segunda cuestión señalada por Alabao. En la década de los 90, de gran presión sobre el mundo del trabajo, la psicóloga Lynne Segal advirtió cómo en estos contextos muchos varones tienden a hacer pagar sus angustias no solamente a las mujeres, sino también a otros hombres en situaciones sociolaborales peores, como mecanismo de autoafirmación frente a la vulnerabilidad laboral (*Why feminism?*, Polity Press, 1999, cap. 5). La masculinidad competitiva dominante, por tanto, no sólo se reproduce a

través del componente del género, sino que hay que explicarla en relación con aspectos como éste, por lo demás concernientes a todas las personas trabajadoras.

Pero al lado de los varones que expresen sus privilegios o que luchan por no perderlos los hay también empáticos, cuidadores, no violentos y para quienes la vida no se mide en términos competitivos, en unos casos justamente como reacción a experiencias laborales muy deshumanizadoras, en otros como liberación de las causas que los han conducido a experiencias relacionales traumáticas. El imaginario dominante los excluye y de ahí el error atribuible al sector feminista que considera esto un dato irrelevante y no un factor que ayuda a avanzar en la posibilidad de representarnos a todos dentro de un imaginario compartido.

La autoorganización de un número de varones que no deja de crecer (desde que hace 20 años se constituyera en Sevilla el Foro de hombres por la Igualdad, tras la organización de la primera manifestación de hombres contra la violencia machista) en torno a las insatisfacciones que produce el imaginario en que hemos sido socializados, y su sintonía con las desigualdades de muchas mujeres, abre camino para una alianza necesaria con el feminismo a partir de la interiorización efectiva por los propios varones de la crítica al rol y los valores masculinos dominantes.

Por ello, hay que celebrar iniciativas como la exitosa [#Sevilla #21oct21](#) de hace un año o la emprendida este año en Catalunya por la recientemente constituida [Xarxa 21 d'Octubre](#), que bajo el lema “¡Queremos cuidar la vida!” el pasado 21 de octubre desplegó en el centro de Barcelona una importante movilización en favor de una alternativa al patriarcalismo que envuelva a los propios hombres (“desmontando la estructura violenta de nuestro interior” y “que pase por la empatía, los cuidados, las relaciones horizontales, la comunicación no violenta, el diálogo, la confianza y el respeto”). Compromiso personal de cambio, por un lado, y búsqueda de una alternativa social al conjunto de violencias interrelacionadas que caracterizan el mundo actual y que van más allá del sexismo. (Ver el Manifiesto [aquí](#)).

Albert Recio Andreu

Variantes de la exclusión democrática

I

Marx tildó al Estado de Consejo de Administración de la Burguesía. A mitad del siglo XIX, cuando imperaba el voto censitario, esta afirmación contundente se aproximaba bastante a la realidad. La lucha por la igualdad ha tenido una de sus patas en la ampliación de la población con derecho a representación política. Los estados democráticos actuales son el resultado de una sucesión de movilizaciones que ampliaron sucesivamente los derechos políticos, y en particular, el derecho de voto a grupos más amplios de la población. Sin las movilizaciones de las luchas obreras, del feminismo, de las minorías étnicas, no habría sufragio universal. Sin las luchas anticoloniales, una parte de la población mundial seguiría siendo súbdita de imperios caducos, sin derecho a voto. Basta hacer un listado del año en que finalmente hubo verdadero sufragio universal en cada país para descubrir lo joven que es esta figura. Basta una ojeada a la Wikipedia: en Europa hay una primera fase de establecimiento de sufragio universal entre 1913 (Noruega) y 1928 (Reino Unido), otra al final de la Segunda Guerra Mundial (Francia 1944, Italia, Alemania 1945) y, en el sur de Europa, con la caída de las dictaduras (aunque en España ya había existido entre 1933 y 1936). El país más tardío fue Suiza, que no incorporó el sufragio femenino pleno hasta 1990. En América se tardó más, en muchos países en la década de 1950, en Canadá en 1960 y en Estados Unidos en 1965, como resultado de las movilizaciones de los afroamericanos. Mujeres y minorías étnicas tardaron en muchos países más tiempo para tener el derecho al voto. Y esto sin contar las numerosas experiencias de Gobiernos dictatoriales que han suspendido durante mucho tiempo este derecho.

Sabemos, por experiencia, que el derecho a votar en las elecciones es sólo un elemento pequeño de una verdadera sociedad democrática. Pero no es en absoluto baladí. Gran parte de las conquistas legales han sido favorecidas por el hecho de que las clases y grupos sociales marginados han conseguido colocar en el debate institucional sus demandas. De que han contado con partidos políticos que los han representado (o cuando menos han incorporado sus demandas) y han trabajado para el reconocimiento de derechos. Hubo un momento en que una parte de la izquierda llegó a pensar que la mera acción electoral traería el socialismo, basándose en el supuesto ingenuo de que, por el hecho que la clase obrera era mayoritaria, sus representantes tendrían una mayoría suficiente para imponer cambios radicales. Algo que nunca ocurrió por muchas y variadas razones. En todo caso, el derecho a voto constituye una oportunidad de consolidar derechos, combatir privilegios y castigar a los políticos que generan desastres. Por ello, desde una parte de la derecha siempre existe la tentación de restringir este derecho, bien con la simple y llana solución de promover un golpe de Estado dictatorial, bien por la negación del derecho a voto a una parte de la población.

Hay muchas fórmulas para dificultar o neutralizar el peso de las clases populares. Todo sistema electoral, excepto la elección directa por mayoría universal de un presidente, incluye alguna fórmula de conversión de votos en escaños representativos. Y estas fórmulas incorporan sesgos que favorecen a determinados grupos. El modelo electoral español (y su traslación a muchos de los modelos aplicados a las autonomías) da un sobrepeso al voto de las provincias rurales y

devalúa el voto de las aglomeraciones urbanas. En el caso español esto supone siempre que el PP tiene un plus de escaños mayor del que obtendría en una asignación proporcional a escala nacional. En Catalunya es la misma fórmula la que da mayoría absoluta parlamentaria al independentismo. En los sistemas de elección nominal por mayoría absoluta, como es el caso británico, los cambios en la delimitación de los distritos electorales afecta al resultado. Pero estos son problemas menores si se compara con lo que significa la exclusión directa del derecho a voto de una parte de la población.

Aunque parezca que el sufragio universal es una conquista irreversible en Occidente, estamos asistiendo a dinámicas que, en la práctica, lo niegan. El caso más evidente es el de Estados Unidos, con un sistema electoral que favorece toda clase de maniobras: requisito de inscripción previa para votar, elecciones en día laborable sin derecho a horas retribuidas, etc. La derecha republicana está aprobando leyes en diversos Estados orientadas a incrementar las trabas para que pueda votar las minorías pobres, pues saben que el voto de afroamericanos e hispanos favorece habitualmente al Partido Demócrata. Se trata en este caso de impedir el ejercicio efectivo de un derecho subjetivo.

Pero no hace falta cruzar el Atlántico para detectar que este mismo derecho se niega a millones de personas en Europa Occidental, bajo la cobertura de las leyes migratorias y de nacionalidad. Como la ciudadanía se asocia a pertenencia a un estado-nación, se excluye de la votación a los extranjeros. Esto, en el actual contexto europeo donde una parte creciente de la población tiene una nacionalidad distinta a la del país donde reside, supone excluir a mucha gente. Precisamente la más pobre, la que cubre los empleos peor pagados, la que requiere de políticas sociales de mayor intensidad. (Se impide votar incluso a los migrantes procedentes de países de la Unión Europea, excepto en las elecciones municipales). Todo apunta a que el crecimiento de la población extracomunitaria de los países europeos continuará en el futuro, dado el proceso de envejecimiento de la población local, la demanda de servicios personales y otros factores como los movimientos generados por la crisis climática. Y esto comportará que un porcentaje creciente de la población volverá a ser excluida de los procesos de votación democrática. La nacionalidad se añade al nivel de renta, el género o la raza como factor de exclusión. Una especie de apartheid sin separación espacial.

La justificación de tal exclusión se sustenta tanto en la consideración de los migrantes como “aves de paso” como en el supuesto *efecto llamada*. Pero esto sólo puede justificarse para personas recién llegadas y para un determinado lapso de tiempo, y no para personas asentadas, que trabajan, conviven cotidianamente aquí. Sabemos que las políticas migratorias restrictivas tienen un papel crucial a la hora de generar unas condiciones políticas y sociales favorecedoras de condiciones laborales informales y para consolidar los segmentos más desfavorecidos del mercado laboral. Y podemos constatar que estas mismas leyes provocan la existencia de una masa de personas sin derechos de ciudadanía: *metekos*. Para la derecha, el mantenimiento de este marco normativo es esencial porque le permite, a la vez, contar con una mano de obra sin derechos, o con derechos disminuidos, y excluir a una masa importante de un derecho al voto que podría cambiar las mayorías electorales y favorecer otras políticas. Una masa de población que padece los peores efectos de las políticas de la derecha y a la que se niega el derecho político para poder oponerse a las mismas. Hay demasiadas razones éticas y de interés propio para que la izquierda asuma de una vez la necesidad de cambiar las políticas migratorias y expandir el derecho al sufragio a toda la población establecida en cada territorio.

II

Votar libremente en un proceso electoral es una forma muy limitada de democracia. Lo que da fuerza y permite que en sistemas democráticos se produzcan cambios y reformas en cuestiones trascendentales es que existan movimientos sociales capaces de generar propuestas, popularizarlas, forzar debates sociales, implicar a los representantes políticos, enfrentarse a las fuerzas reaccionarias y al capital. Y que existan canales institucionales que lo permitan. A menos que uno piense que la única vía es la insurrección a la brava, lo que no comparto, la lucha por ampliar la democracia pasa por mejorar los mecanismos de participación y conseguir que el marco institucional sea amable con la existencia de movimientos y organizaciones sociales que impugnan lo establecido.

Esta es una versión de la democracia que está lejos de desarrollarse. Aunque hay avances parciales en algunos países: desde el reconocimiento de participación en algunos temas y espacios, hasta la posibilidad de generar consultas. En ausencia de estos movimientos y mecanismos, el poder de los grupos económicos es absoluto, pues tienen enormes recursos para promover sus propuestas y desarrollar un completo marketing político que incluye informes “serios” (siempre hay un universitario dispuesto a avalarlo), figuras mediáticas e *influencers*, propaganda convencional, patrocinios y redes clientelares... Y les resulta fácil el acceso a políticos porque el propio devenir de la acción institucional favorece los contactos y hay una gran experiencia de *lobbismo*. (A veces incluso más barato, dada la estulticia y la ignorancia de algunos políticos que compran gratis cualquier idea que vaya en la línea de sus convicciones y prejuicios). Cuentan con grandes recursos y son conscientes de que, cuanto menos participación exista y más débiles sean las organizaciones de la gente corriente, menos resistencia encontrarán sus propuestas. Por ello, parte de su intervención pasa por poner, con mayor o menor fuerza, dificultades a la creación, existencia y continuidad de los movimientos contestatarios.

Hay una larga historia de acoso, en muchos casos criminal, a la formación de organizaciones sociales. La historia del sindicalismo está llena de represión, de asesinatos, de listas negras... Y

algo parecido les ha ocurrido a defensores de la tierra, ecologistas, feministas, en muchos países. En España la historia ha sido particularmente sangrante hasta el fin de la dictadura. Y el tic de atacar al rebelde sigue instaurado en las fuerzas “de orden” y en gran parte de la judicatura. Aunque en términos generales los movimientos sociales tienen una importante libertad de acción, de lo que suelen carecer es recursos materiales y humanos, y de buenos canales de participación.

En la transición política, el movimiento sindical fue el único que tuvo un reconocimiento legal explícito. Se le dotó de una cierta cantidad de recursos económicos, recuperó sedes y en el diseño institucional existen diversas figuras que garantizan la presencia sindical en muchos procesos políticos, que protegen la representación sindical en las empresas y que dan a los delegados sindicales un cupo de horas libres para realizar su tarea. Es una cuestión controvertida. Los puristas achacan a los sindicatos dependencia del poder a causa de estas ayudas y alegan que la reducción de jornada laboral puede favorecer que gente dispuesta al escaqueo se presente a delegado sindical. Hay que aceptar que ningún diseño organizativo está exento de fugas, que es difícil evitar que haya personas que se apunten a movimientos con objetivos exclusivamente personales (la fauna de los egoístas es profusa y siempre encuentran el lugar adecuado para colocarse). Y es obvio que toda organización puede mejorar revisando sus actuaciones. Pero me parece abusivo explicar los problemas sindicales, su deriva reformista, por una sola y tan burda cuestión. Sobre todo porque lo que reciben no es sobre la base de un determinado comportamiento, sino producto de un derecho reconocido. Y, por otra parte, podríamos preguntarnos qué sería del sindicalismo si no hubiera podido contar con una base de recursos, locales y horas libres reconocidas. Porque, más allá de las grandes políticas, muchos de los pequeños avances en derechos laborales y muchas de las denuncias de abusos han sido posibles por la tenaz presencia sindical en la negociación de convenios y la acción en la empresa y las instituciones. Lo podrían hacer peor o mejor, pero difícilmente hubieran podido conseguir sus logros con menos medios.

La respuesta a la pregunta retórica anterior la podemos constatar analizando los problemas de otros movimientos sociales. Al vecinal, que es el que más conozco, en el proceso constitucional se le negó un derecho parecido al sindical porque la mayoría de partidos temía tener que enfrentarse a un contrapoder fuerte en barrios y municipios. Lo que quería la mayoría era simplemente su desaparición, una vez agradecido el esfuerzo realizado en la transición. No lo consiguieron del todo, porque hubo demasiados cuadros vecinales que resistieron. Pero el movimiento salió debilitado, con pocos recursos, poca visibilidad (aún menos cuando se toca un tema que cuadra con las agendas de los medios), sustentado siempre por el voluntarismo militante. En muchos sitios los Ayuntamientos se dedicaron a la compra de voluntades mediante prácticas clientelares. Sólo en algunos lugares hubo fuerza para conseguir recursos básicos sobre la base de convenios y un cierto reconocimiento institucional. Y casi siempre coincide con aquellas poblaciones donde hay organizaciones vecinales más autónomas, más independientes, más contestarias. Lo del movimiento vecinal no es un caso único. La mayor parte de movimientos sociales padecen las mismas deficiencias de recursos, activistas desbordados en sus horas libres, escasa visibilidad social... Pienso en los ecologistas, las feministas, los movimientos de la vivienda, de entidades que luchan contra la pobreza, de colectivos que gestionan centros culturales de base, etc. Y casi todos tenemos la experiencia de tenernos que confrontar en los procesos y consejos participativos públicos con los representantes de los *lobbies*, ejecutivos a sueldo que participan en las reuniones como parte de su jornada laboral.

Esto ya lo he contado otras veces. Si lo reitero es porque estamos asistiendo a una batalla sostenida y alimentada por grandes grupos empresariales y por la derecha política para que las cosas sean peores. Para que, además de la exclusión del voto, se produzca esta exclusión participativa. El ejemplo más claro es la insistente denuncia por parte de la extrema derecha y la derecha neoliberal de los “chiringuitos”, que casi siempre coinciden con organizaciones participativas (como las feministas, su obsesión principal seguramente por la fuerte influencia del integrismo católico en sus filas). Allí donde tienen el poder, como en Andalucía y Madrid, ponen en práctica estas políticas a través de recortes y cortapisas.

En Barcelona la situación es algo distinta. Aquí, el gobierno de la ciudad está comprometido, al menos sobre el papel, con la participación social y los movimientos. Y por ello la diana escogida ha sido atacar a la vez al Ayuntamiento y a las entidades, utilizando la moderna política del *lawfare* consistente en denunciar judicialmente y por vía mediática (La Vanguardia es su prensa preferida). Quien denuncia no es la extrema derecha, esto en Catalunya no está de moda (la extrema derecha local tiene otro pelaje, es republicana e independentista; la de Vox de momento es marginal), sino extrañas organizaciones defensoras de la democracia. Y las denuncias se han concentrado en las subvenciones y convenios con entidades, y en la normativa sobre participación. Sabemos que por debajo está la mano de grandes empresas (sobre todo Agbar y otras ligadas a La Caixa). Muchas de las batallas legales acaban en la papelera. Pero generan ruido, criminalizan a los movimientos sociales y amedrentan al Ayuntamiento. No sólo a los políticos, sino especialmente a los funcionarios, que temen por su seguridad jurídica. Puede que sea una batalla local, pero me parece que es una experiencia que se va a repetir en muchos lugares y conduce a una política de minimización del enemigo practicada por los poderes económicos (el ejemplo más brutal quizás sea el del ecologista gaditano al que trataron de hacerlo pasar por narcotraficante).

Las crisis ecológica y social van a exacerbar los conflictos y generar nuevas tensiones. Y los poderes económicos quieren evitar que la situación afecte a sus intereses. A menudo simplemente particulares, aunque, por lo general, se trata de grupos suficientemente poderosos que disponen de recursos e influencias para lanzar campañas enormemente letales. En este contexto, es esencial reforzar la organización social en muchas áreas y esto pasa por más recursos, más visibilidad social e introducir el trabajo voluntario, social, en las políticas de derechos y tiempos. No va a ser sencillo. Llevamos mucho tiempo con grandes campañas de aculturación individualista que tienen como elemento colateral el cuestionamiento de la acción colectiva. Por ello es crucial que el conjunto de entidades y movimientos sepan colocar en el centro del debate político, la necesidad de reforzar el tejido social y de equilibrar la antidemocrática desigualdad de fuerzas frente a los grandes grupos capitalistas.

Joaquim Sempere

Manuel Sacristán, relaciones entre marxismo y ecologismo

Hace 37 años que Manuel Sacristán nos dejó, a los 59 años, en plena creatividad intelectual y política. Miguel Manzanera nos ha hecho un favor inapreciable: haber reunido en un solo volumen todos sus escritos sobre la crisis ecológica y sus relaciones con el marxismo y el socialismo/comunismo. La lectura de estos escritos de un solo tirón permite apreciar —incluso a quienes, como yo mismo, hemos cultivado el tema bajo la influencia directa y personal del maestro—, de forma aún más plena que antes, la inmensa capacidad de Sacristán para detectar y anticipar las grandes tendencias socioeconómicas de su tiempo (que es el nuestro) y aplicar creativamente las grandes categorías del pensamiento de Marx a los problemas de hoy. Problemas que no son exactamente los de la época de Marx, y que por tanto exigen un esfuerzo de comprensión y asimilación de las nuevas realidades.

Han pasado cerca de cuarenta años desde su muerte sin que haya avanzado demasiado, ni en nuestro país ni en el mundo entero, el núcleo central de su programa: desarrollar un marxismo ecológico, desarrollar una teoría y una práctica de la emancipación social que aborde plenamente la crisis ecológica, es decir, la aproximación acelerada de las sociedades humanas a una catástrofe resultante de un metabolismo viciado entre naturaleza y especie humana. Un metabolismo —para ser más precisos— basado en prácticas depredadoras sobre la biosfera que van minando las condiciones naturales que hacen posible la vida humana y de otras muchas especies animales sobre la Tierra.

Efectivamente, si repasamos brevemente las contribuciones de Sacristán a la temática considerada, constatamos que los grandes problemas que están hoy sobre la mesa fueron prácticamente todos, con algunas excepciones, anticipados y denunciados por él. Con esto no quiero decir que sus denuncias fueran originales suyas. Un rasgo característico de nuestro personaje era su capacidad para explorar las investigaciones en curso y las publicaciones más punteras y así detectar los problemas, y en particular los nuevos problemas, los problemas todavía incipientes, todavía invisibles para la mayoría de los observadores. Tenía como un sexto sentido para descubrir cuáles eran las fuentes más autorizadas, cuáles eran los centros de investigación más fiables, cuáles eran las publicaciones que había que leer para estar al día y poder anticipar los problemas germinales que iban apareciendo en el mundo de la investigación, tanto científico-natural como socioeconómica. El caso más significativo de este sexto sentido es cómo comprendió inmediatamente la pertinencia del informe Meadows al Club de Roma de 1972. Otro es haber detectado el valor de las aportaciones de dos grandes economistas que han sido pioneros de la economía ecológica, Nicholas Georgescu-Roegen y Kenneth Boulding.

Existen tres temáticas que para Sacristán eran esenciales. Primera: los elementos del diagnóstico. Segunda: los intentos de revisar y reformular las categorías explicativas del marxismo. Y tercera: las políticas que podían resultar eficaces de cara a posibles soluciones —que quería decir también revisar y reformular los principios de estrategia y táctica política y social.

Primera: diagnóstico, o los grandes problemas.

1) Límites en la producción de alimentos por pérdida de tierras fértiles debido a la erosión y la mineralización causada por el abuso de fertilizantes químico-minerales y de agroquímicos; 2) reducción masiva de los bosques, tanto los tropicales como los de zonas templadas y frías; 3) escasez de agua potable; 4) contaminación por amianto y plásticos, etc.; 5) emisión masiva de CO₂ causante del cambio climático. Éstos son algunos de los temas explicitados en los textos recogidos por Miguel Manzanera en este volumen. Me consta, sin embargo, que no eran las únicas informaciones que él manejaba, porque sus fuentes de información eran muy variadas. Ahora bien, esta lista es ya significativa. Quiero destacar un punto que todavía hoy cuesta situar en el lugar preeminente que le corresponde: la preocupación por la erosión de los suelos cultivables y la pérdida de tierras fértiles, que anticipan una posible crisis agroalimentaria que puede ser catastrófica para la subsistencia de amplísimas cantidades de personas sobre todo en los países más vulnerables al cambio climático y con mayores problemas de aridez, erosión y falta de agua.

Un tema que se repite en sus intervenciones es el de la población humana. Era declaradamente antipoblacionista, preconizaba detener el crecimiento demográfico y revertirlo mediante políticas de control de la natalidad. Merece la pena detenerse en ello: no es sólo que cuanto más población haya, más costará alimentarla y satisfacer las necesidades básicas de todos, sino que cambiarán ciertos aspectos cualitativos, debidos a la masificación. ¿Cuál es su respuesta? En pocas palabras: los revolucionarios de nuestra época no pueden aceptar como deseables los objetivos actuales de las clases trabajadoras —que en sustancia imitan las aspiraciones de la burguesía y las clases privilegiadas— sino que deben innovar proponiendo a los trabajadores unas aspiraciones nuevas, que sean a la vez ecológicamente saludables y socialmente alcanzables por todos. La revolución debe realizarse esencialmente en la esfera de la producción, pero también en la esfera del consumo.

Segunda: ¿siguen siendo válidas las explicaciones del marxismo?

En este punto creo muy importante destacar la libertad intelectual con la que Sacristán abordaba la lectura de Marx, Engels y Lenin, que habitualmente son tratados por muchos, la mayoría, de los autores marxistas como si sus escritos fueran unas Sagradas Escrituras dictadas directamente por Dios Nuestro Señor, y, por tanto, indiscutibles. Normalmente cuesta encontrar cualquier referencia o invocación de estos autores que escape de la pura apologética. Sacristán, por el contrario, no tiene reparos y se enfrenta a los clásicos de la tradición marxista poniendo en evidencia los defectos, cuando los hay, tanto en el terreno empírico como en el epistemológico. Está claro que él podía hacerlo gracias a su cultura enciclopédica en los campos de la sociología, la filosofía y la epistemología, cultura enciclopédica que le daba instrumentos potentes de juicio. El resultado, para el lector, es refrescante y estimulante. Es volver a los clásicos con una mirada limpia, que permite repensar los problemas de hoy con unas herramientas que han mostrado su eficacia en otros campos y que es necesario utilizar con libertad intelectual, no como un catecismo.

Sacristán se pregunta si las categorías centrales del pensamiento de Marx siguen siendo cognitivamente productivas hoy. Su respuesta es que sí, pero lo ilustra con un ejemplo desconcertante, llevando su reflexión al límite, probablemente para resultar más didáctico, pero

quizás también intuyendo la necesidad de transformar las fuerzas productivas existentes y no sólo las relaciones de producción. Dice: “La tensión entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción sigue siendo una constatación realista y de considerable capacidad explicativa de la historia que conocemos, de nuestro presente y de las futuras posibles proyecciones del mismo” (101).^[1] Pero reconocer la validez de esta tesis de Marx le sirve para una reflexión que seguramente toma por sorpresa a muchos marxistas y les deja descolocados. Presupone que el actual progreso de las fuerzas productivas, si no rectifica su curso, lleva a un escenario distópico de ciencia ficción ilustrado por las fantasías del escritor norteamericano Adrian Berry (en el libro *Los próximos diez mil años*), donde el “desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas” implica la energía nuclear de fusión, una unificación autoritaria de la humanidad después de una o varias guerras atómicas, la colonización de la Luna y la fragmentación —mediante explosiones nucleares— del planeta Júpiter para obtener, con uno de los fragmentos, un nuevo planeta “artificial” colonizable por los seres humanos y convertir otros fragmentos de Júpiter en reflectores para captar energía del Sol. Esta fantasía ilustra imaginativamente como un desarrollo de las fuerzas productivas siguiendo una evolución presente hoy en nuestras sociedades chocaría con las relaciones de producción... pero aquí viene la sorpresa: no en un sentido emancipatorio, sino *desembocando en nuevas relaciones de producción más tiránicas*. Sacristán nunca llegó a elaborar hasta el final la idea de *revolucionar las fuerzas productivas*, y no sólo las relaciones de producción. Pero poner como ejemplo el delirio ultratecnológico de Adrian Berry sugiere que le faltó poco para dar el salto. ¿Cómo se explicaría, si no, que utilizara como ejemplo una fantasía que lleva al extremo el carácter *destrutivo* de las fuerzas “productivas” del capitalismo, las cuales, por tanto, deben ser excluidas —además de superadas o transformadas— de cualquier proyecto socialista imaginable?

Quiero aclarar el sentido de este ejemplo. Sacristán dice: el esquema fuerzas productivas/relaciones de producción tal como lo formula Marx es muy potente heurísticamente; permite encontrar explicaciones plausibles. Pero no siempre es previsible que desembogue en mejores salidas, más libres, más emancipadas; también puede desembocar en la emergencia de nuevas relaciones de producción, distintas pero más opresivas y tiránicas. Esto, por cierto, liga con la visión sacristaniana del marxismo como una concepción del mundo *no determinista*. El futuro queda siempre abierto, no podemos dar por supuesto que la historia deba ir siempre a mejor. La calidad del futuro dependerá siempre de lo que hagan los seres humanos en cada caso.

Tercera: ¿qué tácticas y estrategias adoptar? ¿Sirven las adoptadas durante el último siglo de luchas autoproclamadas liberadoras?

En este punto, Sacristán elabora sus respuestas dialogando con Wolfgang Harich, que en el libro en el que plantea más ampliamente la crisis ecológica, *¿Comunismo sin crecimiento?*, presenta la Unión Soviética del momento (el libro se publicó en 1974) como una Arca de Noé. Harich creía que la URSS, por su carácter autoritario, podría gestionar la crisis ecológica mucho más eficazmente que el capitalismo liberal. La idea de fondo es que los imperativos ecológicos 1) impondrán políticas de planificación estricta (dada la urgencia del problema) y 2) modelos de vida y consumo austeros a menudo contra la voluntad de las mayorías. El suyo era un comunismo de la austeridad y la igualdad estricta, y encontraba una inspiración más en Gracchus Babeuf que en un Marx para quien la abundancia o la prosperidad debían hacer posible superar más fácilmente los problemas distributivos. (Hay que decir aquí, de paso, que la prosperidad imaginada por Marx no tenía nada que ver con el derroche neocapitalista y consumista alcanzado después de 1945

en Occidente).

Sacristán admite la problematización de la idea de abundancia, pero no acepta la salida autoritaria. Su republicanismo y democratismo radical le ponían en contra de cualquier tiranía. Veía en el estado una institución destinada a durar más de lo que Marx, con su discurso libertario, estuvo jamás dispuesto a creer. Sacristán, que siempre manifestó su simpatía por la noción ácrata de extinción del estado (siguiendo en esto también a Marx), revisó en los últimos años de su vida esa simpatía porque pasó a creer que la organización comunista de la igualdad en un contexto de escasez derivada de la degradación ecológica requeriría instrumentos enérgicos de autoridad estatal. En un pasaje del libro que aquí presentamos hace sinónimas las expresiones “sociedad socialista” y “sociedad regulada” (106), que es una forma discreta (y abierta) de dar valor a la autoridad estatal. En esto se aproximaba a Harich. En cambio, se distanciaba de él en otro punto importante: para Sacristán la tiranía política, incluso la que pueda tener una intencionalidad igualitaria, siempre está destinada a transmutarse en oligarquía, sobre todo por una razón: la tiranía es una manifestación más de la *cultura de la desmesura*, de la ambición exagerada de poder; y es justamente la cultura de la desmesura (la *hybris* de los antiguos griegos) lo que hay que dejar atrás. Ponía como prueba factual la experiencia soviética; y hoy podría invocar la experiencia china. Por eso rechazaba la idea harichiana de autoritarismo de la igualdad. Prefería imaginar el futuro saneado ecológicamente como una constelación de comunidades locales autogestionadas, con autosuficiencia económica y superestructuras políticas débiles. No creía que se pudiera decir mucho más sobre cómo veía un posible futuro emancipado. La impresión personal que siempre tuve es que era sumamente pesimista en ese terreno, aunque lo disimulaba por no desmoralizar ningún activismo.

Estas últimas consideraciones llevan de forma natural a sus propuestas de acción y lucha. Estas propuestas tenían justamente dos patas, diferentes y complementarias: 1) la acción política para ocupar el gobierno del estado y, en general, las instituciones representativas, sin hacerse demasiadas ilusiones sobre su potencial transformador; Sacristán siempre insistió en no confundir “gobierno (del estado)” con “poder real”: una revolución social auténtica conlleva romper y liquidar el poder (económico, político, militar, mediático...) del gran capital, y esto significa cambiar el poder real, no sólo el gobierno, y supone un trastorno profundo; y 2) generar embriones pequeños y locales de vida alternativa. No puedo extenderme mucho en este punto porque él dejó pocos testimonios escritos de esta orientación que consideraba, sin embargo, “estratégica” (88). El propio Sacristán lo resumió clarísimamente en una intervención de 1979: “Ambas prácticas deben ser revolucionarias, no reformistas, y se refieren respectivamente al poder político estatal y a la vida cotidiana. Es una convicción común a todos los intentos marxistas de asimilar la problemática ecológico-social de que el movimiento debe intentar vivir una nueva cotidianeidad, sin remitir la revolución de la vida cotidiana a *después de la Revolución*, y que no debe perder su tradicional visión realista del problema del poder político, en particular del estatal” (55).

Merece la pena recordar aquí la reivindicación que hizo de Gandhi, no sólo por su pacifismo, sino también de su hábito de llevar siempre con él una rueca manual, para mostrar a sus seguidores de forma gráfica que hay que “ hilar y tejer en casa”, que el sistema opresor no será vencido si la gente no asume, en mayor o menor medida, una autonomía personal-comunitaria en la satisfacción de sus necesidades básicas: alimento, vestido y casa. En este contexto, Sacristán lanza una provocación política muy fuerte: “a estas alturas de finales del siglo XX uno no sabe

muy bien quién ha tenido más éxito revolucionario estratégicamente hablando [...]: si la Tercera Internacional o Gandhi. Sin duda Gandhi no ha conseguido una India artesana, pero la Tercera Internacional tampoco ha conseguido un mundo socialista” (87).

Hay muchas, muchísimas otras ideas en los trabajos compilados en ese volumen que dibujan los elementos integrantes de una alternativa ecosocialista. No puedo tocarlas todas. Hay un tema que siempre le preocupó y apasionó: la política de la ciencia. Sacristán siempre hizo una apuesta decidida en favor de la racionalidad y la ciencia como las formas más potentes de llegar al conocimiento. Lo que quiero destacar en el tema de las relaciones entre ciencia y sociedad es que era partidario incondicional de desarrollar y mejorar los métodos científicos y sus aplicaciones, pero con una revisión importante, importantísima, de cómo ponerlo en práctica. El punto decisivo es: en la época de la crisis ecológica, cuando ya hemos descubierto los daños que los humanos hemos infligido al metabolismo con la naturaleza, de lo que se trata es de *orientar la investigación científica hacia la superación de estos daños*. Pone un ejemplo. Tras sostener que la investigación en tecnología militar o ingeniería genética debe ser sometida no a una prohibición radical (que le parece impracticable), pero sí a un control social, que para él debería incluir no sólo a los gobiernos estatales, sino también “la opinión pública de comunidades mucho más pequeñas”. Rechaza que un control social sobre la investigación sea retrógrado, que sea un freno a la libertad de investigación, añadiendo: “El potencial de investigación puede reorientarse en muchos más sentidos. Por ejemplo, tratando de investigación económica, tan científico es el estudio de la maximización de producciones como investigar la minimización de costes” (80-81). El ejemplo es ilustrativo: si el objetivo no es seguir creciendo, lo que hay que investigar prioritariamente es cómo obtener el mismo producto con un coste menor (coste menor se refiere aquí al impacto ecológico o huella ecológica). Sacristán no da muchos más ejemplos, pero es fácil imaginarlos. Destaco este punto porque creo que una tarea esencial en una sociedad ecológicamente saneada será determinar cuáles serán las líneas de investigación científica a las que habrá que dar prioridad para ir rectificando los disparates metabólicos acumulados por siglos de agresión al medio natural.

En parte por influencia de su compañera Giulia Adinolfi, que hizo una importante contribución al pensamiento feminista, Sacristán asumió el feminismo, valorando positivamente la idea de Harich de “feminización del sujeto revolucionario”. Pero añadiendo que es necesario *feminizar la vida social y política*, “porque los valores de la positividad, de la continuidad nutricia, de la medida y el equilibrio —la *piedad*— son, en nuestra tradición, cultura principalmente femenina” (53).

Por último quiero acabar con un texto que figura el primero de todos en la antología de Miguel Manzanera: el de las jornadas de Murcia de 1979. Este texto es una rareza en la tradición marxista: poquísimos marxistas se han atrevido a denunciar la presencia —en el pensamiento marxista— de la escatología y el milenarismo, la idea de un fin de los tiempos, la idea de que con la Revolución desaparecen todos los conflictos, se realiza la armonía final entre las personas. Un auténtico final de la historia. Esto es un resto de pensamiento religioso en un cuerpo de doctrina declaradamente atea, que el talante científico y racionalista de Sacristán no podía en modo alguno tolerar. Rechazar esto significa afirmar que la revolución no es un destino definitivo, que habrá que luchar siempre contra las injusticias, también en una sociedad sin clases, porque es ilusorio creer que el comunismo cancela todos los conflictos, como todavía creen bastantes personas de nuestra cuerda.

[\[1\]](#) Los números entre paréntesis remiten a las páginas del libro de Manuel Manzanera.

[Versión en castellano del texto de presentación del libro de Manuel Sacristán Luzón *Ecología y ciencia social. Reflexiones ecologistas sobre la crisis de la sociedad industrial* (recopilación y prólogo de Miguel Manzanera, 2021, edición de la editorial extremeña Irrecuperables). Presentación hecha en el casal Transformadors (Fort Pienc, Barcelona) el 23 de septiembre de 2022 bajo el patrocinio de la Asociación de Estudios Gramscianos de Cataluña, a la que se debe la publicación del texto original en catalán.]

Soledad Bengoechea

«Credere, obbedire, combattere»

El centenario de la Marcha sobre Roma (octubre de 1922)

Italia, octubre de 1922: bajo la amenaza de las camisas negras, la monarquía italiana y sus partidos afines entregaban el gobierno al antiguo socialista reconvertido en fascista Benito Mussolini.

Aquí estamos asistiendo a una hermosa revolución juvenil. No hay peligro, es pródiga en color y entusiasmo. Nos estamos divirtiendo mucho (Richard Washburn Child, embajador de Estados Unidos en Roma, el 31 de octubre de 1922).

Italia, septiembre de 2022: Giorgia Meloni, líder de Fratelli d'Italia, partido heredero del MSI fundado por el fascista Giorgio Almirante, [gana las elecciones al frente de una coalición de extrema derecha](#) al grito de: ¡lo sono Giorgia!

El fascismo no es un proyecto político más, como pudieran ser el comunismo, el liberalismo, el pensamiento libertario. El fascismo es el único proyecto político que surge en el siglo XX, los otros proceden del XIX. Quiere ser tan moderno que nunca se llama a sí mismo continuador de nada, sino que se presenta como rompedor. Pero en lo que el fascismo es antológicamente diferente del resto de proyectos políticos es en el papel de la violencia [...], Y el ejercicio de la violencia es un acto de afirmación de la conciencia fascista (Ferran Gallego, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona. "[La violencia como afirmación fascista](#)", 2014).

Hay una serie de elementos que las nuevas extremas derechas, comparadas con el fascismo, no tienen. Por ejemplo, el tema de querer instaurar un régimen de partido único, una dictadura autoritaria. Está el tema de disponer de un partido milicia, un partido encuadrado militarmente y con fuerzas paramilitares. Por otro lado, no tienen tampoco la voluntad, y es algo que estamos viendo en países donde gobiernan como Hungría, de encuadrar a las masas en organizaciones de masas. Por último, no son una religión política ni tienen la voluntad de construir unos hombres y mujeres nuevos. No existe esta voluntad de influir sobre la sociedad. Su objetivo es vaciar la democracia liberal de su contenido, pasar a lo que Orban definió como democracia "liberal" (Steven Forti, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona, "[Si no entendemos qué es esta nueva extrema derecha, nos costará entender la amenaza real que representa](#)". *Público*, 30-10-21).

Los orígenes: los Fasci di Combattimento, cultura de combate

Como Italia, después de salir vencedora de la Gran Guerra, se vio sacudida por la violencia política, entre un partido socialista, que deseaba instaurar la dictadura conforme al modelo bolchevique, y un fascismo recién nacido, que organizaba escuadras armadas para combatir a los socialistas y hacer realidad una “revolución italiana”. (Emilio Gentile, *El fascismo y la Marcha sobre Roma*, p. 21).

Durante las primeras décadas del siglo XX en Europa nos encontramos con el nacimiento de nuevas opciones políticas que presentan formas y contenidos desconocidos hasta entonces. En Italia, el fin de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) provocó una situación muy difícil entre los trabajadores. El poder adquisitivo del salario había disminuido un 35% y no se conseguían productos básicos como el pan. En 1918, principalmente en los centros urbanos, se sucedieron una serie de huelgas masivas mediante las cuales los trabajadores consiguieron algunas reivindicaciones. El llamado *biennio rosso* (el “bienio rojo”) y los consejos de fábrica fueron expresión de este proceso, que puso a la clase obrera cerca de tomar el cielo por asalto. El país estaba dominado por el movimiento obrero, mientras el Estado era débil. Las promesas vehementes de un desconocido Benito Mussolini de **restaurar el orden y la disciplina** fueron vistas por muchos empresarios y las clases medias como el único medio posible para apaciguar la creciente ola de conflictividad social que el gobierno no lograba frenar.

Ciertamente, el triunfo de la revolución soviética en 1917, y la constitución de partidos comunistas en todo el continente europeo a partir de 1920, no había sido ajeno a esta situación. La consolidación de la Rusia soviética llevaba a las atemorizadas clases económicas a solicitar el despliegue de nuevos mecanismos de protección que el Estado liberal, se decía, no estaba en disposición de proporcionar. Fue entonces cuando la izquierda dejó de tener el monopolio de la idea de cambio. Sus emergentes rivales propugnaban una transformación social, fascista, que apelaba a las emociones, no a la razón.

En este contexto, la ciudad de Milán llegó a aquel 23 de marzo de 1919 sumida en el aburrimiento de un domingo gris. Al atardecer, unas nubes oscuras anunciaban lluvia. De repente, 119 hombres irrumpieron en la Piazza San Sepolcro. El número, es cierto, era reducido, pero se hizo notar: caminaban con paso firme, seguro, sonoro, el brazo en alto saludando a la romana. Muchos llevaban las famosas camisas negras. Asistían a un discurso que ofrecía el director del diario *Il Popolo d'Italia*, Benito Mussolini. Debido a conductas radicales, consideradas desmedidas, y a su postura nacionalista irredentista, había sido expulsado del partido socialista. Mussolini, con su tradicional ademán, impresionó al auditorio: el gesto adusto, las manos en la cintura, las piernas abiertas, su voz fuerte. Se estaban fundando los Fasci di Combattimento (Fascios de Combate), mientras se leía el Manifiesto Fascista que daría lugar en 1921 al PNF (Partido Nacional Fascista). Desde el primer momento, el movimiento se caracterizó por la violencia y por su oposición al liberalismo y al comunismo.

Sin que nadie se diera cuenta, seguramente ni sus promotores, había nacido el fascismo. Aquellos hombres se llamaban Revolucionarios. ¡Y ciertamente lo eran! Fundaban algo nuevo. Pero, con el tiempo, serían contrarrevolucionarios porque combatirían a las organizaciones revolucionarias.

La ideología fascista tenía como meta la creación de un Estado totalitario que decía encarnar el espíritu del pueblo. La población no debía, por tanto, buscar nada fuera del Estado, que estaría

en manos de un partido único. Para aclararnos, y en palabras de los líderes fascistas:

El pueblo es el cuerpo del Estado, y el Estado es el espíritu del pueblo. En la doctrina fascista, el pueblo es el Estado y el Estado es el pueblo. Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado.

¿Qué significa esta frase?: que el Estado controlaría a los italianos incluso en la vida privada.

Los *fasci* sentían recelo hacia la política clásica. Y un profundo odio contra todo el sistema establecido, considerado decadente. Por ejemplo, preferían definir a los *fasci* como movimiento, más que como partido. Y utilizaban parte del lenguaje de la izquierda con un discurso demagógico que pretendía atraer a los sectores sociales más castigados por la crisis.

Así, el programa político de los Fasci Italiani di Combattimento, publicado el 6 de junio de aquel mismo 1919, rebosaba de tics revolucionarios. Veamos, entre otras cosas, defendía la participación de los representantes de los trabajadores en el funcionamiento técnico de la industria, la incautación del 85% de los beneficios de guerra, la implantación de un fuerte impuesto progresivo sobre el capital y la incautación de los bienes de todas las congregaciones religiosas.

Observemos ahora quién estaba dentro del movimiento: viejos izquierdistas decepcionados, sindicalistas revolucionarios, veteranos de la Gran Guerra que habían luchado con compañeros sacrificados en las trincheras durante cuatro años. En aquellas interminables jornadas, habían aprendido a despreciar aún más el poder, y a apreciar ciertos valores, digamos, más enérgicos. Se instruyeron, también, en el arte de empuñar un arma e incluso le habían cogido gusto. Y se habían acostumbrado a las palizas. Ahora, la mayoría estaban en un paro considerado vergonzoso. Así muestra la Patria su agradecimiento, pensaban.

En cualquier caso, en las elecciones de 1919, sin aliados claros a derecha ni izquierda, los fascistas se dieron un sonoro batacazo. Lograron un solo escaño. La lista de Mussolini, en Milán, sacó menos de cinco mil votos. Ganaron los socialistas, con un 32%. Este 32% socialista despertó el pánico entre la burguesía y cambió la actitud de un Mussolini que decidió renunciar a su alma revoltosa de izquierdas porque en realidad parecía que por este lado no se le hacía caso. En cambio, ¡ah!, por el otro lado, por la derecha, tenía el campo libre: ahí estaba subyacente el miedo y el odio a los subversivos, el deseo de orden, en fin, lo de siempre. En una de las muchas crisis de Gobierno de estos años, los *fasci* se pusieron espontáneamente a las órdenes de las autoridades, como paramilitares, para defender la estabilidad. El fascismo, inexistente en las elecciones, empezó a crecer como la espuma.

El primer congreso de los *fasci* fue en octubre de 1919 en Florencia, pero de nuevo fue de una retórica de excelente vaguedad. Por increíble que parezca, esto será una constante en la carrera de Mussolini: su oratoria revolverá cuatro conceptos y dirá siempre cosas tan ambiguas que cabía de todo. Renzo De Felice, máximo historiador del fascismo con sus ocho tomos sobre el futuro dictador, opina sin tapujos que Mussolini no tenía ninguna idea concreta de Estado ni de partido, iba improvisando sobre la marcha, aunque sobre todo, y eso es importante, en final se dejó arrastrar por los eventos. Pero no hay duda de que Mussolini fue un líder, porque fue quien dio forma al descontento de las masas e hizo una síntesis política.

Veamos ahora esta esclarecedora frase programática de Mussolini: “Nosotros nos permitimos ser aristocráticos y democráticos, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, legales e ilegales, según las circunstancias de tiempo, lugar y ambiente”. ¿Acaso el cambio doctrinal es consustancial al fascismo?

Observamos de nuevo el panorama. Ponemos la mirada al año siguiente, en 1920. Recordemos: estamos en pleno *biennio rosso*. En abril, varios de estos chicos vestidos con camisas negras acudieron a un acto del Partido Socialista. Pronto empezó la batalla a base de palos. Los fascistas mataron a tres de ellos y dejaron cuarenta heridos. ¿Qué opinó la policía? Nada, le pareció más o menos bien. Pero este acto fue el santo y seña que abrió un montón de posibilidades a estos jóvenes hasta ahora mirados como algo como la escoria de la sociedad. Escoria, sí, eso significaban los grupos fascistas para muchos italianos. Pero ¡ah!, también simbolizaban una solución para otros. Era un tiempo que en las ciudades y en los campos los dueños no sabían cómo poner orden entre sus trabajadores. La agitación campesina se ve muy bien en la película *Novecento*, de Bertolucci, ambientada en Emilia Romagna, en el centro del país. Los propietarios de tierras de las áreas rurales, hartos de tantos rojos, impulsaron los *squadri de castigo*, el *squadrismo*, los matones. Esta película permite entender muchas cosas.

Los *fasci* crecían y crecían. Aunque aún eran poco numerosos, los fascistas se hacían notar por el uso de la *violencia*. Pero seguían sin ser exactamente un partido. Eran organizaciones locales, con un jefe que aparecía de forma espontánea. Muchas veces, cada grupo, sobre todo cada cabeza, entendía el fascismo a su manera, de izquierda o derecha, aunque al final se impusieron los de la derecha. En Ferrara, por ejemplo, estaba Italo Balbo. Después de una juventud cercana a las ideas republicanas de Mazzini y la frecuentación de la logia masónica Savonarola de Ferrara, Balbo se adhirió al fascismo y se convirtió rápidamente en secretario de la federación fascista de Ferrara. Empezó a organizar bandas de escuadristas y formó el su propio grupo llamado Celibano, como su bebida favorita. Por cuenta de los terratenientes, el grupo organizó expediciones punitivas, entre otras, en las huelgas que hicieron los comunistas, los socialistas y las organizaciones campesinas de Portomaggiore, Rávena, Módena y Bolonia. El grupo se permitió incluso saquear el castillo de la familia Este, en Ferrara.

El panorama apocalíptico se completaba con la fragmentación política en todos los partidos. Donde más, por variar, en la izquierda, fiel a su tradición suicida. Mussolini estaba radiante. Todo esto no hacía más que darle la razón sobre la inutilidad de los partidos y del propio Parlamento, mientras ellos, los fascistas, dominaban las calles; imponían el miedo. Era sin duda un movimiento viril, muy viril. Fue por entonces cuando defendiendo la propiedad privada con los puños se financiaba el partido fascista. La burguesía y la nobleza ofrecían su apoyo. Sin un control total, Mussolini jugaba a dos bandas: por un lado, sus matones iban a lo suyo, dirigidos por jerarcas locales. Por otro lado, él, Mussolini, debía dar una aparente garantía de estabilidad para no asustar demasiado a la burguesía. El capital debía ver que los fascios imponían el caos. Y que, a su vez, Mussolini era el único hombre capaz de controlar estos fascios.

Lo cierto es que Mussolini tenía talento: cuando las autoridades prohibieron las porras, los fascios salieron a vapulear a los rivales con bacalao. Había continuos choques entre rojos y camisas negras en muchas ciudades, con muertes, expediciones punitivas, correrías por comarcas y toma temporal de pequeñas poblaciones. Las fuerzas del orden eran incapaces de controlar el caos o

miraban hacia otro lado, sobre todo si los que pegaban eran los fascistas. Como las camisas negras abatían más y mejor, muchos trabajadores o parados se pasaban a los fascios. Fue tiempo de guerra civil latente, con pruebas de movilizaciones paramilitares a media escala, delante mismo de Gobiernos efímeros e inútiles, pero los partidos tradicionales y las instituciones no se daban por enterados. La democracia iba degenerando.

En poco más de seis meses el fascismo se vio velozmente engrosado. El historiador Emilio Gentile nos proporciona unas cifras: entre octubre y noviembre de 1920, las afiliaciones a los fascios habían sido de 1.065; a finales de diciembre habían dado un salto de 10.860 a 20.165. Se asistió a una expansión fascista especialmente en el Norte, donde a finales de mayo de 1921 los afiliados eran 114.487, mientras que en el Sur eran 44.397 y en el Centro 28.704.

En 1921, Mussolini convirtió a los Fasci Italiani di Combattimento en el Partido Nacional Fascista (PNF), y a partir de ese momento se dio a conocer también como Duce (“Líder”). En el momento de su constitución, este partido era el más fuerte de Italia y, gracias a la violencia escuadrista, dominaba en muchas provincias de Italia del Norte y del Centro. Un partido de masas militarmente organizado era un fenómeno nuevo en la historia de las democracias parlamentarias. El lema de su campaña, “Dios, patria y familia”, acuñado en 1931 por Giovanni Giurati, es exactamente el mismo que ha elegido en el 2022 la ultraderechista Giorgia Meloni para llegar a primera ministra de Italia. La aparición de un partido político, el PNF, no suavizó el clima de violencia. Pero después del ingreso de los diputados fascistas al Parlamento, la brutalidad fascista escuadrista continuó, como continuaron los choques entre fascistas y fuerza pública.

Como señala Gentile:

La praxis de la violencia perneaba todos los aspectos del fascismo. Fue el núcleo en torno del cual se desarrolló durante los primeros años la idea fascista de la política, condensada simbólicamente en la denominación misma de los *fasci di combattimento*: la política era una guerra civil contra los adversarios del fascismo, a quienes apenas por eso se consideraba enemigos irreductibles no sólo del fascismo, sino de la nación que los fascistas fanáticamente pretendían representar de modo exclusivo (p. 67).

El gran desafío al Estado: la Marcha sobre Roma

Durante los primeros seis meses de 1922, el partido fascista siguió aumentando su masa de afiliados. Entre abril y mayo subió de 220.223 a 322.310 y las seccionales de 1.381 a 2.124. Durante este periodo se constituyó la Confederación de las Corporaciones Nacionales, o, lo que lo mismo, los Sindicatos Fascistas, con cerca de 500.000 afiliados. Después de la destrucción de las organizaciones socialistas, miles y miles de trabajadores de la tierra se enrolaron en estos nuevos sindicatos para tener la posibilidad de trabajar.

Entre el 3 y 5 de abril de aquel 1922 sucedió un hecho importante: Mussolini planteó por vez primera la cuestión del ascenso al poder. Un día antes, el político fascista Dino Grandi, uno de los más destacados líderes violentos de los camisas negras, publicó un artículo en *Il Popolo d'Italia* en el que se declaraba contrario a una toma violenta de los poderes del Estado. Porque estaba convencido de que en una sociedad democrática como era Italia la revolución nunca podría ser un repentino estallido de violencia sino un proceso lento. En principio, Mussolini se declaró de

acuerdo con Grande. No obstante, afirmó que “el fascismo no tenía amigos, que debían contar solo con sus fuerzas y para ello debía consolidar su disciplina para mejor controlar la fuerza armada. La violencia debe limitarse a la legítima defensa”, dijo Mussolini.

¿Quién quiso la marcha sobre Roma? Señala Emilio Gentile que “fue Mussolini quien quiso la marcha sobre la capital: en esto concuerdan varios testimonios fascistas”. Mussolini siempre afirmó haber sido el ideólogo de la Marcha sobre Roma”. En 1927, en un número especial de la revista *Gerarchia* dedicado a ese acontecimiento, el Duce escribió que la idea de la marcha maduró en agosto de 1922 y que la insurrección duró exactamente tres meses. No obstante, algunos dirigentes fascistas de primera hora, como Giuseppe Bottai, que fue ministro durante el régimen fascista de Mussolini, señalaba como el propiciador más decidido de una conquista violenta del poder a Michele Bianchi, dirigente sindicalista revolucionario y uno de los miembros fundadores del movimiento fascista.

Lo que parece claro es que Mussolini y Bianchi optaron por la vía insurreccional fundamentalmente por dos razones: porque la juzgaron la más adecuada y porque el partido que ellos lideraban se había encaminado, desde sus inicios, por esta vía. Los militantes fascistas no estaban dispuestos a renunciar al poder local que habían alcanzado. Contemplaban la vía insurreccional como la única transitable para conquistar el poder central.

En marcha

A las diez de la mañana del 24 de octubre de 1922, Benito Mussolini hizo su aparición en el gigantesco escenario del teatro San Carlo de Nápoles. La multitud —siete mil napolitanos— atendía expectante y gozosa. Los reporteros hablaban de “una manifestación mágica, casi religiosa”. Mussolini comenzó exaltando al pueblo napolitano y las virtudes de los meridionales. La fanfarria entonaba *Giovinezza* (que entre 1924 y 1943? fue el himno del partido fascista). Los reunidos se pusieron en pie y cantaron con voz potente, conmovidos. Mussolini habló claro, sin inmutarse: el rey no se toca, dijo, el ejército, concluyó, es digno de veneración. El pueblo, añadió, no se quedará sin su juguete: el Parlamento. Mussolini exaltó la nación al identificarla con el mito fundacional del fascismo. Mientras, de veinte a cuarenta mil fascistas se habían desplazado a Nápoles desde toda Italia. Las escuadras se encuadraron en el campo de deportes de Arenaccia.

Según explica Gentile, “pasado el mediodía, en el campo deportivo de la Arenaccia, Mussolini pasó revista a las milicias; después, frente a la multitud de escuadristas apiñados en Piazza Plebiscito mientras aullaban: ¡A Roma! ¡A Roma!, escoltado por los cuadrunviro (grupo de cuatro líderes que dirigieron la [Marcha sobre Roma](#)) y por los dirigentes del PNF, el Duce adoptó un tono amenazante: *O nos dan el gobierno o lo tomamos, cayendo sobre Roma. Ahora ya es cuestión de días, y acaso de horas*”. Luego, Mussolini gritó vivas al ejército, pero se negó a dar vivas al rey.

Todo quedó decidido. La revolución tendría cinco fases: 1) movilización y ocupación de edificios públicos; 2) concentración de los camisas negras en las afueras de Roma; 3) ultimátum para el gobierno del liberal Luigi Facta para la transferencia de poderes; 4) entrada en Roma y toma de posesión de los ministerios a toda costa; 5) en caso de derrota hacia el centro de Italia, constitución de un gobierno fascista y rápida concentración de camisas negras en el valle del Po. (Scurati, pp. 528-529).

Comienza la insurrección

A últimas horas de la noche del 26 al 27 de octubre una situación de incertidumbre planeaba sobre Italia. Percibiendo un inicio de pánico, el prefecto de Brescia pidió el urgente regreso de los militares de permiso. El día 27, a las 3 de la madrugada, el ministro del Interior se enteraba de que existían cuatro planes diferentes para la acción fascista: "Primero, marcha convergente sobre Roma, ocupación despachos públicos, edificios, etc. Segundo, ocupación simultánea despachos y servicios públicos principales ciudades que se retuvieran, tomadas. Tercero, fingida maniobra convergente sobre Roma para obligar reunirse mayores contingentes finalidad poner en práctica en cambio plan segundo. Cuarto, movilización prevista solo finalidad impresionar opinión pública y hacer presión sobre los gobernantes y alcanzar así, objetivos propios sin disparo heridas. Pero ha agregado tener algunos elementos, creer trátase ahora plan número tres" (Gentile, pp. 237-238).

A las 12:40 llegaban de Florencia noticias de la gravedad de la situación y el anuncio de que la movilización fascista estaba en pleno desarrollo. Más tarde, a las 16:15, en Pisa se estaba desarrollando la insurrección. Y en Cremona el movimiento insurreccional empezó antes de la hora prevista. Y, entretanto, se destacaban los primeros desplazamientos fascistas hacia Roma.

Cuando estas noticias llegaron a Roma, la capital se dispuso a tomar medidas para hacer frente a la insurrección y, sobre todo, para defender la capital.

Entretanto, el rey Víctor Manuel III llegaba a Roma. En la estación le esperaban el presidente del gobierno Luigi Facta, el director de Seguridad Pública, el prefecto y el cuestor. Al día siguiente, Facta sostuvo que el rey había dicho: "No formo un Gabinete durante la violencia; lo abandono todo; voy con mi mujer y mi hijo a la campiña". En contraste con las palabras de Facta, el senador Alberto Bergamini dejó para la posteridad estas palabras: "que a la propuesta de estado de sitio de máxima alerta deliberado por el gabinete el rey respondió que esa era una medida muy grave, que ni siquiera había permitido en los momentos más tormentosos". A lo que Facta habría respondido: "Pero cómo puede tolerarse que los fascistas ocupen la capital provocando vaya a saberse qué desorden e imponiendo su voluntad, que es conquistar, de modo ilegal, el gobierno". A lo que el rey contestó: "Es cierto, por desgracia. Pero al menos aguardemos mientras sea posible, en tanto haya esperanzas de evitar un conflicto funesto. Tenga a bien esta noche, a última hora, llevarme a Villa Savoia los últimos telegramas y las últimas noticias" (Gentile, p. 243).

Por su parte, Soleri ofreció otra versión. Supuestamente, al llegar a la estación el rey les dijo a los ministros: "Roma habría de defenderse a cualquier precio y no debería dejarse que los fascistas armados entrasen en la ciudad".

Sea cual fuere la versión más verídica, lo cierto es que esa noche del 27 de octubre a las 21 horas, Facta se dirigió a Villa Savoia y presentó al rey la renuncia el gobierno entero.

El momento justo

Como el estado liberal dejó pasar el instante huidizo con que contaba para reprimir la insurrección, eso permitió a los fascistas proseguir arrogantes su marcha de conquista mientras el Duce "tomó a todos por idiotas", volviendo vana la postrera maniobra para

mutilar su victoria (Emilio Gentile, *El fascismo y la Marcha sobre Roma*, p. 263).

La dimisión de Facta precipitó aún más los acontecimientos. Los fascistas, que se habían apoderado de varios trenes, se encontraban ya muy cerca de Roma. Se buscó un acuerdo de consenso, proponiendo a Mussolini formar un gobierno conjunto con Antonio Balandra. Balandra era un liberal de derechas que ya había sido primer ministro entre 1914 y 1916, pero se negó a compartir el poder. Finalmente, el rey se plegó a las exigencias del Duce. El 29 de octubre, Mussolini recibió en la sede del *Popolo d'Italia* un telegrama de uno de sus generales que decía lo siguiente: “Su Majestad el Rey me encarga rogarle que se dirija a Roma para presentarle sus respetos”.

El líder fascista partió de Milán esa misma noche en un tren directo hacia Roma; al día siguiente se entrevistaba con el rey. El proyecto de gobierno que le presentó en un primer momento pretendía obtener el consenso de los diputados y contaba solo con tres ministros fascistas. Víctor Manuel le dio su visto bueno y esa misma noche Mussolini se convirtió en presidente del Consejo.

Al conocerse la noticia, alrededor de 70.000 hombres que esperaban acampados fuera de la ciudad entraron en ella. Andaban bien formados, pisando fuerte con esas botas altas. Cantaban, seguro, y gritaban consignas. El cuerpo, uniformado, con las camisas negras, les daba un estatuto. Colgadas del brazo llevaban banderas. Y, en la cabeza, una gorra estrecha. A continuación hubo cruentos enfrentamientos en varios barrios. Al día siguiente el *Popolo d'Italia* anunciaba: “Nuestro movimiento ha sido coronado con la victoria. El Duce ha asumido los poderes políticos del Estado”. Mussolini daba también la orden de desmovilizarse a las camisas negras, que ya habían cumplido su papel, condecorando a todos aquellos que habían participado en la marcha sobre Roma. Como nuevo presidente, ordenó a la policía suprimir cualquier altercado que se pudiera producir. Era un momento histórico. Se estaba institucionalizando la barbarie. Pero la monarquía seguía, como siempre. Es lo mismo que ocurrió en España un año después, en 1923, con el golpe de Estado de Primo de Rivera.

Es sabido, la fecha ha pasado a la historia: el 28 de octubre de 1922 las brigadas fascistas entraron en Roma. Mussolini obligó al rey de Italia, Víctor Manuel III, a entregarle el poder, que poseyó con el título de Duce. Pero lo cierto es que Italia no tuvo sólo un nuevo gobierno; tuvo un nuevo régimen.

La situación es esta: la mayor parte de Italia septentrional está completamente en poder de los fascistas. Toda la Italia central [...] está ocupada por los “camisas negras” [...]. La autoridad política —algo sorprendida y muy consternada— no ha sido capaz de enfrentarse al movimiento [...]. El gobierno debe ser claramente fascista [...]. Esto ha de quedar claro para todos [...]. Cualquier otra solución será rechazada [...]. La inconsistencia de ciertos políticos de Roma oscila entre lo grotesco y la fatalidad. ¡Que se decidan de una vez! El fascismo quiere poder y lo tendrá (editorial de Benito Mussolini. *Il Popolo d'Italia*, 29 de octubre de 1922).

Formalmente, la dictadura fascista comenzó en los meses que siguieron a la marcha sobre Roma. Recurriendo a amenazas y violencia, los fascistas se aseguraron el dominio de todo el poder político. Hacia 1924, éste quedó bajo el control absoluto de Mussolini, devenido en líder indiscutido del pueblo italiano.

Bibliografía utilizada

ABEL, G. M., “La marcha sobre Roma. Mussolini toma el poder”, *Historia National Geographic*, 27-10-2020, https://historia.nationalgeographic.com.es/a/marcha-sobre-roma-mussolini-toma-poder_15791

BENGOECHEA, Soledad, “Revolució o barbàrie: el centenari del naixement del feixisme”, *Catxipanda*, juny de 2019, https://catxipanda.tothistoria.cat/blog/2019/08/02/revolucio-o-barbarie-el-centenari-del-naixement-del-feixisme-per-soledad-bengoechea/?upm_export=print

GENTILE, Emilio, *El fascismo y la Marcha sobre Roma*, Barcelona, Edhasa, 2015.

SCURATI, Antonio, *M. El hijo del siglo*, Barcelona, Alfaguara, 2020.

[Soledad Bengoechea es miembro del Grupo de Investigación Consolidado “Treball, Institucions i Gènere” (TIG) de la UB y de Tot Història, Associació Cultural]

Asier Arias

Autoadulación y psicopatología especulativa ante el abismo nuclear

A propósito de «Por qué Ucrania»

Noam Chomsky ha venido concediendo una cantidad creciente de entrevistas en los últimos años. En una de ellas, publicada el pasado 5 de octubre en un *pódcast* con apenas 250 seguidores (*Darts and Letters*), el entrevistador le preguntaba qué lleva a uno de los pensadores más importantes del último siglo a tomarse el trabajo de responder pacientemente a las preguntas de todo el mundo, de particulares anónimos a pequeños medios de comunicación, de prestigiosos académicos a activistas desconocidos fuera de sus círculos inmediatos. Chomsky respondió citando a su amigo Howard Zinn, que ubicaba el factor decisivo de las transformaciones emancipatorias en el trabajo cotidiano de innumerables personas anónimas: ellas sientan las bases para las eventuales conquistas populares, y son así «las verdaderamente relevantes», de forma que «no puede haber nada más importante que atenderles».

Los libros de entrevistas con Chomsky constituyen ya un género, y David Barsamian es quien más y mejor lo ha cultivado. Tras cerca de cuarenta años de conversaciones, Barsamian publicaba a finales del pasado septiembre su última contribución al género: *Notes on Resistance* (Haymarket, 2022). Simultáneamente aparecía en castellano otra interesante pieza del género: *Por qué Ucrania* (Altamarea, 2022), una colección de ocho entrevistas acompañadas de un epílogo de Pablo Bustinduy. Siete de esas ocho entrevistas las firma C. J. Polychroniou, que lleva una década en contacto con Chomsky y en los últimos cinco años ha hecho importantes aportaciones al género con *Optimism over Despair* (Penguin, 2017; versión castellana en Ediciones B) y *The Precipice* (Haymarket, 2021) —en 2023 verá la luz una más: *Illegitimate Authority*.

La primera entrevista recogida en *Por qué Ucrania*, conducida por la editora de la colección en diciembre de 2018, expone el cambio en la función de la OTAN tras el desmoronamiento de la URSS: de asegurar, «en teoría, la defensa de Europa occidental, a controlar el sistema energético mundial, además de [erigirse como] la fuerza de intervención militar de Estados Unidos» (p. 17).

Las entrevistas de Polychroniou fueron publicadas entre el 4 de febrero y el 4 de mayo de 2022 en *Truthout*, un medio en el que, si bien los análisis de Chomsky eran ya muy frecuentes, después de la invasión del 24 de febrero han venido apareciendo con una periodicidad casi semanal. El examen que en ellas se nos ofrece del conflicto en curso parte de la noción de «zona de influencia», que se presenta bajo la sombra de las intenciones perversas en todos los casos excepto en uno: cuando se trata de una zona de influencia estadounidense. ¿Cuál sería la reacción de EE. UU. a una zona de influencia de una potencia hostil cerca de sus fronteras? No es necesario especular: la historia nos ofreció una elocuente respuesta durante la crisis de los misiles de 1962.

El contexto era ciertamente diferente hace sesenta años: la administración Kennedy había

respondido a la oferta de Jruschov de una reducción mutua de arsenales con la mayor escalada armamentística de la historia en tiempos de paz. Esa escalada, apoyada en el falso pretexto de la «brecha de los misiles», incrementó considerablemente la ya enorme preponderancia estadounidense, en un momento en que la Casa Blanca redoblaba su acometida terrorista contra Cuba (cf. Bolender, 2010) con la amenaza de una invasión.

La crisis se resolvió en aquella ocasión por la vía de la imprudencia diplomática. Tal y como Chomsky ha detallado en numerosas ocasiones, las dos semanas de paseos por el borde del precipicio se cerraron con una temeridad innecesaria. Se convino que la URSS desmantelaría las bases y que EE. UU. no invadiría Cuba, pero durante días el mundo pendió del hilo de la negativa estadounidense a hacer pública una parte del trato. En el punto álgido de la crisis, Jruschov envió una carta a Kennedy en la que le proponía poner fin a la crisis mediante una retirada pública simultánea de los misiles rusos de Cuba y los misiles Júpiter que EE. UU. tenía instalados en Turquía. Kennedy se mantuvo firme: a pesar de que estimaba que había una probabilidad del 50% de que el rechazo de la oferta de Jruschov desembocara en una guerra nuclear que devastaría el hemisferio norte, declinó la propuesta insistiendo en que sólo la retirada de los misiles soviéticos podía hacerse pública. La retirada de los misiles Júpiter, a pesar de que ya estaba programada antes de la crisis, debía ser secreta. «Por fortuna, Jrushchov lo aceptó, de lo contrario no estaríamos hoy aquí» (Crowder, 2017).

Mantener intacto el «prestigio» de EE. UU. pudo costar la vida de cientos de millones de personas (cf. Allison, 2012): ese desenlace era, según Kennedy, tan probable como que salga cara al lanzar una moneda. No obstante, dejar abierta esa puerta debió parecerle un precio razonable a pagar por un «prestigio» interpretado como irrenunciable derecho a mantener zonas de influencia en los cinco continentes y regarlas con armamento ofensivo sin verse obligado a mostrar indicio alguno de debilidad dando un solo paso atrás. No habla particularmente bien de la educación política occidental el hecho de que nuestros comisarios culturales puedan seguir presentando esta decisión —tal vez la más inmoral de la historia— como el momento más glorioso de la presidencia de Kennedy (cf., v. g., Bassets, 2022a).

Hoy que el portavoz de la Presidencia rusa anuncia la disposición del Kremlin a negociar con la Casa Blanca mientras treinta congresistas demócratas se ven obligados a retractarse de una carta en la que instaban a Biden a entablar conversaciones directas con Rusia, es un buen momento para hacer memoria del modo en que Fidel Castro incidió en que la resolución de la crisis de los misiles se alcanzó sin ninguna participación cubana. Cabe con todo añadir que, en vista de las décadas de terror a las que EE. UU. sometió a su «patio trasero» latinoamericano tras la crisis, hablar de resolución quizá resulte excesivo.

Sea como fuere, Chomsky subraya que la posición rusa acerca de la zona de influencia estadounidense en la mayor de sus fronteras occidentales ha sido explícita durante bastante tiempo. En palabras de Serguéi Lavrov, en conferencia de prensa del 27 de enero de 2022 —tras la desestimación por parte de Estados Unidos y la OTAN de las demandas de seguridad de Rusia—, «el principal problema es nuestra posición clara sobre la inadmisibilidad de una mayor expansión de la OTAN hacia el Este y el despliegue de armas ofensivas amenazando el territorio de la Federación Rusa». No se trata de una declaración aislada (cf., v. g., p. 69), y durante treinta años algunos de los principales protagonistas de la política exterior estadounidense (George Kennan, Jack Matlock, William Burns, William Perry, Henry Kissinger) han venido diciendo

exactamente lo mismo. Por su parte, «el Departamento de Estado ha reconocido que “antes de la invasión rusa de Ucrania, Estados Unidos no hizo ningún esfuerzo por abordar una de las máximas preocupaciones de seguridad con mayor frecuencia expresadas por Vladímir Putin: la posibilidad de que Ucrania se integre en la OTAN”» (p. 94).

Debiera resultar innecesario, pero Chomsky deja claro que el ejercicio de contextualizar e intentar esclarecer las raíces del conflicto nada tiene que ver con justificar la agresión rusa (pp. 53 & 56). Ese ejercicio no sólo ha sido proscrito de los medios occidentales —«cámaras de eco del consenso de Washington» (De Zayas, 2022) impermeables a cuanto encuentre mal encaje en «la versión oficial de las fuerzas del bien luchando contra las fuerzas del mal» (Aranguren, 2022)—, sino asimismo condenado con más artificio retórico que celo analítico desde algunos sectores de la izquierda (cf. Pedro-Carañana, 2022).

El punto de partida de semejante ejercicio habría de ubicarse en el «cierre en falso» de la Guerra Fría (Poch, 2022a: 14). Gorbachov propuso en aquel momento la configuración de un sistema de seguridad euroasiático libre de bloques militares, pero Estados Unidos rechazó la idea: la OTAN, nacida para contrarrestar la «amenaza soviética», debía sobrevivir al Estado soviético. Gorbachov recibió en cualquier caso la promesa de George H. W. Bush y James Baker de que la OTAN no se expandiría «ni una pulgada hacia el este». Coincidiendo con el 50 aniversario de la Alianza Atlántica, la administración Clinton integró en ella a Polonia, Hungría y la República Checa. Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumania se unieron después de que la administración Bush II se embarcara en su cruzada contra el «eje del mal». Albania y Croacia lo hicieron durante la administración Obama, poco después de que se invitara formalmente a Ucrania por primera vez. El menor conocimiento de la historia reciente basta para comprender que esa invitación no podría presentársele sino como una amenaza a cualquier líder ruso (p. 26), particularmente cuando «sabemos con certeza que, aunque Ucrania no estaba en la OTAN, la OTAN estaba en Ucrania desde hace años» (Poch, 2022b). Como para formalizar la situación establecida *de facto* desde 2014 (p. 93), el 1 de septiembre de 2021 el jefe atlántico corroboró el estatus de Ucrania como «Socio de Oportunidades Mejoradas de la OTAN» (*NATO Enhanced Opportunities Partner*) anunciando un plan para proveer a Ucrania de armas avanzadas y emprender un «intenso programa de formación y ejercitación en maniobras militares» (p. 84).

En línea con los acuerdos de Minsk II, inobservados desde el día posterior a la firma sin que sonara ninguna alarma en los medios occidentales, la solución obvia al conflicto se le presenta a Chomsky en unos términos que el propio presidente Zelenski reiteró durante el primer mes de la invasión (p. 76; v. et. 94-95): una neutralidad (p. 38) que, por injusto que resulte, debe ir de la mano de una vía de escape para la cúpula del «capitalismo político ruso» (Poch, 2022c), porque intentar «ganar esta guerra en el campo de batalla» (Borrell *dixit*) no significa otra cosa que «luchar contra Rusia hasta el último ucraniano» (cf. Robinson, 2022), poniendo en marcha el «espantoso experimento» de «acorrallar a Putin» y comprobar «si se retira cabizbajo, sin revolverse ante una derrota total, o si, por el contrario, prolonga la guerra, con todos sus horrores, y usa las armas de las que indiscutiblemente dispone para devastar Ucrania y preparar el escenario para una guerra terminal» (Polychroniou, 2022a).

Estados Unidos, coreado por el aparato mediático occidental al completo, ha rechazado rotundamente la vía de la diplomacia —antes y después de la invasión (cf. Polychroniou, 2022b;

2022c)— y la posibilidad de la neutralidad, proclamando su apasionada devoción por el principio de la soberanía nacional. En la interpretación de esta locución puesta a circular durante los meses previos a la invasión, la soberanía ucraniana depende de su inalienable derecho a unirse a la OTAN, una interpretación que hace depender la soberanía de México o Canadá de su derecho a unirse a una alianza militar comandada por China o por Rusia.

La denodada dedicación estadounidense a la promoción de la soberanía nacional resulta especialmente perspicua cuando consideramos los tres casos que más exasperaron a Rusia: Irak, Libia y Kosovo-Serbia. Todos ellos los ha analizado Chomsky por extenso. Los dos primeros ocupan buena parte de *La retirada* (Capitán Swing, 2022), obra recién publicada en coautoría con Vijay Prashad. Por su parte, *El nuevo humanismo militar* (Siglo XXI, 1999) ofrece el mejor punto de partida hacia la aproximación de Chomsky al tercero.^[1]

Una vez bosquejado el contexto, Chomsky llama la atención sobre un significativo detalle: a ningún planificador, ruso o estadounidense, se le escapa que la admisión de Ucrania en la OTAN no es un futurible inmediato. Entonces, ¿por qué se arriesga la Casa Blanca a producir un desastre? ¿Por qué se lanza el Kremlin hacia él? Chomsky sugiere que la primera pregunta podría responderse por remisión a los «cálculos imperialistas» (p. 28) del *hegemón* global —verosímilmente, en el marco de una nueva «trampa afgana» (p. 68; cf. Gibbs, 2000: 241-242; Chomsky, 2022)—, mientras que en torno a la segunda se ha generado toda una industria dedicada a la psicopatología especulativa: «Putin se ha vuelto loco», «sufre delirios imperiales», etc.

La típica pieza de psicopatología especulativa contiene encendidos llamamientos a «la cohesión del bloque occidental»: tenemos que ganar esta guerra, «no podemos ceder al chantaje» (Vallespín, 2022).^[2] Estático en las fotografías que acompañan al informe psicológico pericial de turno, el peritado guarda silencio: estos folletines optan por no citarle, ni a él ni a ningún miembro de su gabinete. ¿Cómo averiguar qué se proponen? Veinte días antes de la invasión, Chomsky sugería una alternativa a los tópicos de diván: prestar oídos a lo que los dirigentes rusos llevan años repitiendo (p. 28). Siete meses después de la invasión insistía en las ventajas del sentido común frente a los sinsentidos de diván: «¿Qué pretende lograr Rusia? Hay dos formas de abordar esta cuestión. Una consiste en explorar las profundidades de la mente de Putin [...], como hacen hoy muchos psicólogos aficionados con plena confianza en sus especulaciones. Otra consiste en atender a lo que dicen Putin y sus asociados. Como en el caso de otros líderes, sus palabras pueden reflejar o no sus intenciones ocultas. Lo que importa, sin embargo, es que lo que dicen puede ofrecer una base para negociar, si es que hay algún interés en poner fin a los horrores antes de que empeoren más aún. Así es como funciona la diplomacia» (Polychroniou, 2022b).

La retórica encomiástica que acompaña a la psicopatología especulativa no es en absoluto nueva. De hecho, parece calcada del documento en el que se definieran las líneas maestras de la política exterior estadounidense durante la Guerra Fría: el Memorandum NSC-68, aprobado en 1950 y desclasificado en 1975. De un lado tendríamos a las fuerzas del bien, movidas por «impulsos generosos y constructivos», entregadas a la noble causa de «la dignidad y el valor del individuo», con una total «ausencia de codicia en las relaciones internacionales». Del otro, a las fuerzas del mal, decididas a imponer sobre el resto del mundo el «poder absoluto» de un «Estado esclavista» (p. 34).

La forma en que esta retórica se extiende hoy a la confrontación con China resulta extremadamente peligrosa (cf., v. g., Democracy Now, 2022; Robinson & Chomsky, 2022). Prolongando la prosa poética del NSC-68, la prensa occidental nos explica hoy que China y Rusia, reversos tenebrosos de la nobleza atlantista, «son naciones imperiales» con «inevitables planes expansivos». «No hay ciudadanos en estos países, sino obedientes siervos y esclavos encadenados» (Bassett, 2022b). El «nacionalismo marxista», que «actúa bajo la férula de irracionales principios doctrinarios», ha logrado engañar durante años a los ingenuos planificadores occidentales, que pensaban que «Pekín no ambicionaba transformar el orden internacional». No obstante, ahora sabemos con certeza que nos exponemos al peligro de un dominio de «dimensiones planetarias, definido por los principios del orden sinocéntrico» (Borreguero, 2022).

Lo primero que una persona racional debería preguntarse al leer estas reediciones de la retórica del NSC-68 es cuál es ese orden internacional que las malignas potencias imperiales están tratando de subvertir. La respuesta obvia es que se trata del «orden internacional basado en reglas» (p. 65), y todos sabemos cuáles son esas reglas —y sobre todo que no tienen nada que ver con la «soberanía nacional», los derechos humanos, «la dignidad y el valor del individuo» o, en general, el derecho internacional.

Con todo, hemos de tener siempre presente que, mientras los rusos «huyen de Rusia» y nadie en su sano juicio «quiere vivir en China», en Occidente «somos un ejemplo» para el mundo y debemos no sólo «disfrutar de lo extraordinario de nuestras cualidades», sino asimismo «ser muy conscientes de nuestro poder» moral y simbólico: el faro de la democracia, la libertad y el respeto por los derechos humanos no puede perderse en el regocijo de su grandeza, sino que debe trabajar muy duro para mantenerla (Rizzi, 2022), y de ahí la necesidad de rodear a nuestros enemigos de «Estados centinela» y bases militares (pp. 45-52; v. et., 86-87). El *Pravda* no solía alcanzar estas cotas de autoadulación y autoengaño, los autores del NSC-68 tenían muy claro que se limitaban a enlazar mentiras convenientes (pp. 34-35) y los «cálculos imperialistas» no parecían erróneos a la luz de los regalos que está recibiendo el *hegemón* global —entre otros, y decisivamente, «una Europa completamente subordinada» (p. 70), eje en torno al que gira el epílogo de Bustinduy.

Las dulcificadas fantasías acerca del papel de Occidente en los asuntos internacionales, el olvido instantáneo de nuestros masivos crímenes, la exageración de la maldad de nuestros enemigos, el silencio y la indiferencia ante la de nuestros aliados (Arabia Saudí, Egipto, Israel, Marruecos), todo eso sería menos preocupante si no trajera consigo una importante consecuencia política: el bloqueo del ejercicio de la responsabilidad política de la ciudadanía occidental. Mientras

concentramos nuestras energías en los Dos Minutos de Odio hacia el Satán de turno y honramos la memoria de nuestros adorables *genocidas*, no encontramos motivos para hacer cuestión de nuestra responsabilidad en la actual deriva hacia el abismo, ni desde luego para tratar de hacer algo al respecto. Ahí reside la grandeza de la propaganda (Chomsky & Herman, 1988): salva a las democracias capitalistas del riesgo de la democracia. Desde luego, la libertad de expresión permite que las notas discordantes suenen de cuando en cuando de fondo, como un ruido completamente incomprensible —así, el Centre Delàs d'Estudis per la Pau a este lado del Atlántico o, al otro, la Union of Concerned Scientists, que reaccionaba a la Revisión de la Postura Nuclear de EE. UU. hecha pública el pasado 27 de octubre denunciándola como una posibilidad desaprovechada para la reducción del riesgo de una guerra nuclear: para nuestros comisarios culturales, en cambio, la negativa a adoptar una doctrina de «no primer uso» (*no first use*) es una mera «filosofía departamental» orientada a evitar «niveles de riesgo inaceptables» (Demirjian, 2022).

Los ríos revueltos de la historia son suelo fértil para la autoadulación y la psicopatología especulativa, pero también los tiempos menos propicios para perderse en esos callejones sin salida.

Referencias

- Allison, G. T. (2012) «The Cuban missile crisis at 50: Lessons for U.S. foreign policy today», *Foreign Affairs*, 91(4), pp. 11-16.
- Aranguren, T. (2022) «Ucrania y Palestina, el doble rasero europeo», *Público*, 17 de octubre.
- Bassets, L. (2022a) «Al borde del ataque nuclear, hoy como hace 60 años en Cuba», *El País*, 27 de octubre.
- Bassets, L. (2022b) «Rusia y China, dos imperialismos vergonzantes», *El País*, 9 de octubre.
- Bolender, K. (2010) *Voices from the other Side: An Oral History of Terrorism against Cuba*. London: Pluto Press.
- Borreguero, E. (2022) «El mundo bajo Xi», *El País*, 15 de octubre.
- Chomsky, N. (2010) «Interpretation and understanding: Language and beyond», *Collège de France*, 31 de mayo.
- Chomsky, N. (2022) «EE. UU. no quiere una salida diplomática en el país», *Público*, 18 de mayo.
- Chomsky, N. & Herman, E. S. (1988) *Los guardianes de la libertad*. Barcelona: Austral.
- Crowder, L. (2017) «En la era Trump, graves amenazas para la vida humana organizada», *Viento Sur*, 23 de noviembre.
- De Zayas, A. (2022) «NATO as religion», *CounterPunch*, 24 de enero.

Demirjian, K. (2022) «6 key takeaways from the Pentagon's new defense, nuclear policies», *The Washington Post*, 27 de octubre.

Democracy Now (2022) «Jeffrey Sachs: La peligrosa política estadounidense y la falsa narrativa de Occidente agravan las tensiones con Rusia y China», *Democracy Now*, 30 de agosto.

Gibbs, D. N. (2000) "Afghanistan: The Soviet invasion in retrospect", *International Politics*, 37(2), pp. 233-246.

Pedro-Carañana, J. (2022) «Ucrania, más allá y más acá: la izquierda que da lecciones a la izquierda», *ctxt*, 22 de abril.

Poch, R. (2022a) *La invasión de Ucrania*. Madrid: Escritos Contextatarios.

Poch, R. (2022b) «Lo que nos van explicando sobre la guerra», *ctxt*, 25 de mayo.

Poch, R. (2022c) «Más sobre los motivos de la guerra», *ctxt*, 11 de octubre.

Polychroniou, C. J. (2022a) «Chomsky: We must insist that nuclear warfare is an unthinkable policy», *Truthout*, 2 de junio.

Polychroniou, C. J. (2022b) «Chomsky: US must join global call for negotiations as Russia escalates actions», *Truthout*, 28 de septiembre.

Polychroniou, C. J. (2022c) «Noam Chomsky: The war in Ukraine has entered a new phase», *Truthout*, 22 de septiembre.

Rizzi, A. (2022) «No temas el futuro», *El País*, 8 de octubre.

Robinson, N. J. (2022) «Is the U.S. actually trying to help Ukraine?», *Current Affairs*, 9 de mayo.

Robinson, N. J. & Chomsky, N. (2022) «If we want humanity to survive, we must cooperate with China», *Current Affairs*, 15 de agosto.

Sachs, J. (2022a) «This is a path of dangerous escalation», *Jeffrey D. Sachs*, 3 de octubre.

Sachs, J. (2022b) «End Ukraine proxy war or face armageddon», *The Grayzone*, 9 de octubre.

Vallespín, F. (2022) «En la mente de Putin», *El País*, 9 de octubre.

Notas

[1] Para la más resoluta de las síntesis, cf. el tramo final de Chomsky (2010).

[2] El ejemplo referenciado de psicopatología especulativa, por lo demás completamente estándar, incluye un detalle curioso: el «chantaje» al que alude es el sabotaje de los Nord Stream, atribuyéndoselo a Rusia contra toda lógica y evidencia (Sachs, 2022a; 2022b).

Antonio Antón

Victimismo y emancipación

Este ensayo trata tres aspectos interrelacionados en torno a esas dos ideas clave del título. El primero, a raíz de la idea popular de *¡Solo el pueblo salva al pueblo!*, revaloriza la activación cívica de las capas populares como motor para el cambio social y político de progreso. El segundo, *El victimismo y su instrumentalización*, critica la reacción ultraderechista y su involución autoritaria y machista que manipula el victimismo de algunos sectores sociales con una posición de ventaja relativa para incrementar la división, la segregación y la neutralización de las demandas de las mayorías populares subalternas y las fuerzas progresistas. El tercero, *La liberación femenina la protagonizan las mujeres*, explica los fundamentos del feminismo como proceso igualitario liberador respecto de la persistente desigualdad de género y la violencia machista, con la implicación mayoritaria de las mujeres. Añade la precisión de que el movimiento feminista no es victimista ni exagera la situación de subordinación y discriminación de las mujeres, sino que es realista y su necesaria reafirmación transformadora constituye, junto con otros procesos democratizadores, un motor emancipador para el conjunto de la sociedad.

I. ¡SÓLO EL PUEBLO SALVA AL PUEBLO!

Esta idea básica, “*¡Sólo el pueblo salva al pueblo!*”, se ha ido popularizando, particularmente en Latinoamérica, desde hace un siglo. Expresa la reafirmación de diversos movimientos sociales de orientación progresista en su pelea frente a sus oligarquías. Las últimas victorias de las fuerzas populares en Chile y Colombia, con amplios procesos participativos, le han dado mayor relevancia política y simbólica. **Suponen una experiencia variada pero con una característica común: la diferenciación política frente a los poderosos y sectores reaccionarios, así como cierta connotación nacional soberanista en lo que, a veces, se ha denominado populismos de (centro)izquierda.** Hay diversas expresiones similares. Una de ella, de amplio arraigo cívico, es *¡El pueblo unido jamás será vencido!*, de fuerte voluntad unitaria y resistente frente a la involución reaccionaria.

Podemos aludir a la tradición marxista de que son las propias clases trabajadoras en conflicto con los grupos de poder capitalistas las que conforman su propia liberación y avanzan hacia la democracia social avanzada y el socialismo. Y podemos mencionar también la posición democrática e ilustrada desde la Revolución francesa de que el pueblo, en este caso como conjunto de la población nacional o ciudadana, es la base de la soberanía popular y de los poderes del Estado, Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Aunque, como se sabe, la democracia participativa y su capacidad de control a través de las instituciones representativas son limitadas, en particular en tres ámbitos decisivos dominados por otros grupos de poder: el económico, el mediático y cultural y el supranacional o de relaciones internacionales.

Desde el humanismo y la laicidad en que se desposeyó a la divinidad y su representación en la Tierra —las jerarquías religiosas— de la posesión de la verdad absoluta y el bien moral indiscutible, particularmente en la gestión pública, las costumbres y la cultura, se han conformado numerosas élites como intérpretes de lo verdadero y lo bueno para legitimar su función dirigente en beneficio, no del interés general, el bien común o los derechos humanos, sino de

determinadas clases o grupos sociales.

La legitimidad democrática emana del pueblo

En todo caso, la conclusión normativa está clara. **Es la mayoría social y ciudadana, de forma directa en las elecciones y expresiones públicas o a través de su representación institucional, libremente elegida, la que tiene la legitimidad democrática para decidir las políticas públicas y el tipo de Régimen político, así como los ejes del contrato social y cívico de país.** Por supuesto, las mayorías democráticas, aun en condiciones de máxima participación cívica, proceso abierto e igualitario de deliberación y comunicación y respeto de la pluralidad sociopolítica, se pueden equivocar o cometer errores, a juicio de otras experiencias históricas o sus consecuencias derivadas.

Pero eso no obsta para reafirmar la soberanía popular y reforzar el contrato democrático, así como su reelaboración participativa y procesual, frente a todos los intentos elitistas o autoritarios de diluir ese estatus decisor del pueblo protagonista de su devenir. La democracia es el mejor procedimiento para definir los retos colectivos y adoptar las medidas adecuadas, superando los fanatismos y los elitismos corporativos.

En particular, existe una gran mayoría popular que podemos cuantificar en el 80% de las clases trabajadoras y clases medias, estancadas o en retroceso, incluyendo no solo la desigualdad socioeconómica sino todos los aspectos de subordinación en distintas esferas (por sexo/género, origen étnico-nacional...). **Esas capas subalternas son ellas mismas las que constituyen la palanca principal de su propia emancipación y el avance en la igualdad.** Partiendo de su experiencia relacional y cultural, en la medida de su conciencia de la justicia social y su actitud ética y solidaria y junto con los sectores más dispuestos y activos, esas capas subordinadas son las protagonistas de su proceso de liberación. Lo hacen a través de su acción colectiva y la solidaridad, conformándose su identificación igualitaria y su constitución como sujeto sociopolítico.

Desde luego, no las salvan los sectores privilegiados, las capas oligárquicas o las clases dominantes. Por supuesto, puede existir, y de hecho hay una amplia experiencia histórica, el compromiso cívico de intelectuales y personas de clase alta u origen privilegiado capaces de contribuir a ese proceso sustantivo de cambio social y político de progreso, a veces incluso en un papel destacado. Pero más allá de esa casuística individual o parcial, se impone el principio de realidad: **son las personas y grupos sociales discriminados los más interesados en suprimir esa desventaja y acceder a los recursos sociales y materiales y el estatus ciudadano en condiciones iguales y libres.**

Una interacción compleja

La relación no es mecánica y no vale la idea de cuanto peor (condición) mejor (capacidad de cambio). Ni cuanta más opresión haya se genera más rebeldía, ni cuanta más explotación se sufra se produce mayor resistencia. Entre la condición social y el comportamiento sociopolítico median múltiples factores de la experiencia popular y comunitaria, las redes institucionales y socioculturales, las relaciones sociales y económicas... que favorecen en un sentido u otro la formación de la acción colectiva progresista (o de otro tipo).

Las capas subalternas (explotadas, discriminadas, oprimidas, víctimas, subordinadas...) no

siempre tienen la razón ni poseen la verdad absoluta. Como tales grupos dominados o dependientes no tienen prevalencia epistemológica o moral. Dicho de otro modo, la ética y la razón (ciencia) no nacen automáticamente de la situación de subalternidad y precariedad..., pero tampoco lo contrario, de las élites privilegiadas.

Es un viejo debate de la filosofía de la ciencia o la sociología del conocimiento. La elaboración teórica y la actitud moral tienen cierta autonomía (de clase o posición social), así como la práctica científica (objetividad, procedimientos...). Dependen de su constitución subjetiva, sus costumbres y valores universales, aunque también interfieren los aparatos ideológicos y de poder, las condiciones vitales grupales e individuales y el contexto sociocultural.

No obstante, para la acción colectiva es importante la experiencia relacional, vivida e interpretada, pero no de la resignación y la adaptación a esa dinámica de subordinación sino, partiendo de esa realidad, de los esfuerzos individuales y las prácticas colectivas para superarla. Es decir, **la cultura igualitaria y emancipadora se configura a través del comportamiento real y sustantivo por salir de la discriminación y avanzar en unas relaciones libres e iguales**. Y esto último, es lo que va conformando la identificación colectiva progresista y la dinámica transformadora con un perfil emancipador, reforzado, en todo caso, con la explicación teórica del conjunto del proceso y sus conexiones estructurales y contextuales. Por tanto, es decisiva la vinculación, de forma directa o solidaria, con esa realidad doble: **vivencia e interpretación de la injusticia y actitud de superarla**.

Por supuesto, personas intelectuales y de capas privilegiadas han participado en procesos rebeldes y democratizadores y han compartido trayectorias transformadoras, ampliando el campo popular... frente al poder de las oligarquías o el neocolonialismo. Siempre ha habido personas solidarias y socializadas en el espacio alternativo de progreso. Así se amplían los apoyos y las alianzas, pero el protagonismo o si se quiere, la fuerza promotora y dirigente de la trayectoria emancipadora, en términos cuantitativos y cualitativos, lo constituyen los propios sectores populares subalternos.

No es fácil esa interacción entre movimientos ciudadanos y sus bases sociales y electorales con su representación social y política. Ha sido intensa y persistente la pugna histórica en las izquierdas y fuerzas progresistas por la representación de los movimientos populares y sociopolíticos, así como por la orientación de su gestión política y sus estrategias, más posibilistas y adaptativas o más transformadoras. Esas tendencias recorren la historia de estos más de dos siglos y, particularmente, durante las últimas décadas.

Todo ello contando con los propios intereses corporativos de la capa representativa o élites dirigentes, ya estudiados desde hace un siglo por el sociólogo y politólogo Robert Michels y su análisis de la 'ley de hierro de la oligarquía', refiriéndose, precisamente, al gran partido político de la socialdemocracia alemana de principios del siglo XX, el mayor entonces en Europa, al que pertenecía, y hasta la constitución del Partido Fascista italiano en el que terminó después de pasar por el PSI.

La formación del sujeto sociopolítico

Pero volviendo al hilo conductor sobre la formación del sujeto sociopolítico transformador, hay que desechar ese determinismo mecanicista de cierto estructuralismo, a veces considerado un

materialismo vulgar, y que de hecho es un idealismo que no refleja una parte decisiva de la realidad como es la práctica social de esas capas subalternas en su contexto e interacción. O sea, ese enfoque se aleja de la gente concreta, infravalora la experiencia relacional y comunitaria que configuran los procesos de identificación colectiva y comportamiento sociopolítico.

A esa variante idealista y abstracta, de cierto mecanicismo economicista de clase se opone otra corriente idealista de carácter liberal o postmoderno, también inadecuada: la infravaloración de las condiciones concretas de la gente, materiales, relacionales y culturales, la desconsideración de su situación particular de subordinación / dominación, junto con el tratamiento formal de las personas y grupos sociales como sujetos abstractos, supuestamente iguales y libres. Se separan el ser y el deber ser, priorizando el formalismo del segundo aspecto e infravalorando la realidad social. Y todo ello con la prevalencia de las élites políticas o intelectuales que son las que elaborarían el discurso que construiría la realidad del pueblo, siempre pasivo a la espera de la agencia y la articulación promovidas por su liderazgo.

Ambas corrientes teóricas, el estructuralismo determinista y el postestructuralismo culturalista, todavía influyentes, han fracasado social e históricamente. Y se impone la necesidad de un pensamiento realista, relacional, sociohistórico y crítico frente a la gran deriva neoliberal y reaccionaria, que desborda incluso al socioliberalismo que aparecía en los años noventa como tercera vía ascendente y hoy en retirada. Se trata de otra posición en conflicto desde los años sesenta y setenta con esas tres tendencias principales, en la estela, entre otros, del pensador y líder pacifista E. P. Thompson.

La experiencia de los movimientos sociales, viejos y nuevos, de estas décadas, en particular los últimos procesos populares en diversos países latinoamericanos, así como en Europa y EE. UU., han puesto en evidencia las limitaciones interpretativas y las dificultades de orientación estratégica de los procesos concretos de articulación de los sujetos colectivos por parte de esas corrientes de pensamiento. Hay cierto vacío teórico y estratégico que ha afectado también, primero, al eurocomunismo y, después, a la socialdemocracia y su dominante orientación socioliberal, ambos en fuerte declive, tal como manifiestan los casos italiano y francés, respectivamente.

Especialmente, la dinámica transformadora en España de indignación popular, protesta social cívica y configuración de un campo sociopolítico y electoral progresista y de izquierdas, de fuerte contenido social, feminista, ecologista y democratizador, exige un nuevo proceso interpretativo y de desarrollo teórico y político, abordado por las fuerzas del cambio, ahora en situación de recomposición y todavía no resuelto, tal como he explicado en el libro [***Dinámicas transformadoras. Renovación de la izquierda y acción feminista, sociolaboral y ecopacifista***](#)

En consecuencia, el problema analítico y sociopolítico es la formación de las fuerzas sociales y políticas de progreso, de base popular y en confrontación con los poderosos, superando la desconfianza popular en los partidos políticos. El propio presidente socialista del Gobierno, Pedro Sánchez, ha comprendido, aunque sea parcialmente y a efectos discursivos y de estrategia electoral, la nueva realidad y la conveniencia de su reorientación política hacia un reformismo fuerte, aunque sin abandonar del todo las pretensiones centristas y cierta moderación.

Por otro lado, las fuerzas del cambio y su nueva configuración de frente amplio, junto con el

proyecto SUMAR, aparte de su adecuación y responsabilidad política y orgánica, deberían conseguir una mayor consistencia y unidad estratégica, con un debate abierto y unitario que permita profundizar en un proyecto progresista de país, fortalezca un movimiento cívico e impulse las dinámicas transformadoras y de renovación de las izquierdas. Es el reto que se está ventilando ahora: combinar una dinámica participativa ciudadana con la recomposición de la representación política.

Y para ello, aunque sea un ámbito complejo y costoso y, en cierto sentido, periférico respecto de la tarea principal del impulso de un movimiento ciudadano y el refuerzo de una formación política alternativa, hay que realizar un esfuerzo de investigación y debate teórico: superar las interpretaciones y discursos de economicismo mecanicista y de culturalismo elitista o socioliberal, ambos idealistas y disfuncionales por su desarraigo popular cuando, sobre todo, se trata de desarrollar un nuevo sujeto de cambio de progreso con un proceso reformador sustantivo que supere el continuismo liberal y la involución reaccionaria. Y eso sólo es posible con la activación y el protagonismo de las capas populares.

II. EL VICTIMISMO Y SU INSTRUMENTALIZACIÓN

Desde hace una quincena de años, con la crisis socioeconómica y su gestión regresiva por el poder establecido, se ha incrementado la desigualdad social en distintas esferas, acompañadas de amplio malestar popular. Una parte significativa está dirigida a la clase política y los medios de comunicación por sus responsabilidades ante la gestión de las crisis o su inacción transformadora; al menos, hasta ahora que se ha iniciado una dinámica reformadora sustantiva. La tarea y la estrategia del Gobierno de coalición consiste en revertir esa doble tendencia y garantizar el cambio de progreso para las mayorías sociales, tal como explico en el citado libro.

La cuestión para considerar son los procesos de legitimación de las representaciones políticas (también sociales y culturales) y la agudización del conflicto entre las izquierdas y las derechas para incrementar su representatividad y garantizar o no otra legislatura de cambio progresista. Dejo al margen el conflicto nacional en y sobre Catalunya y el equilibrio territorial, aunque hay que constatar una de sus derivadas fundamentales, que trato más tarde: la tensión entre el refuerzo de un nacionalismo españolista conservador, prepotente y centralista y la necesidad de avanzar en un modelo de Estado plurinacional, democrático e integrador.

La apelación al pueblo, a las clases medias y trabajadoras, se ha convertido últimamente en una constante gubernamental y de los partidos políticos. En particular, los discursos políticos buscan la confianza de los sectores vulnerables, empobrecidos, perdedores o desprotegidos, ampliados por las crisis socioeconómicas y sanitarias, la inflación derivada de la guerra en Ucrania y las insuficiencias protectoras del Estado. E, igualmente, han cobrado mayor visibilidad mediática las víctimas de distintos hechos y discriminaciones, afectadas por la violencia de género, el volcán de la Palma, el impacto de las crisis... La idea de que nadie se quede atrás por los infortunios de la vida es una muestra de solidaridad colectiva y, al mismo tiempo, un fundamento que posibilita la demostración de la utilidad y la legitimidad de la gestión pública.

En todo caso, conviene diferenciar entre violencia ejercida directamente en las relaciones interpersonales y familiares, aun con sus distintos niveles de acoso y agresión, como específicamente se valora la violencia de género, y la discriminación o subordinación derivada de posiciones institucionales o estructurales de poder y dominación en distintos ámbitos públicos y

empresariales, aunque ambas requieren la oposición cívica activa, individual y colectiva, y transformaciones institucionales y socioculturales.

La potenciación del agravio comparativo

Ante la exigencia generalizada de reconocimiento social, protección institucional y redistribución pública se suele producir por los poderes públicos una segmentación de las prioridades y la doble dinámica de negación de unos sectores y el ensalzamiento de otros. El conflicto entre clases populares y poder establecido, entre ricos y pobres, se distorsiona con una fragmentación, invisibilidad y jerarquización de los grupos desfavorecidos y una difuminación de los privilegiados.

Por un lado, se produce un victimismo divisivo que en el plano colectivo y político es instrumentalizado por la reacción derechista para ganar apoyo social en ese segmento de (supuestas) víctimas y contraponerlo a dinámicas progresistas. Por otro lado, se genera un malestar cívico justificado por el descenso social y las dificultades vitales, aunque a veces esa subjetividad tiene una valoración unilateral o parcial sobre las causas, prioridades, responsabilidades y alternativas que es, precisamente, la compleja labor que resolver por parte de la mediación política y sociocultural para darle un sentido transformador y unitario de progreso. Es el reto de la intermediación de los partidos políticos y los medios de comunicación que, como se sabe, han perdido credibilidad popular, debilitándose su función representativa y articuladora de las opiniones ciudadanas y su conversión en políticas públicas útiles para la gente.

El primer tipo de victimismo se conecta enseguida con los poderosos y las estructuras del Estado para sacar ventaja ilegítima sobre otros sectores populares sobre los que ejercer su sometimiento compartido con el poder autoritario, con una orientación de fondo antisocial y antidemocrática. Constituye el auténtico victimismo reaccionario instrumentalizado para una dinámica prepotente y segregadora.

El segundo tipo de malestar no es estrictamente victimismo, sino simplemente justa indignación popular, aunque puede conllevar algunas tendencias corporativas, sectarias y fanáticas que suelen ser minoritarias y marginales. Hay una delgada línea entre los dos tipos de queja que no hay que traspasar. La respuesta del poder establecido es siempre la eliminación del descontento cívico sin atacar sus causas, es decir, con la resignación pasiva o la amenaza de represión, o bien, como en el primer caso, con su manipulación en beneficio del grupo de poder correspondiente.

La solución progresista es reforzar una actitud netamente democrática y social, basada en los derechos humanos y los valores de libertad, igualdad y solidaridad, para abordar la heterogeneidad de problemáticas y los conflictos parciales entre distintas situaciones y demandas del campo popular; se trata de encauzarlos y poderlos resolver mediante la negociación y el acuerdo de un nuevo contrato social desde una perspectiva de progreso y frente a la involución global, regresiva y autoritaria, de las derechas extremas.

El gran consenso liberal-conservador, dominante en los medios, sigue siendo el modelo de persona ganadora, basado en el esfuerzo individual como motor del ascenso social. Esa persona emprendedora y ascendente (y consumista) es el héroe mediático de nuestro tiempo, según el modelo individualista hegemónico, ostentoso de sus privilegios y prepotencia; los perdedores lo serían por su propia culpa, los grupos discriminados se lo merecerían y no habría responsabilidad

institucional. El círculo ético y de legitimación política se cierra en beneficio de las élites poderosas.

Como sabemos, y la experiencia masiva de estos años ha evidenciado, esa idea ha perdido credibilidad entre mayorías ciudadanas, ya que los ganadores son minoría y utilizan sus privilegios de poder. La realidad de la desigualdad social y la discriminación y sus causas estructurales e institucionales son palpables mayoritariamente. Por tanto, **la dinámica neoliberal y conservadora debe ser más sofisticada: aparte de promover la segmentación y el individualismo, potencia las ventajas relativas y los agravios comparativos de cada escalón de la estructura social respecto de su peldaño inferior.** Es el fundamento divisivo de la reacción insolidaria del 'sálvese quien pueda', también en el ámbito grupal, para que cada segmento social aproveche los escasos recursos disponibles de una posición relativa ventajosa y compitan entre sí.

No obstante, el objetivo mediático de fondo tampoco es la víctima y la persona perdedora o discriminada, utilizadas como espectáculo, sino los representantes públicos que pretenden gestionar sus intereses y demandas como medio para conseguir credibilidad social y poder institucional. La sistemática exposición mediática de personas afectadas por distintas catástrofes vitales, aunque generen gestos compasivos y solidarios, emplazan a la capacidad gestora de las instituciones públicas y cada bloque político.

Así, estamos ante una pugna por la legitimidad de los distintos actores en su representación y gestión de las respuestas a las consecuencias humanas y cívicas de una dinámica regresiva impuesta que produce amplio malestar social. Existe una dura pugna por ganar prestigio ante las mayorías sociales afectadas por el descenso socioeconómico y vital y la aguda tensión político-institucional entre las derechas y las izquierdas (y grupos nacionalistas periféricos) sobre las estrategias a desarrollar.

El victimismo como estrategia reaccionaria

El victimismo y el resentimiento es una vieja actitud utilizada hace un siglo por el nazismo y el fascismo emergentes. La derrota de la Primera Guerra Mundial de las potencias centrales, con la imposición por los vencedores en el Tratado de Versalles de drásticas condiciones de subordinación e indemnizaciones económicas, particularmente a Alemania, fue utilizado por Hitler y Mussolini para su revanchismo, la supremacía de su raza y su Estado totalitario, con el refuerzo de los privilegios de una parte de sus conciudadanos y la aniquilación de sus enemigos, internos y externos, convertidos en nuevas víctimas consideradas inferiores y sin derechos: pueblos sometidos o competidores, sectores populares democráticos y de izquierda, pueblo judío, gitano y minorías nacionales o culturales...

Esta cita de la tradición fascista viene a cuento por la nueva trayectoria de la extrema derecha europea y el *trumpismo* y, en particular, en España con VOX (e incluso el Partido Popular), de cómo intentan utilizar cierto victimismo entre algunas capas populares con agravios comparativos, aunque su pacto fundamental, al igual que entreguerras, es con los grandes grupos de poder económico y del aparato estatal.

Pero esa lógica de polarización social desde arriba ya fue utilizada por la revolución neoliberal conservadora de Reagan y Thatcher en los primeros años ochenta: se trataba de estimular la

rebelión de las clases medias, consideradas víctimas de impuestos excesivos y por el miedo a reducir sus distancias con las clases trabajadoras ascendentes, para recortar los derechos sociales y laborales y el Estado de bienestar ante el supuesto exceso de demandas sociolaborales de las capas populares, los sindicatos y las izquierdas.

Comento, brevemente, la polarización de la actitud entre las formaciones progresistas y las fuerzas reaccionarias de extrema derecha en un campo sociopolítico significativo. Me refiero al ámbito nacional y de origen étnico, o sea, al racismo y el nacionalismo excluyente. Las derechas extremas, principalmente VOX pero también el *Partido Popular* y *Ciudadanos* (e incluso más allá), han ido reforzando un discurso contra los derechos de las personas inmigrantes junto con estereotipos racistas y actitudes xenófobas; buscan la preferencia nacional en los recursos públicos, la prevalencia identitaria española que suele terminar en el supremacismo étnico cultural.

Implica, particularmente para las capas populares, la instrumentalización de la nacionalidad como privilegio para generar una fuerte división social que dificulte demandas compartidas, un diálogo intercultural y una integración social y cívica, todo ello frente a los poderosos y auténticos privilegiados. Todavía, a diferencia de otros países, no se han generado grandes problemas de convivencia, ni identitarismos fanáticos o reaccionarios en la población inmigrante, pero la semilla intolerante en parte de la población española la va sembrando la ultraderecha.

Sin embargo, el foco principal del nacionalismo españolista excluyente se ha reactivado por las derechas ante las demandas del independentismo, sobre todo catalán, en el contexto del *procés*, y aunque se ha desactivado su implementación radical lo siguen manipulando como arma arrojada contra el Gobierno de coalición y su línea dialogadora, para desestabilizarlo.

No me extiendo, lo que pongo de relieve en ambos casos es la argumentación victimista de lo español (o la nación española como dice VOX), que estaría arrinconado o en riesgo casi de supervivencia por enemigos 'exteriores' de otras culturas, que como con la inmigración tenderían a la disgregación 'nacional', o por otros nacionalismos, como el catalán, que destruirían lo español en Cataluña, empezando por el idioma castellano y terminando con el desmontaje de las estructuras del Estado (centralista) con la colaboración de las izquierdas... traidoras a España por su propio interés corporativo de controlar el poder y, por tanto, ilegítimas.

Implica el amparo a todo tipo de maniobras antidemocráticas, con la justificación victimista, irreal y fanática de 'su' España frente al pueblo real que constituye la diversidad española y su representación democrática. Esa corrosión democrática y solidaria hay que atajarla con argumentos y firmeza.

III. LA LIBERACIÓN FEMENINA LA PROTAGONIZAN LAS MUJERES

En dos libros publicados hace un año, [*Identidades feministas y teoría crítica*](#) y [*Perspectivas del cambio progresista*](#) analizaba, entre otros temas, la situación desventajosa de las mujeres, su dinámica de activación reivindicativa y expresiva en lo que se ha venido en llamar la cuarta ola feminista y el proceso de identificaciones colectivas en torno a un feminismo transformador de carácter igualitario-emancipador. Los dos grandes temas de la movilización feminista han sido: contra la violencia machista y por la igualdad en las relaciones laborales, sociales, institucionales y cultural-simbólicas, incluida la paridad representativa. A ello hay que añadir, también vinculado

con los colectivos LGTBI, la libertad por el desarrollo de su propia sexualidad y su proyecto vital y de género.

En el libro reciente [Dinámicas transformadoras. Renovación de la izquierda y acción feminista, sociolaboral y ecopacifista](#) profundizo en el análisis de las desventajas de género y la activación feminista y, en particular, en varios de sus retos como frente a la violencia machista y por los derechos de las personas trans, así como en una reflexión más general sobre la formación del sujeto feminista. Además de esos textos, existen interesantes investigaciones sobre la desigualdad de género que no voy a comentar. Aquí me detengo solo en dos aspectos concretos: el énfasis en el protagonismo de las mujeres en su propia liberación respecto de la discriminación femenina, y en el carácter justo e igualitario de las demandas de la gran mayoría de feminismo, en particular frente a la violencia machista, sin que quepa la descalificación de victimista.

El avance feminista en la sociedad es una evidencia, tal como he señalado en los libros citados y confirman los últimos estudios sociológicos que, al mismo tiempo, expresan ciertas diferencias entre mujeres y varones y algunas especificidades por edad. Lejos de las explicaciones esencialistas hay que exponer la diversa realidad social. Hay más conciencia feminista en las personas jóvenes y casi en dos tercios de mujeres y un tercio de varones, incrementándose estos porcentajes en los últimos años.

Es decir, **existe una proporción de dos a uno, favorable a las mujeres, en la vinculación colectiva con el feminismo en ese nivel básico de actitud favorable a la igualdad de hombres y mujeres.** Pero si consideramos a la gente activa que ha participado en la acción colectiva feminista estos años, unos cuatro millones de personas que propiamente es la base directa del movimiento feminista en cuanto sujeto sociopolítico, la proporción de mujeres aumenta, y todavía se incrementa más si contamos solo las personas más estables y organizadas, de varias decenas de miles, con abrumadora mayoría de mujeres.

Por tanto, el feminismo tiene una composición mixta y es inclusivo respecto del sexo/género, con aceptación de la cooperación de varones solidarios frente a las lacras patriarcales que también les afectan. Pero el protagonismo emancipador corresponde a las mujeres. Está derivado de su experiencia de padecer discriminación y la actitud crítica ante ella, así como del mayor peso cuantitativo y cualitativo de su conciencia y su participación feministas.

En consecuencia, tampoco vale un planteamiento abstracto, elitista o indiferenciado respecto de la realidad desigual y su supresión. **Se combinan la experiencia desventajosa vivida como injusta, la oposición a la misma y la actitud superadora de la desigualdad de género (y entre los géneros).** Luego viene, en su caso, la conexión democratizadora con una dinámica más multidimensional sobre el conjunto de los conflictos sociales y políticos. Pero ese proceso de identificación feminista se enraíza en una actitud de superación de esa discriminación por sexo/género a través de un comportamiento igualitario-emancipador; no defiende solo a una parte, aunque ya sea la mitad de la población, sino al conjunto de la sociedad.

Similar clasificación la podríamos constatar en el caso de los distintos colectivos LGTBI. Los grupos directamente afectados son los promotores de sus demandas colectivas y su mayor implicación expresiva. Reciben el apoyo y el reconocimiento de otras personas (heterosexuales y cis...) solidarias frente a su discriminación o simplemente sensibles con los derechos humanos.

Persiste la desigualdad de género

Se ha observado también una tendencia minoritaria de reafirmación machista, que ha adquirido mayor visibilidad e iniciativa desacomplejada al amparo de la cobertura mediática y política que va recibiendo de la reacción ultraderechista. **Así, entre el 20% y el 25% de los varones jóvenes es negacionista de la violencia machista y considera que el feminismo no está justificado y solo busca perjudicar a los hombres.**

Se sienten víctimas del avance feminista de mujeres, así como de las transformaciones y las políticas igualitarias frente a su supuesto derecho tradicional de control y dominio en las relaciones interpersonales y sus ventajas en el desigual estatus productivo, social e institucional que no quieren reducir. O sea, reaccionan desde su prepotencia y su defensa de una situación privilegiada, y aunque el avance de la igualdad les suponga esfuerzos adaptativos no está justificada su percepción de injusticia victimista. Habrá que utilizar todos los mecanismos persuasivos y pedagógicos necesarios, pero con el machismo no se concilia sino todo lo contrario: hay que reforzar la dinámica feminista transformadora.

Ello implica, por una parte, dar más consistencia y expresividad a la parte activa, el movimiento feminista en sentido estricto, base del feminismo crítico y transformador y motor del cambio social e institucional, y, por otra parte, ampliar el nivel de conciencia y apoyo feminista, en las mujeres, desde los dos tercios actuales, y en los varones, desde el tercio actual. Y, al mismo tiempo, neutralizar y reducir el núcleo de apoyo al machismo, sobre todo respecto de esa minoría significativa de casi una cuarta parte de varones, a la vez que se gana credibilidad feminista ante ese amplio campo de personas intermedias o indecisas, casi la mitad de los varones y un tercio de mujeres.

En los libros citados hago una valoración sociohistórica, especialmente con la crisis socioeconómica y las políticas regresivas impuestas, del agravamiento de las relaciones de desigualdad social en general y, específicamente, respecto de la situación de la mayoría de las mujeres del ámbito popular. E, igualmente, señalo los límites de las positivas políticas públicas puestas en marcha por el primer Gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, en particular, la *Ley de Igualdad* y la *Ley contra la violencia de género*, y salvando el cambio más sustantivo en relación con el matrimonio igualitario.

Sus insuficiencias reformadoras, después de más de una década en vigor, han sido evidentes. Se han combinado algunas mejoras limitadas, beneficios simbólicos y culturales e incremento de la legitimidad institucional, junto con ciertos enfoques punitivistas contraproducentes y una falta de eficacia transformadora de las relaciones de desigualdad real.

La amplia ola feminista desde 2018, con una masiva indignación cívica y exigencia de cambios (en el contexto internacional del movimiento *Me Too*), cuestionó esa inacción institucional para dar una respuesta sustantiva, precisamente, ante dos nuevos hechos. En primer lugar, el

agravamiento de las desventajas femeninas en los dos campos fundamentales: por un lado, la violencia machista (la movilización frente a la agresión de la 'Manada' en Pamplona fue un desencadenante de ese malestar y solidaridad feministas) y, por otro lado, las brechas laborales y la subordinación y los sobreesfuerzos femeninos ante la crisis socioeconómica, la exigencia de cuidados y los recortes sociales. En segundo lugar, un nuevo contexto sociopolítico desde comienzos de esa década con la activación cívica y la articulación de un campo sociopolítico alternativo que favorecía la movilización popular progresista.

El nuevo Gobierno progresista de coalición ha abordado nuevas reformas legislativas e institucionales como a Ley de garantía integral de la libertad sexual, conocida como la ley del "solo sí es sí" y el proyecto de Ley de los derechos trans, ambas con ciertas controversias pero con un avance de medidas protectoras y derechos. Su efecto cultural y simbólico ya es importante, sus consecuencias relacionales y de cambio estructural se deberán notar a medio plazo.

No obstante, **el reto todavía es el de la igualdad en los ámbitos productivos, institucionales y socioculturales**. Se ha ido tratando parcialmente con medidas paliativas generales de efectos compensadores en distintos ámbitos, desde el salario mínimo, la igualdad salarial y la acción contra la precariedad laboral y la temporalidad, más beneficiosos comparativamente para las mujeres, hasta el apoyo público a las escuelas infantiles, la dependencia o los permisos familiares y la conciliación de la vida laboral y personal. **Pero, no obstante, queda pendiente un impulso global a las políticas de igualdad de género**, aspecto que no desarrollo ahora. Dada la actualidad y la polémica suscitada me centro en el otro aspecto.

La apuesta contra la violencia machista. El feminismo no es victimista

Todavía estamos asistiendo a la persistencia de la gravedad de la discriminación, la opresión y la violencia contra las mujeres y colectivos LGTBI. La acción feminista contra la desigualdad de género, en el doble campo institucional y cívico, es fundamental. El refuerzo de la identificación feminista, igualitaria-emancipadora, frente al machismo, opresivo-dominador, sigue siendo decisivo. Veamos solo unos datos recientes.

Según el Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género del Consejo General del Poder Judicial, en el segundo trimestre de 2022 han aumentado en un 12% los indicadores de violencia de género que se sitúan en torno a 45.000 (44.543 víctimas y 45.743 denuncias). Quizá la entereza femenina y el apoyo personal e institucional vayan permitiendo superar el miedo ante la persistencia de unas consecuencias de subordinación vividas desde la inferioridad; ello favorece el arropo comunitario y público, así como la denuncia judicial de estas agresiones (ninguneadas por la derecha extrema). Pero estamos hablando de denuncias formales, o sea, sin contar la existencia de maltratos, coacciones y agresiones machistas que permanecen sin judicializar y, a veces, ocultas en el entorno vital.

En todo caso, es una realidad evidente en los ámbitos relacionales y familiares, que expresa trayectorias de control y dominación machista con perjuicio para la estabilidad, seguridad y autonomía de esas personas afectadas, la mayoría mujeres (y un gran impacto en sus criaturas) y que siempre denota prepotencia masculina y estereotipos a desechar, como en el reciente ejemplo de las provocaciones e insultos machistas en un colegio universitario madrileño, elitista, segregado y religioso por más señas.

En ese sentido, hay que huir de dos actitudes de apariencia contrapuesta que conducen a la misma inercia continuista. Por un lado, el blanqueamiento del machismo, su negación o infravaloración. Por otro lado, su ostentación y tremendismo con un impacto contraproducente de inducir pánico moral, apoyado en el puritanismo, con efectos de control social hacia las mujeres y su libertad sexual. El análisis realista tiene la función de procurar la transformación real, serena y persistente de comportamientos, costumbres y mecanismos institucionales igualitarios.

Así, con la media de los datos oficiales anteriores del último año, extendida a toda la década, nos encontramos que las personas víctimas directas de violencia machista llegarían, nada menos, a cerca de dos millones de casos registrados. Y como decía, quedan fuera multitud de hechos, gestos y actitudes prepotentes, quizá más leves, pero que en su conjunto constituye un acoso machista que genera una cultura autoritaria y un impacto regresivo contra la libertad relacional de las mujeres y la igualdad en sus trayectorias vitales. Es un hecho grave y masivo. Genera una pérdida de calidad democrática, convivencial y solidaria en la sociedad. Y la impotencia institucional no se la pueden permitir el feminismo y, en general, las fuerzas progresistas. El Gobierno de coalición, pienso, que es consciente de ello.

Los resultados de la reciente "Macroencuesta de la Violencia contra la Mujer" confirman la amplitud de la violencia machista, en particular hacia las mujeres jóvenes: Un 38% de las encuestadas de entre dieciséis y veinticuatro años contesta que ha padecido violencia en su pareja y el 21% fuera de ella. La diferencia es significativa respecto de las mujeres adultas (de veinticinco y más años), cuyos porcentajes de haber sufrido violencia en la pareja y fuera de ella son, respectivamente, el 22% y el 12%. Si vamos al acoso sexual, la dimensión de los datos es también desigual por edad, pero muy altos: el 60% en las jóvenes y el 38% en las adultas han sufrido esa experiencia. No es de extrañar que sean las mujeres jóvenes, en las que se acumulan la coacción de la violencia y el acoso machista, la precariedad de sus condiciones laborales y las desventajas en sus trayectorias vitales las que abanderan la conciencia y la acción feministas.

La experiencia del feminismo en estos más de dos siglos lo confirma: la liberación y la igualdad de las mujeres la protagonizan ellas mismas, con la cooperación de varones solidarios y agentes sociales e institucionales progresistas frente a la reacción machista, autoritaria y derechista que constituyen el adversario principal. La principal trampa es caer en la retórica y el formalismo sin llevar a cabo un proceso reformador sustantivo que dé confianza a las capas subalternas en el avance de su bienestar y credibilidad a la representación social e institucional tras un proyecto transformador de progreso. El motor del cambio es el refuerzo del feminismo con una perspectiva igualitaria-emancipadora.

Kakademia, II

El Rombo

V

A las once de la mañana
daba tumbos.

Al mediodía, su oficina era el bar.

Poco a poco
el prometedor joven
separose de su mujer
no por su iniciativa
y convirtiase
en alcohólico perdido.

Fue entonces cuando sus ladinos
colegas de la junta
le eligieron Decano
por unanimidad.

VI

La mujer
con forma de croqueta
se hizo patrona de maestrías;
caras eran las matrículas,
con ellas pagaba a los profesores
tanto
que todos la querían
y hablaban bien de ella

y en la tele salía
y copublicaba con ellos
poniéndose delante:
su fama así crecía
aunque ningún alumno
la valoraba bien
y huían todos, todos
de repetir con ella.
Con ella sin embargo
la Aneca* era feliz,
todo eran parabienes
pues ignora la Aneca
cuanto no está indexado.
La mujer-croqueta
podrá, según la Aneca
aspirar a cátedra de *-vol-au-vent*.

*ANECA: Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación.

VII

A los veintipocos
aquel joven madrileño
blancuzco, más bien desaliñado
y torpe
era becario en París,
y en la biblioteca de Derecho
junto al Panthéon

su mirada jamás se posaba
en el libro abierto
sino en las chicas
que entraban y salían
todas indiferentes
a sus urgencias.

Pero quien a buen árbol se arrima,
el Psoe en este caso, aunque
podría haber sido otro,
en el fondo da igual,
y lo tienes ahí
con rayos uva,
manicurado,
maquillado,
trajeado,
casi cortés,
convertido
en ilustre
Embajador
de España
-y-yo-
somos-así-señora.

VIII

¡Plagio! ¡Plagio!
clamaba el Presidente

anciano peligroso y jubilado.

¡No, no! —negaba el doctorando.

El Salón de Grados

escenario de la insólita situación,

estaba hasta los topes:

la madre (desmayada) y la demás familia,

amigos, compañeros, y rivales

frotándose las manos.

El director de tesis

(que ni la había leído,

ciertamente)

se puso del lado del más joven

pues otra no tenía.

Aquel juró por su honor no haber plagiado

al Presidente

que fue conformándose a base

de chupitos de coñac

que le ofrecieron, y el ritual

prosiguió muy deprisa

aunque sin el *cum laude*.

Mucho después se aclaró todo:

el reptil doctorado

había plagiado

a quien

al Presidente

había plagiado.

John Pilger

Silenciar a los corderos: cómo funciona la propaganda

En la década de 1970 conocí a una de las principales propagandistas de Hitler, Leni Riefenstahl, cuyas películas épicas glorificaban a los nazis. Nos alojábamos en el mismo albergue en Kenia, donde ella estaba en una tarea de fotografía, después de haber escapado del destino de otros amigos del Führer.

Me dijo que los “mensajes patrióticos” de sus películas no dependían de “órdenes de arriba”, sino de lo que ella llamaba el “vacío sumiso” del público alemán.

¿Eso incluía a la burguesía liberal y educada? Yo pregunté. “Sí, especialmente ellos”, dijo.

Pienso en esto mientras observo la propaganda que ahora consume a las sociedades occidentales.

Por supuesto, somos muy diferentes de la Alemania de los años treinta. Vivimos en sociedades de la información. Somos globalistas. Nunca hemos estado más conscientes, más en contacto, mejor conectados.

¿O vivimos en Occidente en una Sociedad de Medios donde el lavado de cerebro es insidioso e implacable, y la percepción se filtra de acuerdo con las necesidades y mentiras del poder estatal y corporativo?

Estados Unidos domina los medios de comunicación del mundo occidental. Todas menos una de las 10 principales empresas de medios tienen su sede en América del Norte. Internet y las redes sociales (Google, Twitter, Facebook) son en su mayoría de propiedad y control estadounidenses.

Durante mi vida, Estados Unidos ha derrocado o intentado derrocar a más de 50 gobiernos, en su mayoría democracias. Ha interferido en elecciones democráticas en 30 países. Ha lanzado bombas sobre la población de 30 países, la mayoría de ellos pobres e indefensos. Ha intentado asesinar a los líderes de 50 países. Ha luchado para suprimir los movimientos de liberación en 20 países.

El alcance y la escala de esta carnicería en gran medida no se informa, no se reconoce, y los responsables continúan dominando la vida política angloamericana.

Harold Pinter rompió el silencio

En los años previos a su muerte en 2008, el dramaturgo Harold Pinter pronunció dos discursos extraordinarios, que rompieron un silencio.

“La política exterior de Estados Unidos —dijo— se define mejor de la siguiente manera: bésame el culo o te pateo la cabeza. Es tan simple y tan crudo como eso. Lo interesante de esto es que es tan increíblemente exitoso. Posee las estructuras de desinformación, uso de la retórica,

distorsión del lenguaje, que son muy persuasivas, pero en realidad son una sarta de mentiras. Es una propaganda muy exitosa. Tienen el dinero, tienen la tecnología, tienen todos los medios para salirse con la suya, y lo hacen”.

Al aceptar el Premio Nobel de Literatura, Pinter dijo esto: “Los crímenes de los Estados Unidos han sido sistemáticos, constantes, atroces, despiadados, pero muy pocas personas realmente han hablado de ellos. Tienes que dárselo a América. Ha ejercido una manipulación bastante clínica del poder en todo el mundo mientras se hace pasar por una fuerza para el bien universal. Es un acto de hipnosis brillante, incluso ingenioso y muy exitoso”.

Pinter era un amigo mío y posiblemente el último gran sabio político, es decir, antes de que la política disidente fuera aburguesada. Le pregunté si la “hipnosis” a la que se refería era el “vacío sumiso” descrito por Leni Riefenstahl.

“Es lo mismo”, respondió. “Significa que el lavado de cerebro es tan completo que estamos programados para tragarnos un montón de mentiras. Si no reconocemos la propaganda, podemos aceptarla como normal y creerla. Ese es el vacío sumiso”.

En nuestros sistemas de democracia corporativa, la guerra es una necesidad económica, la unión perfecta de subsidio público y ganancia privada: socialismo para los ricos, capitalismo para los pobres. El día después del 11 de septiembre, los precios de las acciones de la industria bélica se dispararon. Se avecinaba más derramamiento de sangre, lo cual es excelente para los negocios.

Hoy, las guerras más rentables tienen su propia marca. Se llaman “guerras eternas”: Afganistán, Palestina, Irak, Libia, Yemen y ahora Ucrania. Todos están basados ??en una sarta de mentiras.

Irak es el más infame, con sus armas de destrucción masiva que no existían. La destrucción de Libia por parte de la OTAN en 2011 se justificó por una masacre en Bengasi que no sucedió. Afganistán fue una guerra de venganza conveniente por el 11 de septiembre, que no tuvo nada que ver con el pueblo de Afganistán.

Hoy, las noticias de Afganistán son cuán malvados son los talibanes, no que el robo de \$7 mil millones de las reservas bancarias del país por parte del presidente estadounidense Joe Biden esté causando un sufrimiento generalizado. Recientemente, National Public Radio en Washington dedicó dos horas a Afganistán y 30 segundos a su gente hambrienta.

En su cumbre en Madrid en junio, la OTAN, controlada por Estados Unidos, adoptó un documento de estrategia que militariza el continente europeo y aumenta la perspectiva de guerra con Rusia y China. Propone “combates de múltiples dominios contra competidores con armas nucleares”. En otras palabras, la guerra nuclear.

Dice: “La ampliación de la OTAN ha sido un éxito histórico”.

Lo leí con incredulidad.

Las noticias de la guerra en Ucrania en su mayoría no son noticias, sino una letanía unilateral de jingoísmo, distorsión y omisión. He informado de varias guerras y nunca he conocido una propaganda tan general.

En febrero, Rusia invadió Ucrania como respuesta a casi ocho años de asesinatos y destrucción criminal en la región de habla rusa de Dombás en su frontera.

En 2014, Estados Unidos patrocinó un golpe de Estado en Kiev que eliminó al presidente ucraniano elegido democráticamente y amigo de Rusia e instaló a un sucesor que los estadounidenses dejaron claro que era su hombre.

En los últimos años, se han instalado misiles “defensores” estadounidenses en Europa del Este, Polonia, Eslovenia, la República Checa, casi con certeza dirigidos a Rusia, acompañados de falsas garantías que se remontan a la “promesa” de James Baker al líder soviético Mijaíl Gorbachov en febrero de 1990 que la OTAN nunca se expandiría más allá de Alemania.

La OTAN en la frontera de Hitler

Ucrania es la primera línea. La OTAN ha llegado efectivamente a la misma frontera a través de la cual el ejército de Hitler irrumpió en 1941, dejando más de 23 millones de muertos en la Unión Soviética.

En diciembre pasado, Rusia propuso un plan de seguridad de gran alcance para Europa. Esto fue descartado, ridiculizado o suprimido en los medios occidentales. ¿Quién leyó sus propuestas paso a paso? El 24 de febrero, el presidente Volodímir Zelenski amenazó con desarrollar armas nucleares a menos que Estados Unidos armara y protegiera a Ucrania.

El mismo día, Rusia invadió, un acto no provocado de infamia congénita, según los medios occidentales. La historia, las mentiras, las propuestas de paz, los acuerdos solemnes sobre Donbass en Minsk no contaron para nada.

El 25 de abril, el secretario de Defensa de EE. UU., Lloyd Austin, voló a Kiev y confirmó que el objetivo de Estados Unidos era destruir la Federación Rusa; la palabra que usó fue “debilitar”. Estados Unidos había obtenido la guerra que quería, librada por un representante estadounidense financiado y armado y un peón prescindible.

Casi nada de esto fue explicado a las audiencias occidentales.

La invasión rusa de Ucrania es desenfundada e inexcusable. Es un crimen invadir un país soberano. No hay “peros”, excepto uno.

¿Cuándo comenzó la guerra actual en Ucrania y quién la inició? Según Naciones Unidas, entre 2014 y este año, unas 14.000 personas han muerto en la guerra civil del régimen de Kiev en el Dombás. Muchos de los ataques fueron llevados a cabo por neonazis.

En el mismo mes, decenas de personas de habla rusa fueron quemadas vivas o asfixiadas en un edificio sindical en Odesa asediado por matones fascistas, los seguidores del colaborador nazi y fanático antisemita Stepan Bandera. El New York Times llamó a los matones “nacionalistas”.

“La misión histórica de nuestra nación en este momento crítico”, dijo Andreiy Biletsky, fundador del Batallón Azov, “es liderar a las Razas Blancas del mundo en una cruzada final por su supervivencia, una cruzada contra los *Untermenschen* dirigidos por los semitas.”

Desde febrero, una campaña de autodenominados “monitores de noticias” (en su mayoría financiados por estadounidenses y británicos con vínculos con los gobiernos) ha tratado de mantener el absurdo de que los neonazis de Ucrania no existen.

La aerografía, una vez asociada con las purgas de Stalin, se ha convertido en una herramienta del periodismo convencional.

En menos de una década, una China “buena” ha sido retocada y una China “mala” la ha reemplazado: del taller del mundo a un nuevo Satanás en ciernes.

Gran parte de esta propaganda se origina en los EE. UU. y se transmite a través de representantes y “grupos de expertos”, como el notorio Instituto Australiano de Política Estratégica, la voz de la industria armamentística, y por periodistas como Peter Hartcher de *The Sydney Morning Herald*, quien ha etiquetado a quienes difunden la influencia china como “ratas, moscas, mosquitos y gorriones” y sugirió que estas “plagas” sean “erradicadas”.

Las noticias sobre China en Occidente se refieren casi exclusivamente a la amenaza de Pekín. Están retocadas las 400 bases militares estadounidenses que rodean la mayor parte de China, un collar armado que se extiende desde Australia hasta el Pacífico y el sudeste de Asia, Japón y Corea. La isla japonesa de Okinawa y la isla coreana de Jeju son como armas cargadas que apuntan a quemarropa al corazón industrial de China. Un funcionario del Pentágono describió esto como una “soga”.

Palestina ha sido mal informada desde que tengo memoria. Para la BBC, existe el “conflicto” de “dos narrativas”. La ocupación militar más larga, brutal y sin ley de los tiempos modernos es inmencionable.

El pueblo afectado de Yemen apenas existe. Son personas mediáticas. Mientras los saudíes hacen llover sus bombas de racimo estadounidenses con asesores británicos que trabajan junto con los oficiales sauditas, más de medio millón de niños se enfrentan al hambre.

Este lavado de cerebro por omisión no es nuevo. La matanza de la Primera Guerra Mundial fue reprimida por reporteros a los que se les otorgó el título de caballero por su cumplimiento. En 1917, el editor de *The Manchester Guardian*, C. P. Scott, confió al primer ministro Lloyd George: “Si la gente realmente supiera [la verdad], la guerra se detendría mañana, pero no saben ni pueden saber”.

La negativa a ver a las personas y los eventos como los ven los de otros países es un virus mediático en Occidente, tan debilitante como el covid. Es como si viéramos el mundo a través de un espejo unidireccional, en el que “nosotros” somos morales y benignos y “ellos” no lo son. Es una visión profundamente imperial.

La historia que es una presencia viva en China y Rusia rara vez se explica y rara vez se comprende. Vladímir Putin es Adolf Hitler. Xi Jinping es Fu Man Chu. Apenas se conocen logros

épicos, como la erradicación de la pobreza extrema en China. Qué perverso y sórdido es esto.

¿Cuándo nos permitiremos comprender? Formar a los periodistas al estilo de fábrica no es la respuesta. Tampoco lo es la maravillosa herramienta digital, que es un medio, no un fin, como la máquina de escribir de un dedo y la linotipia.

En los últimos años, algunos de los mejores periodistas se han alejado de la corriente principal. “Defenestrado” es la palabra utilizada. Los espacios que alguna vez se abrieron a los inconformistas, a los periodistas que iban contra la corriente, a los que decían la verdad, se han cerrado.

El caso de Julian Assange es el más impactante. Cuando Julian y WikiLeaks pudieron ganar lectores y premios para The Guardian, The New York Times y otros “documentos de registro” importantes, se celebró.

Cuando el estado oscuro se opuso y exigió la destrucción de los discos duros y el asesinato del personaje de Julian, se convirtió en enemigo público. El vicepresidente Joe Biden lo comparó con un “terrorista de alta tecnología”. Hillary Clinton preguntó: “¿No podemos simplemente engañar a este tipo?”

La subsiguiente campaña de abuso y vilipendio contra Julian Assange —el relator de la ONU sobre la tortura lo llamó “mobbing”— llevó a la prensa liberal a su punto más bajo. Sabemos quiénes son. Pienso en ellos como colaboradores: como periodistas de Vichy.

¿Cuándo se levantarán los verdaderos periodistas? Ya existe un *samizdat* inspirador en Internet: Consortium News, fundado por el gran reportero Robert Parry, The Grayzone de Max Blumenthal, Mint Press News, Media Lens, DeclassifiedUK, Alborada, Electronic Intifada, WSWS, ZNet, ICH, CounterPunch, Independent Australia, el trabajo de Chris Hedges, Patrick Lawrence, Jonathan Cook, Diana Johnstone, Caitlin Johnstone y otros que me perdonarán por no mencionarlos aquí.

¿Y cuándo se levantarán los escritores, como lo hicieron contra el ascenso del fascismo en la década de 1930? ¿Cuándo se levantarán los cineastas, como lo hicieron contra la Guerra Fría en la década de 1940? ¿Cuándo se levantarán los satíricos, como lo hicieron hace una generación?

Habiendo empapado durante 82 años en un baño profundo de justicia que es la versión oficial de la última guerra mundial, ¿no es hora de que aquellos que deben mantener las cosas claras declaren su independencia y decodifiquen la propaganda? La urgencia es mayor que nunca.

[Fuente: [Rebelión](#). John Pilger ha ganado dos veces el premio más importante de Gran Bretaña para el periodismo y ha sido Reportero Internacional del Año, Reportero de Noticias del Año y Escritor Descriptivo del Año. Ha realizado 61 documentales y ha ganado un Emmy, un BAFTA y el premio de la Royal Television Society. Su *Cambodia Year Zero* es nombrada como una de las diez películas más importantes del siglo XX. Puede ser contactado en www.johnpilger.com. Fuente original en inglés: «JOHN PILGER: Silencing the Lambs — How Propaganda Works»]

Rafael Poch de Feliu

Una chaladura suicida

Entre el 14 y el 28 de octubre de 1962, el mundo estuvo al borde de su total perdición. Un profundo y extremo sentido de inseguridad, derivado de la presencia de recursos militares de destrucción masiva del adversario nuclear junto a las propias fronteras, generó aquella crisis.

Todo el mundo entendió entonces los peligros de desplegar misiles y avanzar infraestructuras militares junto a las fronteras de la superpotencia nuclear rival. Entonces, los misiles nucleares de la URSS habrían podido golpear territorio de Estados Unidos desde Cuba, mientras los misiles de Estados Unidos emplazados en Turquía podían hacer lo propio. La solución fue dar un paso atrás y de paso inaugurar una línea telefónica directa, el famoso “teléfono rojo”, entre el Kremlin y la Casa Blanca. Hoy Ucrania desempeña el papel de Cuba, pero el mundo está en la inopia.

Las circunstancias son diversas, pero el sentido de las advertencias de Moscú es idéntico al formulado entonces por Kennedy: se proclama un “peligro existencial”. A partir de aquí comienzan las diferencias.

Las advertencias de Putin a Occidente sobre lo que entonces se llamaba “MAD” (Mutually Assured Destruction), la mutua destrucción garantizada, no están funcionando. Políticos y medios de comunicación hablan del “chantaje” de Putin, cuando éste no está más que formulando lo que era el consenso al que todos atendían después de 1962. Negociar una desescalada ante la evidencia del desastre como se hizo entonces, parece hoy descartado. Atentados como el de Moscú en agosto contra un marginal ideólogo nacionalista al que los *think tanks* atlantistas atribuyen una importancia de la que carece y que mató a su hija, o el cometido en septiembre contra los gasoductos del Báltico, un atentado contra Alemania, confirma la velocidad con la que Estados Unidos alimenta la espiral.

Hoy se habla de la guerra nuclear como si fuera un videojuego. Parafraseando el título del último libro de Diana Johnston, estamos derivando “From MAD to Madness”, desde aquel consenso de la guerra fría acerca del común peligro a una especie de chaladura suicida.

La advertencia de Putin de que usará “todas las armas disponibles” para defender Rusia de un ataque de la OTAN es genuina, admite el encargado de la política exterior de la UE, Josep Borrell, “pero eso no cambia nuestra determinación y nuestra unidad por sostener a Ucrania”. Solo se atiende a la criminal invasión de Ucrania, iniciada en febrero, sin mencionar siquiera la serie de treinta años que contiene los motivos que la propiciaron.

En el centro de la actual crisis se encuentra la afirmación de Estados Unidos diciendo: “soy la única gran potencia y quiero seguir siéndolo”, y “estoy perdiendo posiciones en el mundo, pero mi superioridad militar es abrumadora y aplastante, así que la utilizo a fondo para compensar esas pérdidas”.

En ese esquema, el dominio de Ucrania y la ruptura del complementario vínculo económico entre Alemania y Rusia (tecnología/energía) es fundamental para dominar Eurasia.

La importancia que para Estados Unidos tiene Ucrania para dominar Eurasia, es bien conocida. Washington lleva por lo menos 25 años proclamándolo. Meter a Ucrania en la OTAN, desplegar allí misiles capaces de impactar en Moscú en cinco minutos, anular/interceptar la capacidad misilística rusa, y convertir Sebastopol, ciudad de todas las glorias rusas, en una base de la OTAN en Crimea, era la perspectiva concreta que se abrió con el cambio de régimen en Kiev del invierno de 2014. Desde que la gran estrategia china de la Nueva Ruta de la Seda (B&RI) se dispuso, a partir de su formulación en 2013, a integrar Eurasia mediante una tupida red energética y comercial desde Shanghái hasta Hamburgo, la partida estaba planteada con toda claridad: a un lado recursos económico-comerciales chinos y europeos, potencial energético ruso y gigantescas inversiones chinas, al otro lado recursos militares de Estados Unidos.

Respecto a la ruptura del vínculo energético entre Alemania (Unión Europea) y Rusia, la historia también es conocida. No comienza con el Nord Stream 2, sino mucho antes, con los acuerdos entre Bonn y Moscú de 1981 para construir gasoductos y exportar gas ruso. Aquel hito de la gran política alemana de distensión a través del comercio fue [combatido sin piedad por Washington desde sus mismos inicios](#), con todo tipo de argumentos de “defensa” y chantajes. La respuesta del canciller Helmut Schmidt ante aquellas presiones fue clara: “que canten misa, el proyecto se mantiene”. La reacción de Estados Unidos, después de amenazar con retirar sus tropas estacionadas en Alemania y otros recursos fallidos, fue desenfundar la pistola.

Como algunos de los componentes de la obra se producían en Estados Unidos, [la CIA introdujo en ellos un software](#) de control de la presión de las tuberías capaz de volarlas. En el verano de 1982 las obras del gasoducto se volaron así en territorio soviético, algo que reveló [en sus memorias](#), en 2004, Thomas Reed, un militar de la fuerza aérea y exmiembro del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Los atentados de septiembre contra los gasoductos, en una de las zonas marítimas del mundo más controladas por la OTAN, no han sido, por tanto, los primeros de la acción de Estados Unidos contra el vínculo energético entre Alemania y Rusia.

“Nuestro principal aliado, ese al que la mayoría de los alemanes y la Alemania oficial, tanto en la política como en los medios, considera un amigo, destruye los canales de transporte de nuestro suministro energético que es la base de la actividad industrial de nuestro país” ¿y no pasa nada?, se pregunta Albrecht Müller, editor del principal medio de comunicación independiente alemán (NachDenkSeiten, medio millón de lectores, más del doble que la tirada del principal diario del establishment alemán, el Frankfurter Allgemeine Zeitung).

Aún más grave, porque denota una manifiesta ausencia de anticuerpos: la posibilidad de una guerra nuclear, que en los años ochenta sacó a la calle a centenares de miles de ciudadanos, especialmente en Alemania, no parece inquietar hoy a la opinión pública. ¿Qué está pasando? Vivimos, ciertamente, en un “medio ambiente cultural” bien distinto al de los años ochenta, particularmente en Alemania. Uno de los aspectos de esa diferencia hay que buscarlo en la corrupción estructural de los medios de comunicación europeos, particularmente flagrante en Alemania.

Los medios de comunicación del establishment nos explican cada día los crímenes del ejército ruso en Ucrania, sin soltar prenda sobre el abultado cúmulo de crímenes ucranianos. Explican, con la ayuda del [Organismo Internacional de la Energía Atómica \(IAEA\)](#) controlado por Occidente, que la central nuclear de Zaporozhie, está siendo bombardeada, sin explicar quién la

está bombardeando, [se hacen los tontos sobre los atentados del Báltico](#) y banalizan el riesgo de un conflicto nuclear que puede irse de las manos con gran facilidad.

“Los diarios más influyentes del mundo están haciendo propaganda para la tercera guerra mundial, mientras que las voces que empujan hacia la verdad, la transparencia y la paz son marginalizadas, silenciadas, rechazadas y encarceladas”, dice la periodista australiana Caitlin Johnston, sin relación con la autora del libro antes mencionado.

En el aniversario de la crisis de Cuba de 1962 estamos más cerca que nunca de un peligro que crece con las semanas. Por la combinación del militarismo estructural de su economía, de la ausencia de derrotas militares en su territorio, de una reputada predisposición a la violencia desde su misma formación como Estado y por la completa falta de experiencias directas y en carne propia del sufrimiento humano de la guerra, Estados Unidos está en el epicentro de ese peligro mundial. Dejo para los ciegos la calificación de “antiamericanismo” por esta constatación: todos los imperios venidos a menos son peligrosos cuando son descabalgados, pero aquí y ahora no hay nada más peligroso que la actual reacción de Estados Unidos a su relativo declive como potencia hegemónica.

[Fuente: [Ctxt](#)]

Rafael Poch de Feliu

Los años perdidos

Fragmentos de un epílogo ucraniano para la segunda edición de «La Gran Transición. Rusia, 1985-2002»

Han pasado veinte años desde la publicación de *La Gran Transición* y casi cuarenta desde el inicio del periodo histórico que describe. Cuando escribí ese libro era un joven periodista aún inmerso en la perspectiva mental de una larga vida. Desde aquella posición expliqué el título diciendo que nuestro presente era “una gran época de cambio y transformación universal”. “Época de cambios” fue, precisamente, el título de *La Gran Transición* en sus ediciones rusa y china. Hoy, convertido en jubilado y mucho más cerca de la salida del breve recorrido vital que tenemos los humanos, mi principal punto de vista al respecto, lo que retengo al mirar hacia atrás, ya no es el cambio y la “transición”, sino la idea del tiempo perdido.

Si hace veinte años escribía para lectores más o menos contemporáneos de lo narrado, hoy lo que aquí se explica ya es pura historia para la mayoría de los lectores. El paso del tiempo cambia las perspectivas; cada generación reescribe la historia y utiliza el pasado para entender el presente, con mayor o menor fortuna, pero la certeza de la gran ocasión que los humanos dejamos escapar al concluir lo que se llamaba “conflicto Este/Oeste” con el fin de la Guerra Fría, se ha ido colocando estos años en el centro del panorama, con toda claridad. Aquello fue una prueba de madurez para el norte global.

Al cancelarse declarativamente las peligrosas tensiones entre potencias, se abrieron posibilidades para un cambio de mentalidad en las élites políticas y económicas que fuera capaz de afrontar los retos del Antropoceno y los grandes dilemas de las relaciones Norte/Sur. Superar la guerra y la amenaza de destrucción masiva como método y último argumento de las relaciones internacionales, buscar nuevos criterios de seguridad colectiva, abandonar la militarización del espacio, paliar la desigualdad entre grupos sociales y regiones del mundo para hacerlo menos injusto, atajar la superpoblación, y, desde luego, encarar la crisis climática. Esa prueba, el norte global la suspendió estrepitosamente.

El Occidente liderado por Estados Unidos continuó aferrándose a su vieja patología imperial. Favorecido por el caos ruso, ocupó simplemente los espacios geopolíticos abandonados por la retirada y disolución de la Unión Soviética, y sembró la ruina y la devastación en media docena de países. En el arco que va de Afganistán a Libia, pasando por Irak, Yemen, Siria y Somalia, se han destruido sociedades enteras en guerras e intervenciones, directas o puntuales, que desplazaron a unos cuarenta millones y han costado la vida a más de tres millones de personas. Se continúa con los bloqueos y sanciones contra antiguos y nuevos adversarios. La pretensión de una hegemonía en solitario ha disuelto la diplomacia.

En lugar de emprender la necesaria concertación internacional para afrontar los retos del siglo, las elites globales, y en primer lugar las potencias occidentales, movilizan a sus sociedades para la lucha contra sus rivales geopolíticos. En el gran contexto del relativo declive de la potencia occidental en el mundo y del traslado hacia Asia de buena parte de ese poder, no hay más estrategia que un reflejo de pánico, coherente con el conocido dicho “piensa el ladrón que todos

son de su misma condición”. Occidente no imagina que el supuesto relevo chino en el puente de mando pueda ser diferente a la barbarie ejercida por las potencias imperiales occidentales en los últimos doscientos años. Si eso fuera así, solo cabría esperar lo peor, así que la respuesta está siendo rodear militarmente al adversario.

La guerra de Ucrania es, en última instancia, una consecuencia de ese cerco y de esa mentalidad occidental. Las tensiones creadas por la expansión de la OTAN y que servían para justificar la existencia de ese bloque que impide la emancipación del viejo continente, han desembocado en una guerra a la que se responde con más expansión de la OTAN. Una guerra de Rusia, con claras responsabilidades de Moscú, y al mismo tiempo largamente propiciada por la OTAN, tras la que se adivina el pulso contra el poder ascendente de China, a la que Rusia se ha acercado empujada por la lógica de la afirmación de su propia soberanía nacional y autonomía en el mundo. Como todas las partes implicadas en esta lamentable situación son potencias nucleares, el peligro de un desastre planetario es enorme.

La llegada de Putin al poder puso fin a una década de ruina social en Rusia. Con Putin la vida dejó de deteriorarse para la mayoría de los rusos. Por esa estabilización, el presidente ruso obtuvo un consenso que ha compensado con creces las fechorías y crónicas negras de su gobierno, bien conocidas y profusamente divulgadas en Occidente, pero con la guerra y las devastadoras sanciones occidentales impuestas contra Rusia, las bases de ese consenso van a ser barridas radicalmente.

El propósito de las sanciones no es presionar a Rusia para negociar un arreglo en Ucrania, sino “desmantelar paso a paso la potencia industrial rusa” (Ursula von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea), “poner de rodillas”, “arruinar” y “destruir su economía” (*The New York Times* y las responsables de exteriores de Alemania e Inglaterra, respectivamente) y “que Putin se vaya”, en palabras del presidente Biden. El objetivo es, por tanto, un cambio de régimen en Rusia, pero son los dirigentes rusos quienes quieren gobernar ese cambio y, desde luego, no en el sentido deseado por Occidente, sino en una dirección bien diferente.

En primer lugar, las sanciones van a endurecer el sistema político ruso. Amenazado existencialmente, quienes se opongan al régimen serán tratados como “traidores”, advirtió Putin en una declaración realizada menos de un mes después del inicio de la guerra: “Occidente quiere convertirnos en un país débil y dependiente, violar nuestra integridad territorial, fragmentar el país”, dijo. Con ese objetivo se apoyan en la “quinta columna”, esos “traidores nacionales que ganan dinero aquí pero viven allí, no en el sentido geográfico, sino en el mental, de acuerdo con su conciencia de esclavos”. “Esa gente está dispuesta a vender a su madre [...] pero el pueblo ruso sabrá distinguir a los verdaderos patriotas de la escoria y los traidores”. “Una tal depuración solo reforzará a nuestro país, nuestra solidaridad, cohesión y disposición a cualquier desafío”.

En segundo lugar, las sanciones y bloqueos occidentales van a transformar las prioridades de la política económica y de las relaciones económicas y políticas exteriores. Aislada de Occidente por muchos años, Rusia deberá buscarse la vida y la economía fuera de Occidente, hacia China, hacia los BRIC, fortaleciendo el polo “no occidental” del mundo. Por imperativo geopolítico, las sanciones obligan a barrer o modificar sustancialmente el neoliberalismo y el capitalismo rentista parasitario de los oligarcas. Forzarán la introducción de fórmulas más productivas, más sociales y más autoritarias parecidas a la china.

“Estados Unidos y la Unión Europea han hecho lo que nosotros deberíamos haber hecho hace tiempo: nacionalizar la economía de oligarcas: al diablo con su orientación occidental, sus vacaciones en los Alpes y la Costa Azul y sus compras en Milán. Lo único que nos interesa es que inviertan en el país y no exporten su capital a Occidente”, dice el economista Serguéi Glaziev que anuncia nada menos que “un nuevo mundo” para 2024.

¿Un nuevo mundo o el principio del fin de Putin y una nueva quiebra rusa? De momento, en los primeros meses de la guerra las sanciones aún se sienten poco en la vida cotidiana y las encuestas de opinión ofrecen un considerable apoyo a la invasión y al presidente Putin, de entre el 60 y el 70%. Ese apoyo no es firme. “Para nuestra victoria necesitaremos un alto nivel de movilización en la sociedad y en la elite”, pronostica Serguéi Karaganov, intelectual orgánico del Kremlin en el ámbito de la política exterior. Si la sociología de las últimas décadas ha dejado algo en claro es que los rusos de hoy ya no son aquella sociedad predispuesta a sacrificar su bienestar y beneficios individuales en el altar de los intereses supremos del estado. Cuando en las encuestas se pregunta a los rusos sobre lo que desean para su futuro, las consideraciones sobre el estatuto de su país como gran potencia y aspectos relacionados siempre están entre las últimas prioridades, claramente por detrás de consideraciones mucho más prácticas y pedestres. Naturalmente que con la disolución de la URSS el nacionalismo ruso, y la multinacionalidad rusa en un sentido más amplio, han ganado posiciones, pero eso está muy lejos de instalarnos en un universo apasionado y fanático, y en una economía de guerra, de voluntad y movilización tras un caudillo carismático. Pragmatismo y despolitización es lo que caracteriza el tono de la opinión pública rusa. Pragmatismo en el sentido de que ante una realidad insatisfactoria suele ponerse por delante no la idea de actuar para cambiarla, sino la reflexión de si hay una alternativa clara y si el cambio no les llevará a una realidad aún peor. Despolitización en el sentido de que si los dirigentes y el presidente, han tomado tal o cual decisión es porque tienen razones de peso para ello. Si ese es el contenido, digamos conformista, de los altos apoyos a la invasión y al presidente Putin en los primeros meses de la guerra, lo más discreto que se puede deducir es que ese consenso es todo menos firme y que está claramente expuesto a la volatilidad de la situación.

¿Cómo reaccionará ese consenso ante las calamidades, carencias, carestías y radicales cambios de vida que se anuncian? ¿Ante el colapso del universo vital de la clase media rusa, ante el posible regreso del *defitsit*, la desaparición de gamas enteras de productos? Las sanciones y el cambio de vida a peor que seguramente traerán consigo, derriban todo aquello por lo que Putin se hizo popular tras las calamidades de los años noventa. ¿Cómo evolucionará el sentir de la juventud? Muchos jóvenes, unos 100.000 en el tercer mes de la guerra, la mayor parte cualificados, abandonan Rusia por temor al reclutamiento militar (ocurre lo mismo en Ucrania, pero en Rusia no hay atisbo de *pathos* patriótico) y a verse instalados en un regreso a la gris monotonía que conocieron sus padres en los años setenta de la URSS, “*con unos líderes envejecidos presidiendo una economía en decadencia, atrapados en una amarga rivalidad con Occidente, basándose en la corrupción y la represión para mantener a las masas a raya*”

”, según la gráfica descripción de un autor anglosajón. ¿Todo esto es así de crudo, o es imaginable, como sugiere Glaziev, que el cambio cardinal de rumbo socioeconómico haga posible una transformación estructural del país que lo encarrile en un crecimiento orgánico y establezca un nuevo contrato social? Sea como sea, las cosas no pueden continuar igual, opina Dmitri Trenin, un conocido politólogo moscovita: “En la guerra de nuevo tipo que Rusia se ve obligada a librar, la divisoria entre lo que en épocas anteriores se llamaba “frente” y “retaguardia” se difumina. En tal guerra, no ya vencer, sino simplemente mantenerse, no es posible si las elites siguen obsesionadas por un mayor enriquecimiento personal, y la sociedad permanece en un estado postrado y relajado. La ‘nueva edición’ de la Federación de Rusia sobre bases políticamente más sostenibles, económicamente eficaces, socialmente más justas y moralmente más sanas, se está haciendo urgentemente necesaria. Hay que entender que la derrota estratégica que Occidente nos está preparando, no conducirá a la paz y la posterior restauración de las relaciones. Muy probablemente, el teatro de la «guerra híbrida» simplemente se moverá desde Ucrania más al este, dentro de la propia Rusia, cuya existencia en su forma actual estará en cuestión”, dice.

Y, finalmente, puestos a preguntar, ¿podemos imaginar algún término medio entre ese desastre y el “radiante porvenir” vaticinado? En cualquier caso, y sea como sea, el cambio de régimen en Rusia puede darse por hecho y será profundo.

* * *

Que el conflicto de Ucrania vaya a ser punto de inflexión geopolítico, forma parte del consenso general, pero ¿cómo y para quién? El primer dato que nos ofreció fue el aislamiento de Rusia. Cuando en la Asamblea General de la ONU se votó la resolución condenando a Rusia por la invasión, solo cinco países, incluida Rusia, votaron en contra, 35 se abstuvieron y 135 apoyaron la reprobación. Pero convertir esa condena en acciones parece ser asunto bien diferente: ningún país sudamericano y africano y ningún asiático, con la excepción de Japón y Corea del Sur, se sumó a las sanciones occidentales contra Rusia. Ni siquiera países sobre los que Estados Unidos ejerce una gran influencia, como Israel, Colombia, México, Arabia Saudita o Pakistán. Que la guerra económica contra Rusia sea una cuestión estrictamente de la OTAN, a la que se suman Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur y Japón, informa también del aislamiento de lo que habitualmente se presentaba como la “comunidad internacional”.

Desde su nuevo “concepto estratégico” aprobado en la cumbre de junio en Madrid, la OTAN define a Rusia como “la mayor amenaza directa a la seguridad, paz y estabilidad en el área euroatlántica” (y a China como “amenaza a los intereses, la seguridad y los valores”), pero la llamada encuentra un eco discreto. El mismo mes, las cumbres de los BRIC en Pekín o el Foro Económico de San Petersburgo, han demostrado una vitalidad considerable, tratando de vías comerciales, sistemas bancarios y de pagos alternativos independientes del control financiero occidental, alianzas económicas y suministro de energía. Las analogías y prevenciones suscitadas en todo el mundo no occidental por el robo de las reservas del Banco de Rusia en Estados Unidos (300.000 millones), y la utilización policial de los sistemas de pagos internacionales, fomentan una estampida del dólar y la creación de un Fondo Monetario Internacional para los BRIC.

Con la presente guerra aumentan significativamente los síntomas de una secesión del Gran Sur

Estratégico con respecto al Occidente ampliado, representado por un G-7 cada vez menos capaz de dictar sus reglas al resto del mundo. Las condiciones para ese proceso se desprenden, de dos aspectos fundamentales.

En primer lugar, del factor de la ascendente potencia china, cuya economía, capacidad crediticia e importancia comercial ya se ha hecho suficientemente grande como para presentar alternativas a muchas relaciones y suministros, incluida la alta tecnología, que antes eran monopolio occidental. Ese peso específico de China hace que su posición en el conflicto, subrayando el respeto a la soberanía e integridad territorial de Ucrania y al mismo tiempo identificando una seguridad contra Rusia y a expensas de Rusia en Europa como la raíz del problema, tenga capacidad de arrastre. Sufriendo el mismo tipo de cerco militar de Estados Unidos y el mismo riesgo de guerra junto a sus fronteras y consciente de la importancia de su “alianza sin límites” establecida con Rusia en febrero, China ha rechazado enérgicamente la presión de Estados Unidos y la Unión Europea para que se sumara a las sanciones. La presentadora de la televisión china Liu Xin resumió en abril esa petición así: “nos dicen, ayúdame a luchar contra tu socio ruso para que luego pueda concentrarme mejor contra ti”. Un mes después, el presidente Xi Jinping le dijo en una conversación telemática al canciller federal alemán Olaf Scholz, que “la seguridad europea debe estar en manos de los europeos”. Un apremio del primer socio comercial de la Unión Europea para que ésta se emancipe de una vez.

El segundo aspecto tiene que ver con las imprevistas consecuencias contra sus autores de las sanciones contra Rusia. La experiencia histórica de las sanciones y bloqueos occidentales contra países adversarios, en Cuba, Irán o Corea del Norte (la Unión Soviética siempre fue objeto de ellas) es que, aunque hacen mucho daño y los endurecen sobremanera, no consiguen doblegar a los gobiernos castigados. Con la Rusia actual la medicina es, además, contraproducente para quien la impone.

Rusia tiene relativamente pocas líneas de suministro extranjeras, una gran capacidad de autosuficiencia y una enorme cantidad de materias primas de las que es suministrador principal de las economías occidentales, por los que éstas y particularmente las europeas, se han dado un tiro en la pierna. No se trata solo de gas y petróleo, para los que Moscú está encontrando mercados alternativos a los occidentales, sino también de: níquel, platino, aluminio, neón (utilizado para producir microchips), titanio, paladio, madera, etc.

La suma de un gran polo económico, financiero y tecnológico chino, y el gran almacén ruso, vigilado por el mayor arsenal nuclear del mundo, crea las condiciones para la referida secesión. La actitud de India, que por lo menos en los inicios de la crisis se está mostrando abierta a la ventajosa cooperación con los dos (¡lo que le permite reexportar hidrocarburos rusos a la Unión Europea!), y poco receptiva a las invitaciones de hostilidad occidentales, configura un potente conglomerado geográfico terrestre entre la frontera de la OTAN y el indopacífico. Esa realidad puede convertir en inefectivas políticas de pasadas épocas como la “contención” practicada contra la URSS durante la Guerra Fría. En todo caso, la observación de este proceso es fundamental para el futuro a medio y largo plazo. Mientras tanto, la evolución de la campaña en el campo de batalla será determinante.

* * *

La guerra de Ucrania nos ha devuelto a un conflicto militar clásico entre ejércitos con un potencial

comparable. Dos grandes ejércitos, con clara superioridad numérica ucraniana y un intenso flujo de información y armas occidentales para compensar la superioridad artillera, aérea y misilística rusa, es algo que no tiene mucho que ver con las guerras llevadas a cabo por Occidente en Yugoslavia, Irak, Afganistán o Libia, donde Estados Unidos y sus aliados se dedicaron a suprimir los obsoletos sistemas de defensa aérea del enemigo desde una superioridad técnica y numérica abrumadora. Occidente ya no estaba familiarizado con algo así. Por parte rusa, el guion también es muy diferente al registrado en el conflicto con Georgia de 2008 o al de la intervención en Siria a partir de 2015, estima el experto ruso Vasili Kashin. Pero siendo esta guerra un conflicto entre la OTAN y Rusia por país interpuesto, hay que preguntarse por la determinación y voluntad de cada bando.

“La guerra de Rusia y China contra la hegemonía occidental es equiparada por sus pueblos a una guerra existencial”, observa el ex diplomático británico Alastair Crooke, que augura una empresa difícil. “Para ellos no se trata solo de tomar menos duchas calientes, como para los europeos, sino que se trata de su propia supervivencia, y, por lo tanto, su umbral de dolor es mucho más alto que el de Occidente”. El régimen ruso, que se juega una quiebra si pierde la partida, pondrá “más voluntad política, asumirá más riesgos y sufrirá mayores consecuencias para lograr el resultado final porque para nosotros Ucrania es periferia, mientras que para ellos es central”, señala Brendan Dougherty, otro observador anglosajón. Este diagnóstico ha ido cambiando a lo largo de la guerra.

En los primeros meses, cuando fracasaba el escenario contemplado por el Kremlin de un desmoronamiento del ejército regular ucraniano con huida del gobierno ante la proximidad de las tropas aerotransportadas rusas (el llamamiento de Putin a los militares ucranianos, el primer día de la invasión, para que tomaran el poder y se entendieran directamente con él, dio una pista de tal expectativa), se abría paso el pronóstico de una catástrofe rusa. La reacción militar de la OTAN, disciplinando lo poco que quedaba de aspiración autónoma en la Unión Europea, adoptando sanciones sin precedentes y proporcionando ayuda militar a Ucrania, no hizo más que reforzarlo. Ahora, cuando la ofensiva rusa de artillería está batiendo a los ucranianos en el Dombás y avanza lentamente posiciones, mientras en Occidente se toma conciencia de la grave disrupción que sus propias sanciones ocasionan en el comercio mundial, creando problemas aparentemente irresolubles, los acentos cambian. Rusia puede ganar, se dice. Por supuesto que la situación está abierta a nuevos bandazos que invaliden por completo el actual, pero ¿qué significa una victoria militar de Rusia?

En el supuesto de que su ejército consiga imponerse en todo el sureste de Ucrania, la situación no será estable en las zonas ocupadas. Bien con presencia militar, bien con administraciones filorrusas, lo más probable es que, por pequeña que sea la resistencia activa al nuevo orden (resistencia que por descontado será apoyada por lo que quede del gobierno de Kiev y sus patrocinadores occidentales), el estado de cosas solo podrá ser represivo, con atentados “terroristas”, desaparecidos, tortura y represión. El conflicto no se acabará con una “victoria” militar rusa en Ucrania. Sea cual sea el desenlace militar, la crisis va para largo y el hecho de la fragilidad de todas las partes implicadas en ella añade incertidumbre.

La fragilidad de Rusia es conocida, pero ¿qué pasa con la Unión Europea, desarbolada como consecuencia de sus propias sanciones? ¿Se mantendrá estable su carácter de subalterna de la OTAN cuando sus sociedades y economías nacionales paguen el precio de esa subordinación en

forma de recesión?

La situación al otro lado del Atlántico puede ser incluso peor. En enero de 2021 hubo algo parecido a una intentona golpista en Washington. La brecha social entre la ciudadanía común y la élite, tantas veces evocada en el caso de Rusia, se está haciendo abismal en Estados Unidos. Allí el sistema representativo está averiado, la república secuestrada por los *lobbies* y el complejo militar industrial, y el capitalismo financiero orientado hacia el beneficio cortoplacista y especulativo de una clase rentista es incapaz de invertir en desarrollo social. En ese país con el presidente desprestigiado, una inflación elevada y una previsión de deterioro de la capacidad adquisitiva, el regreso a la Casa Blanca de Donald Trump o de alguien similar y el escenario de graves conflictos internos parece bastante plausible. ¿En qué quedará en ese caso la “revigorizada alianza occidental”?

En cualquier caso, con todos los actores fragilizados, la tentación de resolver bélicamente la vieja máxima de Gramsci sobre la crisis como situación en la que “lo viejo se está muriendo y lo nuevo no puede nacer”, cobra aún mayor fuerza. Por eso, el gran peligro de la guerra de Ucrania sigue siendo una guerra aún mayor entre potencias nucleares.

[Fuente: [Blog del autor](#)]

Rafael Poch de Feliu

Más sobre los motivos de la guerra

En [uno de los artículos más interesantes](#) que se han leído hasta ahora sobre la guerra de Ucrania, el joven sociólogo ucraniano Volodímir Ishchenko tiene el mérito de situar el conflicto en lo que suele describirse como “una perspectiva de clase”.

Ishchenko dice, con muy buen criterio, que, sin entender la naturaleza, la economía y la manera de funcionar de las élites postsoviéticas —que no son “soviéticas” ni “realsocialistas”, sino capitalistas— nunca se entenderá este conflicto. Esa incompreensión es la que explica muchos errores en los diagnósticos sobre la guerra. Dejo de lado los de quienes en Occidente ven en la Rusia actual “una especie de Unión Soviética”, entendiendo por esta no la real, sino una URSS por ellos imaginada, nacida de las ilusiones y la desesperación de tantos adversarios del capitalismo, pero sin demasiada relación con las crudas realidades de la Unión Soviética existente. En ese ámbito se reduce la invasión de Ucrania a mera respuesta y se diluye su criminal naturaleza.

Entre los más críticos con Rusia, muchos cargan las tintas en el “imperialismo” de Moscú o en la voluntad de restablecer territorial y políticamente espacios de la antigua Unión Soviética. Otros apuntan a las ideologías nacionalistas o euroasianistas que se habrían instalado en el Kremlin —actuar contra eso explicaría el atentado fallido contra un marginal pensador de la derecha nacionalista rusa que acabó con su joven hija en Moscú—, y muchos otros mencionan, una y otra vez, el fanatismo o la maldad de Putin, dentro de la habitual narrativa infantil hollywoodense de amplio consumo —la “lucha entre democracia y autocracia”, en palabras de Biden—, particularmente popular entre los periodistas del rebaño atlantista. Nada de todo eso sirve para entender lo que ocurre.

Imperialismo no es simplemente invadir otro país, sino usar el poder y la fuerza, incluida la invasión y la fuerza militar, para obtener recursos económicos. Rusia ya cuenta con muchos recursos y no tiene la necesidad de ampliarlos. La invasión de Ucrania solo le reporta a Rusia perjuicios económicos y, desde luego, ningún beneficio. Los discursos sobre el Occidente “satánico” o sobre el borrado de Ucrania en el contexto de “un solo pueblo”, el *rusски mir*, o el “régimen nazi”, son eso, discursos, taparrabos que ocultan y adornan los motivos de fondo. Entre estos, sin duda, se encuentra el cierre en falso de la Guerra Fría y la provocadora expansión militar de la OTAN hacia las mismas fronteras de Rusia. Ahí sí que hay un aspecto real, que los militares, a diferencia de los periodistas, entienden perfectamente. ¿Cuáles son los motivos que han empujado a esa dinámica? ¿Cuál es la contradicción entre Occidente y Rusia que alimenta esta extrema deriva militar? Ahí es donde el “análisis de clase”, si se me permite un término tan caricaturizado y abusado, resulta útil. Me refiero al examen de los intereses de los grupos dirigentes que animan, a un lado y a otro, este abominable e infame conflicto militar que tanto sufrimiento humano y tanto desastre está ocasionando.

De la parte occidental el asunto es conocido: los recursos de Eurasia contenidos en el espacio postsoviético son el botín de nuestro sistema depredador en este pulso. Para Occidente, Ucrania representa grandes intereses: un gran mercado de consumo, una enorme fuerza de trabajo

barata y cualificada, unos ingentes recursos naturales, como es el de una tierra muy fértil cuya privatización en beneficio de grandes multinacionales ya se está imponiendo contra la voluntad de los ucranianos. Finalmente, Ucrania es fundamental como plataforma geopolítica para contener el desafío de Rusia al hegemonismo de EE. UU. y cortar drásticamente el gran proceso de integración euroasiática promovido desde Pekín con la llamada Nueva Ruta de la Seda (B&RI), que deja definitivamente fuera del escenario a Estados Unidos. Si Occidente se sale con la suya, el siguiente paso será intentar abrir los recursos de Rusia a la rapiña de las transnacionales, que en su inmensa mayoría son empresas bajo su control.

¿Por qué todo este conglomerado de intereses choca frontalmente con el interés de la élite rusa hasta haber degenerado en una “guerra por procuración” abierta entre Rusia y la OTAN en Ucrania? Para responder a esto hay que entender las diferencias entre dos clases capitalistas excluyentes por la dinámica de su depredación.

Con el fin de la URSS concluyó el poder de aquella “especie de clase” que el principal analista soviético en la materia, Marat Cheskov, un expreso de los campos de Mordovia que llegó a investigador del Instituto de Relaciones Internacionales de Moscú (IMEMO), bautizó como *estadocracia* y que en el lenguaje popular de los soviétólogos se conocía bajo el inconsistente término de “nomenclatura”.

La *estadocracia* unificaba y concentraba las cinco funciones esenciales: el poder político, la propiedad, la ideología, la dirección y la organización. Elementos de la *estadocracia* existieron en otras sociedades; en el Brasil de los años treinta y setenta del siglo XX, en varios países en desarrollo, en la Francia del general De Gaulle, en la Italia de la Democracia Cristiana y hasta en la España franquista. Pero fue la URSS la que creó su versión “total” y la elevó hasta su expresión más absurda. Ese absolutismo era el que privaba de oxígeno a la sociedad soviética y arrojaba un ambiente tan asfixiante en el difunto superestado soviético. La *estadocracia* realizó la modernización soviética sin crear no ya una sociedad civil, sino una sociedad. Por eso fue incapaz de transformarse y fracasó en sus tres intentos; con Lenin y la NEP, con Jrushchov en los años sesenta y con Gorbachov en los ochenta. La *estadocracia* fue adecuada para aquella modernización que resultaba de la industrialización y para el crecimiento extensivo, pero se demostró completamente inútil para la modernización postindustrial en las condiciones de lo que en la URSS se llamaba “revolución científico-técnica” con un desarrollo intensivo. En agosto de 1991 esa *estadocracia* dejó de existir.

Concluí en 2002, en mi modesta crónica del desmoronamiento soviético (*La Gran Transición. Rusia, 1985-2002*), preguntándome qué le sucedería a aquella *estadocracia* y apuntando el enorme problema que significaba para el futuro de Rusia la ausencia de un modelo socioeconómico de desarrollo y un marco institucional mínimamente sostenible y viable. Entonces escribí:

“¿Qué hay en la Rusia de hoy en el lugar antes ocupado por la *estadocracia*? La pregunta está abierta. En el ‘Estado de Mercado’, hay un conglomerado, hay un caos, elementos de lo que en Occidente se llama ‘burguesía de Estado’ (la vinculada a los monopolios energéticos), de funcionarios de la nomenclatura, de nuevos magnates y nuevos ricos de diversas procedencias. Se puede discutir qué es eso, cómo llamarlo y dónde clasificarlo. Se puede también ‘denunciar’ esa transformación como una ‘restauración termidoriana’ en el sentido de lo profetizado por

Trotsky y de lo percibido por André Gide en 1936 ('esta aristocracia burocrática se convertirá en aristocracia de dinero en una generación'). Pero la *estadocracia*, como tal, ya no existe. Ya no hay unificación y monopolio de las cinco funciones; poder político, propiedad, ideología, dirección y organización. Esa es la noticia y la nueva ventaja [...] porque permite el nacimiento de la 'sociedad' (fase superior de la 'población') en todas sus manifestaciones; económicas, ciudadanas, políticas y psicológicas".

Eso era hace veinte años.

Hoy el Gobierno de Putin ha ordenado algo aquella situación. Comenzó con el sector energético y continuó en otros ámbitos. Aquel "conglomerado" al que nos referíamos hace veinte años se ha aclarado y sedimentado. Analistas de la izquierda rusa, como Aleksandr Buzgalin y Andréi Kolganov de la Universidad Lomonosov de Moscú, definen el actual sistema ruso como un capitalismo burocrático basado en el acuerdo entre la burocracia y el capital privado. En ese sistema, el Estado permite al capital ganar dinero como sea y, a cambio, el capital no debe meterse en política. La propia burocracia participa activamente en la depredación. La rapiña de los enormes recursos de Rusia es monopolio de la élite capitalista rusa. De puertas para fuera, su sistema no permite que los intereses de la depredación extranjera se instalen en su coto, más allá de determinado nivel que ponga en peligro su propia depredación. El sueño occidental es convertir a la élite capitalista rusa en mera intermediaria, como se apuntaba en la época de Yeltsin, y eliminar las barreras que obstaculizan el libre acceso a lo que hoy se parece mucho a un coto privado.

Ishchenko utiliza el concepto del sociólogo húngaro Iván Szelényi "capitalismo político" para describir el tipo de sistema que hoy tenemos en gran parte del espacio postsoviético (Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Kazajistán...). "El capitalismo político florece allí donde históricamente el Estado jugó un papel dominante en la economía y acumuló un inmenso capital, que ahora está abierto a la explotación privada". El sujeto de ese sistema, continúa Ishchenko, "es un grupo social cuya ventaja competitiva no se deriva de la innovación tecnológica o de una fuerza de trabajo particularmente barata, sino de beneficios selectivos del Estado". En Occidente puede sonar muy abstracto, pero esto es algo que los rusos y los ucranianos de a pie entienden perfectamente porque lo viven cada día. Los "capitalistas políticos" necesitan un control mucho más firme sobre la política que la burocracia estatal normal de cualquier sistema capitalista occidental. Por supuesto, más allá de cierto límite no quieren competidores en su coto. La reclamación de "soberanía" y "zonas de influencia" formulada por el Kremlin no tiene que ver con "imperialismos" ideológicos, ni con caducas obsesiones territoriales ("reconstruir el espacio de la URSS", como repiten tantos periodistas y expertos), sino con la necesidad que tiene el capitalismo político ruso de acotar un territorio en el que ejerce su monopolio depredador sin la interferencia exterior de sus competidores globales, explica Ishchenko.

Lo ideal, y lo que Putin ha reclamado siempre, habría sido un pacto *gangsteril* sobre zonas de influencia, pero el gran matón global no ha accedido. Tampoco con China, lo que explica el acercamiento entre los dos capos de Eurasia ante la común hostilidad del gran Padrino, pese a que tanto en Moscú como en Pekín se habría preferido un acuerdo con Washington que permitiera una, por decirlo de alguna manera, "coexistencia pacífica de oligarquías".

En este choque de trenes entre clases capitalistas excluyentes en su dinámica, Rusia es mucho

más vulnerable. [La guerra rompe el contrato social](#) que el Kremlin mantiene con su población (“tú haz lo que quieras, siempre que no conviertas nuestra vida en un infierno como el de los noventa”), porque ahora el nivel de vida se deteriora, el autoritarismo del régimen aumenta y encima hay que enviar a los hijos a la guerra. La clase media rusa de profesionales, excluida de las oportunidades del “capitalismo político” y mermada en su modo de vida, puede hacer causa común con los intereses extranjeros (de ahí la intimidadora etiqueta preventiva de “agente extranjero” que el régimen repartió entre el ámbito de las organizaciones no gubernamentales, etc.). Respecto a las clases populares, si el régimen no altera radicalmente el contrato social y ofrece más reparto, su humor puede evolucionar hacia un verdadero estallido social del que el “no a la guerra” puede ser detonante como lo fue en el pasado en la historia rusa.

El resultado de la guerra de Ucrania es, ciertamente, “existencial”, pero no para Rusia, sino para su grupo dirigente. Y en esa incertidumbre pesa más la ruptura del “contrato social” que está teniendo lugar entre los de arriba y los de abajo en Rusia, que la evolución de los acontecimientos en el campo de batalla en Ucrania. Naturalmente, ambos aspectos están relacionados. Una “corta guerra victoriosa” habría cambiado las cosas, por más que, incluso en esa hipótesis, el resultado habría sido dudoso para Moscú. Como alguien ha dicho, “hay que volver a ver *El acorazado Potemkin*”, aquel motín de marineros hartos de encontrar gusanos en el rancho que abrió paso a la revolución de 1905.

[Fuente: [Ctxf](#)]

Pere Ortega

El esperpéntico aumento del gasto militar de 2023

La propuesta presentada por el Gobierno de coalición de presupuesto para su aprobación en el Congreso de Diputados para el año 2023 es, en algunos ámbitos sociales, beneficioso para la mayoría de la población, pues al tratarse de un presupuesto ligeramente expansivo, ya que propone un crecimiento de un 10,7% respecto a 2022, con el ánimo de hacer frente a la crisis que atenaza a España y Europa por culpa de la guerra de Ucrania (de la que en buena parte son responsables sus gobiernos por no buscar una salida a esa guerra). Un presupuesto donde seis de cada diez euros se destinarán a gasto social, con importantes aumentos para pensiones, o la atención a la dependencia, ayudas a la ciencia, a la I+D+i, donde Sanidad aumentará un 6,7% y educación un 6,6%.

Pero esos buenos propósitos se difuminan cuando se constata que el presupuesto del Ministerio de Defensa para 2023 propone que aumente un 25,8% y alcance los 12.317 millones frente a los 9.791 millones de 2022. Una propuesta que quiere convertir en realidad la promesa hecha por Pedro Sánchez de aumentar el gasto en defensa en 2.500 millones para el año próximo y así cumplir con el 2% del PIB comprometido en la cumbre de la OTAN del pasado mes de junio en Madrid junto al resto de países de la Alianza Atlántica.

Pero a pesar de ese espectacular aumento del gasto del Ministerio de Defensa, muy por encima del resto de ministerios, aún hay muchos más incrementos en gasto militar, especialmente a través de dos fórmulas engañosas. Una a través de créditos extraordinarios que por un importe de 1.601 millones surgirán desde el Ministerio de Industria en ayudas de I+D para las industrias de defensa para financiar los Programas Especiales de Armamentos y que aumentan un vertiginoso 126% con respecto a 2022. La segunda, a la que se recurre todos los años, es la transferencia de crédito que se realizan desde el Fondo de Contingencia, un capítulo pensado para hacer frente a imprevistos desde donde se sufragan las misiones militares en el exterior y también inversiones en armamentos. Así, este mismo año de 2022 el presupuesto de Defensa ya se ha incrementado en diversas ocasiones para hacer frente a diversos menesteres. Para sufragar el despliegue militar en la guerra de Ucrania, (Consejo de Ministros de 08/03/2022) de 569,85 millones; de 632,5 millones para la adquisición de armamentos y otros 367,2 para misiones en el exterior (Consejo de Ministros 05/07/2022); una transferencia de crédito por importe de 1.110,7 millones del Ministerio de Sanidad al Ministerio de Defensa para financiar el Plan de Inversiones en Equipos de Alta Tecnología (INVEAT) de los hospitales militares (Consejo de Ministros 13/09/2022); y por último, 29,75 millones para adquirir equipos de radio para las unidades del ejército destinadas en torno a Rusia (Consejo de Ministros 20/09/2022). En total, este año de momento se han incorporado al Ministerio de Defensa 2.847 millones, una cifra que seguramente antes de finalizar el año se volverá a incrementar.

El grueso del gasto militar en 2023 se destinará a inversiones en armas que recibirán 7.743 millones entre I+D y el pago de armas a las industrias militares, y que representan el 30% del total de las inversiones del Estado central (sin contar las inversiones de las Autonomías). De los cuales, 4.101 millones, estarán destinados a sufragar los denominados Programas Especiales de Armamentos (PEAs).

Pero aún hay más. Las partidas que pertenecen al ámbito militar y que están repartidas por otros ministerios y que la misma OTAN aconseja a los países miembros deben contemplar como gasto militar, a saber: las pensiones de los militares, la mutua sanitaria de los militares, los cuerpos militares como la Guardia Civil, las pensiones de guerra o los costes por participar en organismos militares internacionales. Si sumamos todo ello, el gasto militar del Estado español para 2023 sumará la increíble cifra de 26.208 millones, 75 millones diarios, y superará el deseado por Pedro Sánchez 2% del PIB hasta alcanzar el 2,12% del PIB.

Un colosal gasto militar que se justifica porque esos grandes Programas de armas (PEAs) crean empleo y suponen un avance tecnológico que en su trasvase a los ámbitos civiles suponen un mayor desarrollo. Una justificación mendaz, pues los analistas que han estudiado esta cuestión sostienen lo contrario, que las tecnologías militares representan una pérdida de oportunidad para la economía productiva por los altos costes de inversión en I+D y armas que necesitan, con el añadido, de que no existe un mercado de armas, pues éstas solo son adquiridas por los Estados produciendo déficit e inflación. Además de ser antisociales, al enfrentar la fabricación de bienes de consumo a productos que no lo son como los tanques.

Con todo lo indicado, el supuesto presupuesto social de este Gobierno salta por los aires al dedicar buena parte del presupuesto a la carrera armamentística que ha desencadenado esa guerra de Ucrania, para mayor satisfacción del complejo militar industrial español que, de la mano del PSOE consigue que sus socios de Gobierno de Unidas Podemos se coman ese enorme sapo de gasto militar.

[Fuente: [Público](#)]

Pere Ortega

El realismo político de Nicolas Sartorius y la izquierda

Un artículo de Nicolas Sartorius, [“El gasto militar: una cosa y su contraria”](#), aparecido en *elDiario.es* del 10 de setiembre pasado, me empuja a precisar algunas cuestiones sobre una materia a la que he dedicado tiempo y esfuerzo en comprender. En primer lugar, es un artículo escrito desde el realismo político, es decir, considerando utópicas las propuestas alternativas a la seguridad basadas en el uso de la fuerza militar, pues las inseguridades y amenazas en las que vive nuestro mundo, según Sartorius, hacen necesario recurrir a la defensa militar para proteger a sus poblaciones.

Esa propuesta surge desde el desconocimiento de que en el mundo actual hay 32 estados que no disponen de fuerzas armadas. Unos porque sus escasas dimensiones y población hace imposible tenerlas, otros, como Islandia, Costa Rica o Panamá porque han establecido convenios de seguridad con terceros para que los protejan. Pero lo cierto es que la mayoría de ellos se las han ingeniado para establecer relaciones de amistad y de seguridad compartida con sus Estados vecinos para evitar ser absorbidos; y los menos, porque tienen su seguridad subrogada a terceros, cosa que permite a unos y otros ahorrar el enorme dispendio que representa disponer de un ejército.

Pero hay otra cuestión planteada por Sartorius que es más inquietante, cuando aboga a principios identitarios de la izquierda para rechazar el antimilitarismo. Pues, según él, el antimilitarismo nunca ha sido patrimonio de la izquierda. Esto es un error de bulto, pues la izquierda es históricamente antimilitarista. A saber, el militarismo se define como una ideología que pretende incidir en todos los ámbitos de la sociedad, con especial atención en las políticas de Gobierno para que los valores militares prevalezcan por encima, o cuando menos sean igual de relevantes que los de carácter civil. Se trata de que las fuerzas armadas tomen una dimensión superior a la función para las que fueron creadas: la defensa armada del estado/nación. Un militarismo que pretende influir en las decisiones de los gobiernos hasta el extremo de condicionar la política de los estados en materia de seguridad y defensa. Entonces, hay que entender el militarismo como una perversión del hecho militar, y, en ese sentido, es lógico y comprensible que la izquierda siempre se haya definido como antimilitarista.

Marx, Lenin, Che Guevara y otros, aunque apoyaran la violencia armada fueron antimilitaristas. Como también lo fueron los pacifistas Gandhi, Luther King, Nelson Mandela y tantos otros. Otra cosa es que mientras los primeros consideraron que el uso de la fuerza armada podía conducirnos a un mundo más armonioso; los segundos, los pacifistas, creían lo contrario, que los conflictos no se pueden resolver mediante el uso de la fuerza armada, y abogaban por el desarme, la reducción de los ejércitos y como no, del gasto militar.

Reducción del gasto militar que desde la economía crítica han defendido diversos e importantes intelectuales, Kenneth Boulding, Seymour Melman, Wassily Leontief y otros que lo han denostado por ineficiente, pues ejércitos y armamentos crean endeudamiento, inflación y destruyen la economía productiva en cualquier sociedad.

Pero hay más falacias detrás del gasto militar. No existe ningún canon, ni modelo que demuestre que el gasto militar debe ser el 2%, el 3% o el x% del PIB de un Estado. Mientras sí que tenemos espectaculares ejemplos de desarrollo gracias a ejemplos de no tener gasto militar. Así ocurrió en Alemania y Japón después de la II Guerra Mundial, cuando se les prohibió tener ejército e industria militar logrando sólo en diez años tener sendos milagros de desarrollo económico. Y, en sentido contrario, tenemos el precedente de la extinta URSS, donde se llegó al extremo de dedicar hasta un 25% y 30% de su PIB en gasto militar para mantener una carrera de armamentos convencionales y nucleares con sus rivales de Estados Unidos y la OTAN, mientras mantenían las estanterías de sus comercios vacías de productos de consumo, lo cual los condujo, entre otras causas, al colapso de 1991.

Pero, en cambio, sí que existe una recomendación de Naciones Unidas sobre gasto militar. En su Informe de Desarrollo Humano de 1991, aconsejaba a los Estados no destinar más allá de un 1% de su PIB a menesteres militares, y que el resto del gasto militar que excediera de ese 1% se destinara a desarrollo de los países entonces llamados del Tercer Mundo (hoy empobrecidos). Algo que desde luego nadie cumplió.

Con respecto al gasto militar de España, Sartorius, que es una persona informada, ya advierte que éste alcanzó el 1,78% del PIB en 2022, y, por tanto, sólo es cuestión de formalizar como gasto militar todas aquellas partidas que están repartidas por otros ministerios. Lo que no menciona es que ese gasto, según mis cuentas (ver <https://bit.ly/3xlhtJW>) alcanza este año la colosal cifra de 22.796 millones (62 millones diarios); y que además, en lo que llevamos de año ya se ha incrementado en dos ocasiones para hacer frente a los gastos derivados de las misiones militares españolas en el exterior, en especial por la guerra de Ucrania (Consejo de Ministros de 08/03/2022) de 569,85 millones, y (Consejo de Ministros 05/07/2022) de 632,5 millones para misiones y otros 367,2 para adquisición de armamento. En total 1.569,5 millones, una cifra que seguramente antes de finalizar el año se incrementará. Y, para el año próximo, existe la propuesta del actual Gobierno de Pedro Sánchez de incrementar el presupuesto de Defensa en 2.500 millones, con lo cual ya se puede situar por encima del 2% del PIB que se reclama. Cuando, por el contrario, si se siguen los consejos de la economía crítica, del PNUD de la ONU, o de la International Peace Bureau (premio Nobel de la paz de 1910), deberíamos reducir el gasto militar para contribuir al desarme, frenar la carrera de armamentos y al militarismo que subyace en las grandes potencias para que posibilite un mínimo denominador común de equilibrio militar entre Estados que facilite la convivencia y una casa común para Europa y el mundo.

Ya que Sartorius invoca a Kant y su Paz perpetua, es bueno recordar que, en ese imprescindible texto, Kant abogaba por una sociedad de naciones con un Gobierno mundial dotado de un cuerpo militar con capacidad de intervenir en conflictos entre naciones, algo que posibilitaría la desaparición de los ejércitos nacionales.

Mientras eso no llega, no hemos de desesperar, pues si antes abolimos la esclavitud y la pena de muerte —aunque aún existan en algunos lugares— también podemos soñar en abolir la guerra, y

con mucha más razón, reducir las posibilidades de que se produzcan nuevas no aumentando el gasto militar. Para finalizar, seamos claros, si deseamos que algún día España, Europa y el mundo alcancen sociedades más justas, fraternales y en paz se deberá abandonar el *Si vis pacem, para bellum* y abogar por el desarme.

[Fuente: [Público](#)]

Agustín Moreno

Ayuso declara la guerra a la universidad

Coincidiendo en el tiempo, se han producido dos hechos aparentemente inconexos, que la presidenta de la Comunidad de Madrid se ha encargado de unir: un debate sobre la universidad en la Asamblea de Madrid y la berrea machista en un colegio mayor. Díaz Ayuso, para no condenar que llamar putas a las mujeres es destruir la convivencia, acusa a la universidad de ser enemiga de la libertad. Su “guerra cultural” contra los valores democráticos no deja prisioneros.

1. El 6 de octubre los tres grupos progresistas de la Asamblea de Madrid presentamos una Proposición No de Ley (PNL) sobre la universidad madrileña. No era una PNL al uso, sino un grito de socorro de las universidades públicas de Madrid acosadas por la escasez presupuestaria y la multiplicación de universidades privadas.

Las universidades públicas de Madrid están prácticamente quebradas. Para que se entienda: los presupuestos universitarios no llegan a cubrir el 100% de los gastos y ni siquiera los de personal. Ello sitúa a algunas universidades en situación de riesgo de insolvencia, que sólo ha podido ser superado mediante mecanismos insostenibles en el tiempo. Recordemos que Madrid es la comunidad más rica y de las que menos invierte en universidad y en investigación.

Por otro lado, con la Universidad se pretende hacer lo mismo que con la educación no universitaria: crear un modelo ultraliberal que estrangule a las públicas al tiempo que se fomentan iniciativas puramente especulativas. Esta estrategia erosiona el concepto de universidad y de lo público. ¿Se puede llamar universidad a quien se publicita diciendo “que aquí solo se habla de *business*”? Madrid tiene seis universidades públicas y trece privadas, un tercio de todas las de España (cinco de ellas aprobadas en los tres últimos años) y 25 centros adscritos, muchos de dudosa calidad.

De ahí que la PNL propusiera un Acuerdo de financiación plurianual con las universidades públicas que garantice la totalidad de los gastos de personal. La reducción de las tasas y precios públicos hasta situarse en la media de los costes del sistema universitario y con progresividad. Un plan de Renovación y creación de Infraestructuras Educativas y Científicas con contratos programa con cada universidad pública en materia de I+D. Y un Plan integral de reducción de la precariedad en el empleo de PDI y PAS.

2. Ese mismo día conocimos los bárbaros cánticos machistas de los alumnos del colegio mayor Elías Ahúja. Son tan deleznable que no quiero repetir en este artículo las burradas proferidas. Lo único positivo es conocer cómo se está educando a los que aspiran a ser la élite de este país. Porque esta es la pregunta: ¿qué tipo de mala educación y de antivalores reciben estos jóvenes para llegar a esto?

Cuando conocimos a otro grupo de un colegio privado de Palma de Mallorca que se fotografiaba con el saludo fascista y una bandera de España con la sigla “Vox”, [hubo quien dijo que se estaba poniendo de moda ser facha](#). La cuestión no es que esté de moda ser facha, sino que a veces la educación recibida conduce a ello. Ese es el tema de fondo: no son un grupo de chicos que hacen el gamberro en colectividad, sino jóvenes educados intencionadamente en una ideología

clasista, machista y conservadora, muchas veces con el dinero de todos los ciudadanos. Observemos hechos que nos pueden ayudar en la reflexión.

Hay colegios del Opus que segregan por sexos que el gobierno de Madrid financia con 50 millones de euros al año. Se privatiza la educación impulsando los conciertos educativos: en Madrid capital, más del 60% del alumnado está escolarizado en centros concertados y privados; la consecuencia es un modelo educativo profundamente segregador y clasista. La oposición del Gobierno de Madrid a currículos democráticos que formen en igualdad, multiculturalidad, sostenibilidad, educación afectivo-sexual..., es decir, que eduquen en derechos humanos. Los cheques escolares alcanzan a familias ricas para que lleven a sus hijos a los colegios privados y suponen 212 millones de euros.

Una diputada de Vox llegó a decir en la Asamblea de Madrid que el mejor pin parental era el cheque escolar. Es decir, transferir alumnado a la privada para controlar su educación ¿Por qué ahora nos escandalizan los gritos del Ahúja si se adoctrina a jóvenes en valores conservadores y patriarcales, y se normalizan socialmente los discursos negacionistas de la violencia de género?

3. Isabel Díaz Ayuso se ha negado a condenar los intolerables sucesos del colegio mayor Ahúja. Es una obscenidad, aunque sean sus votantes, sus cachorros. Podría haberlo hecho recurriendo a la tradición, que tampoco lo explicaría, porque la tradición también era el toro de la Vega o tirar a una cabra desde un campanario. Lo más grave es el argumento utilizado: “A mí lo que me sorprende, sobre todo, es que la Fiscalía esté para investigar esto, mientras en la universidad, a lo largo de los años, hemos visto en numerosas ocasiones pancartas a favor de los presos de ETA, hemos visto cómo han acosado y han montado escraches a profesores y alumnos impidiendo conferencias en libertad...”.

Es mentira. La universidad no tiene un problema de falta de libertad. Es una institución socialmente bien valorada y está fuera de dudas su honorabilidad. Es el gobierno de la Comunidad de Madrid quien ataca su libertad, porque pauperizando a las universidades públicas quiere controlar la libertad académica y la capacidad crítica. Sin suficiencia financiera no hay autonomía universitaria.

Ayuso, con su guerra cultural, abre un nuevo frente para debilitar y destruir a las instituciones democráticas y la Universidad es una de las más importantes. Decir que no hay libertad en la Universidad es, curiosamente, el mismo argumento que utilizó Vox en la Asamblea para oponerse a la PNL sobre Universidad arriba comentada. Ojo, no es una improvisación, es otro bulo más de la ultraderecha en el que insistirán. Es un ataque frontal a la institución universitaria y a su libertad académica que es un pilar de la democracia. Es tan grave poner en cuestión a la universidad y los valores sobre los que hemos construido nuestra convivencia, que Díaz Ayuso debería retractarse.

Las Universidades tienen mucho que decir. Ante la asfixia presupuestaria, ante la proliferación de sucedáneos universitarios privados y ante el ataque a su honorabilidad. El silencio en este momento supondría complicidad. Defendamos la Universidad pública. Es una prioridad política para alcanzar una sociedad justa y democrática en el siglo XXI.

[Fuente: [Público](#). Agustín Moreno es diputado de Unidas Podemos en la Asamblea de Madrid]

Peio H. Riaño

Caravaggio, ese luminoso rescate del comunismo italiano

La cancelación más sonada de la historia del arte no es la de Pablo Picasso, que [ni se ha insinuado cincuenta años después de su fallecimiento](#). La tormenta de insultos y críticas que sufrió la obra de Michelangelo Merisi da Caravaggio (1571-1610) al poco de su muerte silenció, durante casi cuatro siglos, al maestro del Barroco. Quedó arrinconado porque sus queridos enemigos se apresuraron a rendir cuentas con el ariete del realismo y escribieron, entre otras lindezas, que por más fuerza real que tenían sus personajes, carecían “de movimiento, afecciones y gracia”. Y de esta manera la corriente clasicista se impuso a la naturalista que el Merisi representaba y así sucedió el triunfo del boloñés y empedernido misógino Guido Reni. La idea ganó a la verdad y la llama del *caravaggismo* que iluminó Europa el primer cuarto del siglo XVII se apagó. Hasta 1951.

Esa es la fecha del renacimiento del gurú del Barroco. Con 61 años el maestro de maestros, Roberto Longhi (1890-1970), consagra a Caravaggio con la primera gran exposición retrospectiva de su obra, en el Palacio Real de Milán. En 1912 ya había incluido al Merisi en la exposición colectiva *Mostra del Seicento e del Settecento*, en el Palacio Pitti de Florencia. El análisis que Longhi escribió para la muestra de 1951 es un hecho histórico: acabó con la cancelación que habían alimentado pintores como Poussin, que en 1650 llega a Roma y al conocer la obra de Caravaggio le acusa de “haber venido al mundo para destruir la pintura”. O Stendhal, que pasea por Roma entre 1828 y 1834 y en sus crónicas alaba la obra de Reni y critica la del otro.

Aquella exposición se celebró con una cantidad de obras del maestro que hoy sería imposible conseguir reunir todos esos préstamos. Longhi animó al público a “leer un pintor que ha buscado ser “natural”, comprensible, humano más que humanista; en una palabra, popular”. “Caravaggio renace en una Italia donde el mundo intelectual es marxista y se reivindica en las clases obreras y en el realismo que abarca la estética del momento, especialmente el cine. Caravaggio es un icono marxista, popular y realista en la Italia de 1950: no hay otro maestro antiguo tan contemporáneo”, indica Artur Ramón, historiador del arte, galerista, coleccionista y de los escasos especialistas en la obra del artista y del historiador italiano. Ramón es el responsable del prólogo a *Caravaggio*, el texto corregido y aumentado por Longhi, en 1968, que la editorial Elba publica ahora por primera vez en castellano.

Un pintor moderno

Así que Caravaggio es un invento moderno, pero no fruto de la casualidad. La revolución de la verdad que encajó en el gusto de la implacable Contrarreforma católica coincidió con los anhelos realistas de la Italia que abandonaba la Segunda Guerra Mundial y decía “no” al fascismo y buscaba la justicia social. El pintor que transformó la mitología en calle, el artista que convirtió lo sagrado en cotidiano, el que demostró que el arte no reside en la historia que narra, sino en la verdad humana que muestra, Caravaggio, fue la inspiración de Pier Paolo Pasolini (1922-1975). El director de *El Evangelio según San Mateo* (1964) conoció de estudiante a Caravaggio en las clases de Roberto Longhi, en la Universidad de Bolonia. Y su encuentro con el pintor cuajó en su

pasión por el cine, como él mismo reconoció.

“De hecho, Pasolini es una especie de Caravaggio revivido y posmoderno, que se identifica tanto con su arte como con su personalidad y su vida de doctor Jekyll y Mr. Hyde. De día es el intelectual o el cineasta refinado que reflexiona sobre temas complejos en busca de soluciones que encuentra en la alta cultura y la belleza, pero al caer la noche, se transforma en un depredador sexual que se pone sus Ray-Ban y va con su coche deportivo en busca del placer que le dan los *ragazzi di vita*, como Caravaggio, chicos marginales que lo llevarán al exceso”, escribe Artur Ramón.

Caravaggio inventó un nuevo modo cinematográfico, escribió Pasolini en 1974, en un texto titulado *La luz de Caravaggio*. Dijo que también creó un mundo nuevo para poner delante del caballete en su estudio, compuesto por nuevos tipos de personas y una sociedad nueva que había estado ahí siempre. Caravaggio pintó a sus semejantes y esta novedad también fue sospechosa por falta de decoro. Los protagonistas eran las pobres gentes y sus historias eran callejeras, pero no históricas. Además es el creador, explicó Pasolini, de una nueva luz, con la que “sustituyó la iluminación universal del Renacimiento platónico por una luz cotidiana y dramática”.

Marxismo y libertad

Longhi culminó el rescate de Caravaggio durante la Italia marxista de la mitad del siglo XX, la neorrealista, y este libro es el mejor testimonio de ello, en el que tampoco evita la imaginación. Lo retrata como si lo hubiera conocido en persona: “Nada prohíbe imaginarlo, por la mañana, como un joven erizado y melancólico mientras adiestra a su perro de lanas...”. Y continúa: “El juego de pelota, las mujeres, la histeria, con los amigos de toda clase y nación, más tarde, también, la cabeza ofuscada por el vino de los Castelli, los alborotos nocturnos, el permiso de armas olvidado, las palabras gruesas a la fuerza pública, los días de cárcel, los enfrentamientos más o menos bruscos con los rivales, las pedradas a la celosía del casero...”. Porque Roberto Longhi no es capaz de separar vida y obra del artista para reconstruirlo en su contexto, para entender que el genio no existe, que se hace o que le hacen.

“La verdad es que cada pintor no ofrece a fin de cuentas sino lo que el mundo le demanda”, apunta Longhi. Pero Caravaggio se resistía a cumplir con las expectativas de sus clientes. En 1604 pinta *La muerte de la Virgen*, hoy en el Museo del Louvre, casi cuatro metros de altura de lienzo en el que ha utilizado a su amiga cortesana Lena Antognetti para interpretar a María fallecida. Viste un simple vestido rojo con mangas largas y una falda ancha que le llega a los tobillos y deja ver los pies descalzos. Un cuadro en el que se ofrecía muy poca esperanza de reencarnación. Es la muerte como final del camino. Un cadáver. Ahora se le considera “el cuadro más profundamente religioso del Seicento italiano”, pero cuando los curas de la iglesia carmelita de Santa María della Scala, en el barrio del Trastevere, le vieron entrar con aquello, lo rechazaron de inmediato. Nunca se llegó a colgar. Era una muerte en el barrio pobre que rodeaba a la iglesia.

Los críticos más conservadores escribían de los artistas más modernos de principios del siglo XVII que cuando debían representar a la Virgen pintaban a una “puta sucia del barrio de los burdeles,” que es lo que hizo Caravaggio en la *Muerte de la Virgen* en la Scala, y fue por eso que los buenos padres no lo quisieron”, escribió Mancini. Caravaggio, el pintor de la clase obrera, había mostrado a una mujer carnal, humana, abandonada, un ser real. Inaceptable. Longhi se

pregunta la razón del rechazo sin explicación: "¿Por qué había hecho con poco decoro a la Virgen hinchada y con las piernas al descubierto?".

Libertad a pesar de todo

Biógrafos como Peter Robb han escrito que en estos años las luchas callejeras debieron de ser un desahogo de las tensiones cada vez más intolerables derivadas de la pintura. Y después del que fuera el rechazo más sonado de su vida llegó la fatídica jarana y muerte de Ranuccio Tomassoni, en la noche del 29 de mayo de 1606, aquel dichoso domingo que precedía un tórrido verano. El artista de éxito en Roma se convierte en asesino a la fuga, refugiado en Nápoles. Allí, como escribe Longhi, "la vida se había ido ensombreciendo cada vez más para Caravaggio".

El primer encargo no tardó en llegar. En la iglesia del Pio Monte de la Misericordia realizó *Las siete obras de la Misericordia*, del que Longhi dice que "nunca Caravaggio se sintió más libre que en este primer tema napolitano". "Caravaggio la había pintado, como se dice, con el corazón en la mano, en un momento excepcional de distensión. Había reunido, en la sacristía de los frailes inquisidores, a los pordioseros más extraordinarios y perfectos (los mismos poco más o menos que servirán a Velázquez para sus *Borrachos*) y los había puesto de rodillas, los brazos abiertos, los dedos pegajosos". Unos meses más tarde llegará el David y Goliat del Museo del Prado, con un autorretrato que señala la amenaza que pesa sobre la cabeza del pintor tras la condena a muerte que ha decretado contra su persona el papa de Roma. Longhi reconstruye a Caravaggio como uno más, uno de los suyos, como un contemporáneo. Porque para el maestro de los historiadores del arte, "la historia pasada siempre se colorea de la del presente".

[Fuente: eldiario.es]

Antonio Antón

Dinámicas transformadoras y renovación de la izquierda

Acabo de publicar el libro titulado las [*Dinámicas transformadoras. Renovación de la izquierda y acción feminista, sociolaboral y ecopacifista*](#), del que expongo su presentación. Explica las características y el marco de la acción democrática y los dilemas de la política progresista, así como las tendencias transformadoras de carácter sociopolítico en España, en el marco europeo y desde un enfoque realista, social y crítico que profundiza en varios conceptos fundamentales para clarificar los procesos de cambio político, como la formación de las identificaciones, los sujetos colectivos y la hegemonía ideológica.

Consta de seis capítulos complementarios. Los dos primeros sitúan el marco general de la trayectoria política progresista y varios de los debates sobre el diagnóstico y la estrategia reformadora de las izquierdas. Los tres siguientes profundizan en tres aspectos específicos (sociolaboral, feminismo y pacifismo) de gran relevancia, que tienen un impacto global: los cambios en el mercado de trabajo y las relaciones laborales, en este contexto de persistencia de la crisis social y la gestión del Gobierno de coalición progresista; los retos del feminismo y el debate sobre su orientación y su identidad, y la configuración de un nuevo pacifismo ante la guerra en Ucrania y los actuales conflictos geopolíticos. Y sexto es una valoración más teórica sobre el papel de las identidades, la conformación de los sujetos colectivos y la acción por la hegemonía ideológico-cultural.

El primer capítulo, “**Nueva etapa política**”, se centra en el proceso de recomposición de las izquierdas o fuerzas progresistas y sus principales tareas renovadoras y de consolidación, así como en el análisis de sus bases sociales. Tiene cinco secciones: *El 15-M y la dinámica transformadora hoy*; *Las clases sociales: estructura, identificación y sujeto*; *Renovación de la izquierda y frente amplio*; *Un reformismo fuerte*, y *Liderazgos para la nueva etapa*.

El segundo, “**Debates sobre la política**”, explica seis aspectos significativos de la conversación pública que tienen relevancia para configurar un pensamiento crítico y una estrategia de cambio igualitaria-emancipadora: *La derechización españolista*; *La crisis de intermediación y la desconfianza en los partidos*; *Frente amplio: Sentido y contexto*; *Controversias sobre la transversalidad*; *Meritocracia y justicia social*, e *Identitarismos*.

El tercero, “**Las reformas laborales**”, detalla este aspecto fundamental de la reforma del mercado de trabajo y las relaciones laborales con gran impacto en los equilibrios políticos y la acción reformadora del Gobierno de coalición progresista. La primera sección, *Respuestas a la reforma laboral del PP*, critica sus características y señala la oposición cívica a la misma; la segunda y la tercera, *El marco de la reforma laboral pactada* y *La reforma laboral del Gobierno*, valora detalladamente su significado transformador y sociopolítico, y la cuarta, *Precariedad, juventud trabajadora y sindicatos*, se detiene en este aspecto particular, la precariedad laboral juvenil y su superación, relevante para el refuerzo del sindicalismo.

El cuarto, “**Desigualdad de género y retos feministas**”, analiza cinco cuestiones: *Las desventajas de género y la nueva ola feminista*

, centrado en los procesos de identificación en la pugna por la igualdad y la emancipación; *la acción contra la violencia machista*, de gran importancia vital para las mujeres y colectivos LGTBI, y *por los derechos de las personas trans*, también de gran peso simbólico; el interrogante sobre *¿Un feminismo moderado?* para resaltar la necesidad de un feminismo crítico y transformador, y *Acerca del sujeto feminista*, sobre la persistencia de la desigualdad de género, la apuesta por una acción feminista igualitaria y el debate sobre la identidad feminista ligada con el refuerzo de un sujeto feminista emancipador.

El quinto, “**Un nuevo pacifismo ante la guerra en Ucrania y el conflicto geopolítico**”, trata tres aspectos: *La mitad de la población se opone al aumento del gasto militar*, que denota una significativa conciencia pacifista; *Frente a la militarización, la opción por la paz*, donde se aborda el interrogante de un frente atlantista, la soberanía territorial frente al intervencionismo militar, la experiencia pacifista con una cultura por la paz y la necesidad de una estrategia pacifista, realista y ambiciosa, y *La guerra y la paz en Europa*, que expone la subordinación europea a la OTAN y la estrategia de EEUU, señala el dilema de la identidad europea y su autonomía estratégica y destaca la necesidad de una actitud realista, pacifista y ética.

El sexto, “**Sujetos, identificaciones y hegemonía**”, profundiza en un marco teórico con cuatro aspectos relevantes para interpretar los procesos de acción colectiva y cambio sociopolítico: *La identificación de clase*, asociada al análisis de las clases sociales del primer capítulo; *Identidad y hegemonía. En torno a E. P. Thompson, Laclau y Gramsci*, una reflexión teórica a tres libros con esas referencias intelectuales; *Lucha de clases y/o pugnas identitarias*, que expresa esa interacción de esas dos dinámicas complementarias y conflictivas que se deben reinterpretar, y *Acción sociopolítica y/o lucha ideológica*, que señala un aspecto fundamental de esa conversación, la combinación entre esos dos componentes en el marco del proceso renovador de la izquierda.

Los textos son el resultado de tres investigaciones académicas, dos de ellas presentadas en el reciente *XIV Congreso de Sociología* (29 de junio a 2 de julio de 2022), y de la reelaboración de artículos y ensayos publicados en los últimos meses en varios medios, entre ellos *Nueva Tribuna*.

[Fuente: [Nueva Tribuna](#)]

Nuria Alabao

Pierde potencia el feminismo, crece la reacción

No hay encuestas que lo certifiquen, pero podría estar creciendo la reacción antifeminista en España. El indicador más claro está en la juventud. Desde colegios e institutos los profesores alertan de las posiciones de muchos adolescentes que se rebotan públicamente cuando les hablan de feminismo o violencia machista. También hay un número importante de *influencers* antifeministas que llegan directamente a los jóvenes, retorciendo argumentos y vendiendo “rebelión”. Para pensar sobre el resto de la sociedad, solo podemos hablar de intuiciones.

En Estados Unidos, sin embargo, hay evidencias claras —sobre todo en lo que respecta precisamente al crecimiento de estas posiciones entre los jóvenes— y ya se pueden encontrar en la prensa algunos análisis. Un inquietante ejemplo es una reciente [encuesta](#) del Southern Poverty Law Center, que interroga sobre cuestiones de género. Aunque una abrumadora mayoría de los encuestados cree que las mujeres en el lugar de trabajo fortalecen la economía —82%— y se sentirían cómodos con una mujer como presidenta —75 %—, hay otras respuestas menos alentadoras. Como era de esperar, la mayoría de los republicanos menores de 50 años —el 62%— dice que “el feminismo ha hecho más daño que bien”. Pero sorprendentemente, el 46% de sus contrapartes demócratas también están de acuerdo. Mientras, en los mayores de 50 estas cifras se reducen considerablemente, tanto en hombres como en mujeres. El antifeminismo avanza también allí entre los más jóvenes de todo el espectro político y entre muchas mujeres de derechas. Curiosamente, este avance parece compatible con posiciones igualitarias e incluso con el momento de más apoyo al aborto.

Además de esta encuesta, la escritora Michelle Goldberg señalaba en el *New York Times* otros indicios que le llevan a especular sobre las horas bajas de la ola feminista en Estados Unidos, en un artículo con el significativo título de “[The Future Isn't Female Anymore](#)”. La autora percibe un crecimiento del odio antifeminista tanto en la reacción brutal que desató el juicio contra la actriz Amber Heard por la demanda presentada por su exmarido, Johnny Depp, como en las expresiones culturales de los más jóvenes en Tiktok, donde se burlan de la violencia machista. Según ella, esto es indicativo de que los jóvenes se están volviendo contra el feminismo.

También confiesa que esperaba que la sentencia del Supremo que abre la puerta a la ilegalización del aborto conduciría a una movilización masiva. Sin embargo, en la manifestación de Los Ángeles participaron unas 5.000 personas, según *The New York Times*, mientras que unos años antes, en la Marcha de Mujeres contra Trump en la misma ciudad, lo hicieron más de 100.000. Otro signo es que los republicanos tampoco han descendido en intención de voto. Las expectativas despertadas por la nueva ola, que nos hacían repetir como un mantra que “la fuerza del feminismo impedirá retrocesos en derechos” no parecen cumplirse en todas partes. Goldberg señala que esta pérdida de entusiasmo feminista se solapa además con el crecimiento del antifeminismo “haciéndose más difícil luchar contra él”. ¿Puede estar pasando eso aquí?

España no es EE. UU. Es verdad que allí la derecha cristiana y el movimiento antiaborto tienen mucha fuerza y llevan décadas interviniendo en política y ganando posiciones. El embate es constante. La movilización de la misoginia como herramienta política ha facilitado, además, la

erosión de las instituciones democráticas y las protecciones de los derechos humanos y civiles, como los derechos a la privacidad, la libertad de conciencia y a la salud reproductiva. Véase no solo la presidencia de Trump, sino el constante retroceso de la aplicación de las leyes antidiscriminatorias en nombre de la “libertad de conciencia o religiosa”.

El contexto es distinto. Sin embargo, es inevitable preguntarse por el estado del movimiento en nuestro país. ¿Estamos en horas bajas de la movilización? ¿Las divisiones y batallas sobre temas como los derechos trans o de las trabajadoras sexuales han debilitado al movimiento? ¿O acaso lo ha hecho la institucionalización del feminismo, convertido en un símbolo por el que se pelean los partidos de gobierno? ¿Estaríamos preparadas aquí para frenar una sentencia del Constitucional desfavorable a la actual ley de plazos?

Los porqués de los retrocesos

No es fácil explicar por qué se están produciendo estos dos fenómenos que se solapan: el aumento del antifeminismo y la bajada de la ola feminista. Evidentemente, en España hay políticos que utilizan los marcos antifeministas para conseguir poder, les dan presencia pública y legitimidad. El machismo y la misoginia ya existían; Vox —[el primer partido entre los hombres divorciados](#)— trata de politizar estas posiciones utilizando algunas de las principales líneas narrativas de la internacional reaccionaria en cuestiones de género.

Por su parte, la política institucional, sobre todo la izquierda, lo utiliza como herramienta de gobierno para legitimar políticas de todo tipo, como un capital político que, con tanta presencia en los medios, resulta incluso cansino. Si muchas mujeres ricas y poderosas son tan feministas, y si ese feminismo no se preocupa por los principales problemas que perciben muchas personas —tanto hombres como mujeres—, el camino hacia el antifeminismo está abonado. Según Goldberg, en el pasado ciclo, “un feminismo que valorizaba la búsqueda de poder y prestigio, de pronto, tuvo vigencia cultural”, pero esos tiempos pueden haber pasado. Por otra parte, cuando se identifica a las élites con el feminismo, en un contexto de desafección institucional que va en aumento, esa identificación puede convertirse en reacción antifeminista.

Para poder golpear mejor, tanto Vox como los *influencers* antifeministas unifican —o caricaturizan— al feminismo en esa posición: la del poder. Sabemos que el movimiento es una cosa mucho más compleja, con distintas posiciones ideológicas y de clase, y con proyectos que a veces son incluso incompatibles entre sí. (No es lo mismo pedir cuotas en la dirección de las empresas que derechos para las trabajadoras domésticas, migrantes o prostitutas.) Sin embargo, ellos aplanan esta complejidad, crean un hombre de paja para golpear mejor. Esto les permite presentarse como antisistema, como rebeldes. Algo muy atractivo para los más jóvenes. Si el feminismo —o una versión de él— es el discurso del gobierno, de la mayoría de medios *mainstream*, de las autoridades escolares; si lo que se identifica como correcto, o lo que es posible decir tiene que ser “feminista”, está claro que la provocación y la rebelión están del otro lado. Si para la izquierda el feminismo es de sentido común o solo está lleno de connotaciones positivas, fuera de esa adscripción ideológica su imagen es mucho más ambigua y los significados a los que se asocia no siempre son necesariamente positivos. El interclasismo que caracteriza su versión más pública constituye su principal punto débil. ¿Qué significa el feminismo cuando todo el mundo es feminista? ¿Cuál es su proyecto más allá de la lucha necesaria contra la violencia machista? Por su parte, el feminismo más anticapitalista —o de clase— es muy

minoritario y tiene mucha menos presencia mediática.

Otro problema que resulta muy visible cuando el feminismo no está vinculado a otros proyectos de transformación más amplios: la imagen que presenta es la de un movimiento con preocupaciones selectivas y con una aparente jerarquización del valor de las vidas. Sí, sabemos que precisamente el dispositivo de género agudiza las situaciones de desigualdad social y genera violencias. Pero el discurso feminista *mainstream* parece preocuparse por la trata de mujeres con fines de prostitución forzada, pero no por la trata laboral en general; por las menstruaciones incapacitantes, pero no por los accidentes laborales que matan trabajadores; por la violencia sexual contra las mujeres, pero no contra los gays o las personas trans. Una parte del feminismo, además, puede resultar esencialista y culpabilizadora para los hombres. Este es un elemento que hay que tener en cuenta para analizar el crecimiento del antifeminismo entre los jóvenes — [algo que intenté explicar aquí](#)—. Luchar contra la violencia machista o la desigualdad no puede estar basado en señalar comportamientos individuales perdiendo de vista las cuestiones estructurales. Cambiar el orden de género, mejorar las condiciones de vida de las mujeres, implica, además, destruir también los actuales roles masculinos que reproducen la violencia; para eso necesitamos a los hombres. Al menos, a la parte de ellos que quiera comprometerse en esta lucha. El feminismo también puede mejorar sus vidas. Este mensaje es importante para frenar el crecimiento del antifeminismo.

Goldberg apunta otras dos cuestiones importantes. La primera es la emergencia pública de un feminismo dogmático, agresivo y culpabilizador —y aquí podríamos añadir reaccionario, cuando se opone a los derechos trans, por ejemplo—. Las dinámicas que se reproducen en las redes sociales son a menudo de caza de brujas: se señala en las redes a personas y actitudes, declaraciones o imágenes, y se les culpabiliza como si fuesen la causa de la opresión, como explicamos en este artículo [escrito junto a Emmanuel Rodríguez](#). El propio diseño de los algoritmos favorece las dinámicas de polarización y a los *trolls*, lo que no afecta solo al feminismo. Estoy segura de que el tono de estas confrontaciones aleja a muchas personas del movimiento, sobre todo si lo viven a través de las redes, ya que perciben un alto grado de violencia y, en vez de la alegría que produce liberarse junto a otras, presencian una cierta tonalidad de tristeza. Y no solo es fuente de moralización para los hombres; para muchas mujeres, el feminismo se muestra prescriptivo y culpabilizador. “¿Qué dice sobre el feminismo popular el hecho de que provoque que algunas mujeres se sientan mal por sus deseos? Cuando el feminismo mismo se convierte en un impedimento para que las mujeres hablen sobre la verdad de sus vidas, entra en declive”, señala Goldberg. ¿Es posible que hayamos llegado a un momento en el que es más difícil opinar con libertad dentro de movimientos de emancipación que fuera de ellos?

Hay que organizarse

La autora también señala que uno de los problemas puede ser que gran parte de la movilización feminista en EE. UU. se ha producido en el espacio mediático y de redes, mientras que, por ejemplo, el feminismo de la segunda ola se basó en la organización cara a cara. (Es cierto que también hubo importantes confrontaciones entre distintas facciones del feminismo en ese momento.) Pero la autora señala acertadamente que las organizaciones son importantes para “mantener a las personas vinculadas a un movimiento y entre sí, a través de desacuerdos y pausas en la acción política. Sin ellas, el activismo se vuelve más evanescente; la gente se junta

durante las emergencias y luego se dispersa”. ¿Han crecido las organizaciones feministas autónomas durante esta última ola en España? Yo creo que sí, pero probablemente no a altura de la marea que se produjo. Mucha de esa militancia nueva es mediática o en redes o de carácter lábil. Pero el diagnóstico aquí puede ser equivalente al que hace Goldberg: gran parte del feminismo en este momento encaja en dos amplias categorías —producción de discurso y ONG—.

El feminismo pierde vitalidad, pero sigue siendo imprescindible. Para seguir avanzando tenemos que ser capaces de hacernos preguntas difíciles. Las soluciones a estos problemas tendrán que ser colectivas y, sin duda, para las que creemos que el feminismo es una herramienta esencial de transformación social, lo único que garantiza nuestra fuerza es continuar organizadas más allá de los humores sociales. Queda un trabajo también de deslindar batallas, no podemos quedarnos estancadas peleando la enésima guerra cultural mediática. Tenemos que avanzar en propuestas, poniendo otra vez en el centro la división sexual del trabajo y cuestiones materiales que despliegan toda la potencia transformadora del feminismo. Si los medios exigen pronunciarse sobre las bajas por menstruación, nosotras tenemos que hablar de enfermedades laborales no reconocidas de los sectores feminizados más precarizados —sobre todo en el sector de cuidados—, pero también de cómo mejorar las condiciones laborales de todos. En momentos de avance de las extremas derechas tenemos que desmarcarnos de posiciones [femonacionalistas](#), conservadoras o elitistas que solo son funcionales a su crecimiento.

Desde Europa del Este, [las investigadoras Weronika Grzebalska y Eszter Kováts](#) advierten de que el importante apoyo de las mujeres polacas y húngaras a la extrema derecha en sus países se debe a la desafección con los políticos que han implementado políticas económicas neoliberales —a veces bajo retóricas feministas— y sus consecuencias en el descenso del nivel de vida. Pero también a la incapacidad del [feminismo identitario o cultural](#) dominante —muy centrado en la cuestión sexual y de paridad— para encarar los problemas estructurales y vitales de la mayoría de las mujeres. Por tanto, para que el feminismo despliegue su potencia igualitaria tendrá que vincularse con propuestas políticas que tengan un proyecto de transformación para toda la sociedad y que conciban la igualdad como igualdad entre todos y todas. La pelea sigue abierta.

[Fuente: [Ctxt](#)]

Cuando la Tierra se calienta

La memoria de los mares y océanos

Arte TV 2022

La Tierra existe desde hace más de cuatro mil millones de años, y siempre ha habido cambios climáticos. Un nuevo periodo cálido está transformando nuestro planeta de forma particularmente rápida y profunda. Científicos de todo el mundo investigan cómo podría ser el futuro de nuestros océanos reconstruyendo cómo reaccionó la vida marina durante los periodos de calor del pasado. Disponible hasta el 18 de noviembre.

Parte I:

Parte II:

30 10 2022

La justicia de la tortura

Sobre Derecho y fuerza

Trotta Madrid 2022 172

R. C. B.

Vivimos una época de manifiesta degradación moral e intelectual en Occidente, cuya máxima expresión quizás sea la frivolidad y la amoralidad, disfrazadas de cruzada por los derechos humanos y la democracia, con que un gran número de políticos, académicos y periodistas asumen aprobatoriamente la realidad de la guerra y el riesgo de un holocausto nuclear e, incluso, los alientan. No es de extrañar que en un contexto así aparezca publicada en Trotta esta reciente monografía del iusfilósofo italiano Massimo La Torre sobre los intentos contemporáneos de rehabilitar discursivamente la tortura. *La justicia de la tortura* tiene, en efecto, por objeto principal describir y analizar críticamente, así como denunciar en los términos más contundentes, una serie de doctrinas filosóficas y jurídicas destinadas a justificar moral y legalmente la tortura en determinados supuestos.

La Ilustración y el constitucionalismo liberal desterraron del discurso moral y de los derechos nacionales la tortura, que pasó de ser un procedimiento de investigación criminal y una pena admitidos a estar prohibida por el derecho y a constituir una aberración moral. Lo cual, desde luego, no impidió su práctica, pero esta tuvo que ser mantenida en secreto, como un hecho vergonzoso. Los regímenes fascistas y autoritarios de la primera mitad del siglo XX recurrieron con profusión a la práctica de la tortura, lo que condujo a la prohibición de la tortura en los términos más absolutos y rotundos en el constitucionalismo y el derecho internacional de la segunda posguerra mundial. Como es sabido, ello no supuso su desaparición, ni mucho menos: baste con recordar los conocidos ejemplos de las dictaduras argentina y chilena, entre otros muchos que se podrían citar. Pero tampoco entonces a nadie se le ocurrió elaborar teorías morales o jurídicas para justificar públicamente la tortura. Esto era algo impensable. Era impensable, al menos, que filósofos, juristas y funcionarios públicos publicasen ensayos, artículos académicos y dictámenes en los cuales desarrollaran sutiles argumentaciones justificadoras de la admisibilidad moral y/o legal de la tortura, aunque sólo fuera en casos extremos o excepcionales. Pero lo impensable llegó cuando, desde finales de la década de los ochenta del siglo pasado y, sobre todo, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, un nutrido grupo de intelectuales y asesores gubernamentales, en su mayoría anglosajones y alemanes, se dedicaron precisamente a hacer lo antes señalado como impensable —algunos de ellos por esnobismo o malsana ejercitación intelectual y otros con la clara intención de relajar con carácter general las prohibiciones jurídicas de la tortura y hacerla aceptable para la opinión pública—.

Massimo La Torre expone las tesis de los más importantes representantes de ese infame grupo de pensadores y *Kronjuristen*: Michael Moore, Winfried Brugger, Alan Dershowitz, Kenneth Himma, Uwe Steinhoff, Rainer Trapp, Richard Posner —el teórico neoliberal del análisis económico del derecho—, su hijo Eric Posner, Adrian Vermeule y John Yoo, con antecedentes ilustres en Bentham, Twining y Luhmann. La Torre no se limita a describir las doctrinas de los autores citados y a mostrar su repulsa ante un sistemático y bien trabado esfuerzo intelectual por cuestionar o derribar lo que debería ser un tabú fuera de toda discusión: la prohibición absoluta moral y legal de la tortura, sin excepciones. También desarrolla una notable argumentación

destinada a desvirtuar las supuestas razones normativas invocadas para justificar la tortura en ciertos casos —que, como ya he dicho, esconden en realidad una intención de promover la normalización y aceptación públicas de la misma—, aunque nuestro autor pone de manifiesto la sensación embrutecedora y de repugnancia que le suscita tener que entrar a fondo en el interior de los argumentos de los partidarios de la tortura para desentrañar sus fallos y falacias.

Aprovecha el iusfilósofo italiano su ensayo sobre la tortura para explicar los puntos básicos de su concepción antipositivista del derecho, pues entiende que existe una conexión necesaria entre la noción que los juristas tienen del derecho y una mayor disposición o proclividad a tolerar o aceptar una justificación legal de la tortura por parte de esos mismos juristas. Para La Torre, una noción 'neoconstitucionalista' del derecho, alejada del positivismo jurídico y enraizada en la pretensión de corrección moral o de justicia del derecho derivada de los valores del constitucionalismo contemporáneo y su práctica por los operadores jurídicos (tipo Atienza, para entendernos), es la adecuada para mantener incólume la prohibición absoluta de la tortura. Aquí el autor incurre en una extrema idealización del derecho contemporáneo, difícil de suscribir, especialmente a la vista de los cambios experimentados por ese derecho en las últimas décadas (véase al respecto: Estévez Araújo, J.A., ed., *El derecho ya no es lo que era. Las transformaciones jurídicas en la globalización neoliberal*, Trotta, Madrid, 2021).

En suma, estamos ante un libro de lectura muy recomendable en una época como la nuestra, en la que otro tabú bien establecido desde los tiempos de la Guerra Fría, el no uso preventivo de las bombas atómicas y termonucleares, está empezando a ser cuestionado por algunos en el contexto de la guerra ruso-ucraniana.

10 10 2022

Sugerencias para pensar alternativas

A. R. A.

Los dos textos que presento son completamente diferentes, por las características de sus autores y por el enfoque, pero las cuestiones que plantean ambos deben ser consideradas a la hora de abordar un cambio social necesario.

El primer texto, el de Thomas Piketty *Breve historia de la igualdad* (Deusto, 2021), lleva tiempo circulando y ha sido profusamente citado, lo que no quiere decir que haya sido leído y debatido a fondo. El segundo es una obra colectiva de reciente aparición, y posiblemente de circulación mayoritaria entre ecologistas ilustrados. Se trata del libro, editado por Luis Arenas, José Manuel Naredo y Jorge Riechmann, *Bioeconomía para el siglo XXI* (FUHEM Ecosocial, 2022).

Los trabajos de Piketty han merecido mucha atención, pues han servido para mostrar que, efectivamente, las políticas neoliberales han contribuido al incremento de las desigualdades. Este nuevo libro tiene la ventaja de que está pensado para un público más amplio; pasa por alto los detallados análisis que justifican sus afirmaciones y se centra en los argumentos esenciales. El postulado central es que en los dos largos siglos de economía capitalista se ha producido una reducción de las desigualdades, pero que ha sido insuficiente y ha vuelto a repuntar en el último periodo. Piketty insiste en la importancia de la propiedad privada, del marco institucional que la delimita, como un elemento central de la generación de desigualdades. Una de sus explicaciones más brillantes tiene que ver con el papel que las instituciones coloniales y neocoloniales han desempeñado a la hora de explicar las desigualdades entre naciones. Coherente con su enfoque, propone un socialismo democrático fundamentado en un cambio en las formas de propiedad, en su democratización, tanto en el plano de la tenencia como en el de la gestión. No hace falta estar de acuerdo con todas sus propuestas para no pensar que plantean un debate esencial, y que esta obra es una invitación a este debate.

Bioeconomía es un texto completamente diferente. Reúne una serie de trabajos que giran en torno a la obra de Nicholas Georgescu-Roegen, el economista rumano que desarrolló un inmenso trabajo en la relación entre la economía y la vida natural, tratando de sacar al pensamiento económico de su desconocimiento de los procesos naturales que están en la base de toda actividad económica. Al incorporar la teoría termodinámica al análisis económico, se ponen en cuestión muchos de los conceptos que se manejan habitualmente en el debate económico: “producción”, “crecimiento”, “productividad”... Y, lo que es más esencial, se expone que el actual modelo económico, caracterizado por el crecimiento de la población y del consumo per cápita y por el consiguiente consumo creciente de energía, materiales y seres vivos, está condenado al desastre en un mundo finito, lo cual pone en cuestión no solo a las sociedades capitalistas actuales, sino también a proyectos alternativos basados en un crecimiento continuo; en suma, el socialismo de la abundancia es una utopía que solo puede sostenerse con una ignorancia básica de los procesos naturales. Entre los diversos trabajos que contiene el volumen, la mayoría de lectura relativamente sencilla, se incluyen reflexiones no solo sobre los límites del modelo productivo, sino también sobre posibles alternativas, sobre cómo plantear un socialismo de base ecológica. Como en el caso de Piketty, se trata más de sugerencias que de propuestas cerradas.

Como es obvio, las dos obras son de naturaleza muy dispar. Se ignoran entre sí, pues parten de

preguntas y marcos teóricos distantes. Eso sí, ambas coinciden en un aspecto: ni en los trabajos de Piketty ni en *Bioeconomía* hay ninguna reflexión clara que dé pistas acerca de cómo transitar hacia un mundo con menos concentración y menos derechos a la propiedad privada, en un caso, y/o hacia un modelo social ecológicamente viable en el otro. Tampoco hace falta. Lo que sí plantea la confrontación de ambos textos es precisamente esta necesidad de avanzar en la vía de propuestas que trabajen a la vez por la igualdad y la racionalidad ecológica. Por esto animo a su lectura.

28 10 2022

La Soberanía Alimentaria es la única solución y camino a seguir

Declaración en el #16Oct22

Declaración Política en el Día Internacional de Acción por la Soberanía Alimentaria de los Pueblos contra las transnacionales

Nuestro frágil mundo enfrenta una inminente crisis alimentaria global. El impacto del COVID-19 empujó a más personas a la pobreza. Las medidas de confinamiento devastaron los medios de subsistencia de las familias y la economía, e interrumpieron las cadenas de suministro. A nivel global, según el [Informe Mundial de Crisis Alimentarias 2022](#) (GRFC en inglés), los niveles de hambre siguen siendo tan alarmantemente altos como en 2021, alrededor de 193 millones de personas en 53 países padecen inseguridad alimentaria aguda y necesitan asistencia urgente. Esta hambruna severa está potenciada por los conflictos, las condiciones climáticas extremas, los dramáticos efectos económicos y sociales de la pandemia y, más recientemente, por la guerra en Ucrania. Los precios de las materias primas alimentarias a principios de 2022 estaban en su punto más alto en 10 años y los precios de los combustibles en su punto más alto en 7 años. La crisis alimentaria actual tiene que ver con la asequibilidad; incluso en lugares donde hay disponibilidad de alimentos, su costo está fuera del alcance de millones de personas, mientras que el aumento de los precios profundiza los desafíos para quienes apenas pueden pagar los alimentos en tiempos normales.

La crisis alimentaria en este momento es inédita, porque se desarrolla en medio de un contexto global más difícil que el de las crisis alimentaria y de combustibles de 2008. La intensidad y frecuencia de los choques climáticos se han más que duplicado en comparación con la primera década de este siglo. En los últimos 10 años, alrededor de 1.700 millones de personas se vieron afectadas por desastres relacionados con el clima, de las cuales casi el 90% se convirtió en refugiados climáticos. El hambre, la desnutrición y la pobreza son más difíciles de superar debido a las guerras, los conflictos y los desastres naturales en curso. Esto obstaculiza todos los aspectos de un sistema alimentario, desde la recolección, procesamiento y transporte de alimentos hasta su venta, disponibilidad y consumo.

Pero acabar con el hambre no tiene que ver sólo con el abastecimiento. Hoy en día se produce suficiente comida para alimentar a todos en el planeta. El problema es el acceso y la disponibilidad de alimentos nutritivos, que se ve cada vez más obstaculizado por múltiples desafíos, como la pandemia de COVID-19, los conflictos, el cambio climático, la desigualdad, el aumento de los precios y las tensiones internacionales.

A medida que prolifera el cambio del multilateralismo al modelo de múltiples partes interesadas en las plataformas de la ONU, las corporaciones han seguido controlando las narrativas para el cambio. El poder corporativo en los sistemas alimentarios y agrícolas también ha seguido creciendo, y la financiarización está convirtiendo los alimentos y la tierra en objetos de especulación. El reciente proceso UNFSS (Foro de las Naciones Unidas sobre Normas de Sostenibilidad) es un claro ejemplo de esta tendencia. El fracaso de las políticas neoliberales y la agricultura industrial (incluidos los transgénicos) en el aumento de rendimientos y ganancias,

condujo a la concentración del poder corporativo en unas pocas empresas transnacionales (ETN) que controlan Macrodatos, tierras agrícolas, recursos oceánicos, semillas y agroquímicos, apuntan a dominar cada vez más nuestros sistemas alimentarios y se apropian del 80% de los alimentos producidos por los agricultores familiares. La financiarización condujo a una concentración de mercado sin precedentes para potenciar nuevas inversiones en Investigación y Desarrollo (I+D) y (bio) tecnologías, apuntando a ampliar las fronteras del capitalismo para capturar toda la biodiversidad mundial.

En todo el mundo, existe una tendencia hacia la reducción del espacio cívico y la reducción de la ambición por defender los derechos humanos. Los activistas a nivel local son cada vez más vulnerables a violaciones de los derechos humanos, opresión y criminalización. La violencia de la represión Estatal, que utiliza las fuerzas militares y de seguridad, apuntando a personas y asediando a masas de manifestantes pacíficos en todo el mundo. Por otro lado, la primacía y la legitimidad del sector público se ven cada vez más amenazadas por la apropiación corporativa de los procesos políticos y una narrativa del desarrollo que asigna un papel de liderazgo a la inversión del sector privado, mientras el multilateralismo es atacado por un nacionalismo virulentamente populista y un modelo multipartito promovido por las corporaciones.

En las últimas tres décadas ha habido un crecimiento de una red cada vez más robusta, diversificada y articulada de pequeños productores de alimentos, trabajadores y otros actores sociales perjudicados por el sistema alimentario globalizado liderado por corporaciones, que abogan por una transformación radical de los sistemas alimentarios y agrícolas basados en la Soberanía Alimentaria. Estos movimientos se han comprometido decididamente en la defensa y construcción de dispositivos de abastecimiento de alimentos ecológica y socialmente sostenibles y arraigados territorialmente, que tienden a denominarse “alternativos”, aunque son responsables de hasta el 70% de los alimentos que se consumen en el mundo. Repensar las políticas agrícolas como una cuestión de seguridad económica y nacional debe ser una prioridad.

El movimiento por la Soberanía Alimentaria ha sido una parte dinámica de la articulación de transformación y soluciones desde la década de 1990, y a través del histórico Foro de Soberanía Alimentaria de Nyéléni en 2007 y el Foro de Agroecología en 2015. 25 años después de la creación del concepto de Soberanía Alimentaria, nuestros movimientos unen sus voces que piden un cambio sistémico para abrir el camino a un futuro de esperanza.

Exigimos acción inmediata para:

- El cese de la especulación alimentaria y la suspensión de la comercialización de productos alimentarios en las bolsas de valores. El precio de los alimentos comercializados internacionalmente debe estar vinculado a los costos de producción y seguir los principios del comercio justo, tanto para lxs productorxs como para lxs consumidorxs;
- El cese del control de la OMC sobre el comercio de alimentos y la exclusión de la producción de alimentos de los acuerdos de libre comercio. Los países deben tener reservas públicas de alimentos y regular el mercado y los precios, para poder apoyar a lxs productorxs de alimentos a pequeña escala en este contexto desafiante;
- La creación de un nuevo organismo internacional para llevar a cabo negociaciones transparentes en acuerdos mercantiles entre países exportadores e importadores, para que los países que dependen de las importaciones de alimentos puedan tener acceso a los

mismos a un precio accesible;

- Prohibir el uso de productos agrícolas para producir agrocombustibles o energía. La comida debe ser una prioridad absoluta sobre el combustible.
- Una moratoria global sobre el pago de la deuda pública por parte de los países más vulnerables. Presionar a esos países para que paguen la deuda es una gran irresponsabilidad y conduce a crisis socioeconómicas y alimentarias.

Exigimos cambios radicales en las políticas internacionales, regionales y nacionales para reconstruir la Soberanía Alimentaria a través de:

- Un cambio radical en el orden internacional de comercio. La OMC debe ser desmantelada. Un nuevo marco global para el comercio y la agricultura, basado en la Soberanía Alimentaria, debería abrir el camino para fortalecer la agricultura campesina local y nacional, para garantizar una base estable para una producción de alimentos relocalizada, el apoyo a los mercados liderados por campesinxs locales y nacionales, y proporcionar un sistema de comercio internacional justo basado en la cooperación y la solidaridad;
- La implementación de la Reforma Agraria popular e integral, para frenar el acaparamiento de agua, semillas y tierras por parte de las corporaciones transnacionales, y garantizar a lxs pequeñxs productorxs derechos justos sobre los recursos productivos; protestamos contra la privatización y el acaparamiento de territorios y patrimonio por intereses corporativos con el pretexto de la protección de la naturaleza, a través de mercados de carbono u otros programas de compensación de la biodiversidad, sin tener en cuenta a las personas que viven en estos territorios y que han estado cuidando ese patrimonio por generaciones;
- Un cambio radical hacia la agroecología para producir alimentos saludables para el mundo. Debemos enfrentar el desafío de producir suficientes alimentos de calidad al tiempo que reactivamos la biodiversidad y reducimos drásticamente las emisiones de GEI;
- Regulación efectiva del mercado de insumos (como créditos, fertilizantes, pesticidas, semillas, combustible) para respaldar la capacidad de producción de alimentos de lxs campesinxs, pero también para garantizar una transición justa y bien planificada hacia prácticas agrícolas más agroecológicas;
- Una gobernanza alimentaria basada en las personas, no en corporaciones transnacionales. Debe detenerse la captura de la gobernanza alimentaria por parte de las transnacionales, y se debe poner el interés de la gente en el centro. Se les debe otorgar a lxs pequeñxs productorxs un papel clave en todos los organismos de la gobernanza alimentaria;
- La transformación de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de lxs Campesinxs en un instrumento jurídicamente vinculante para la defensa de los pueblos rurales.
- El desarrollo en cada país de las capacidades públicas de almacenamiento. La estrategia de acumulación de alimentos debe llevarse a cabo tanto a nivel nacional, como a través de la creación y el apoyo público a reservas de alimentos a nivel comunitario con alimentos producidos localmente provenientes de prácticas agrícolas agroecológicas;
- Una moratoria global sobre tecnologías peligrosas que amenazan a la humanidad, como la geoingeniería, los transgénicos o la carne celular. La promoción de técnicas de bajo costo que incrementen la autonomía campesina y de las semillas campesinas.
- El desarrollo de políticas públicas para asegurar nuevas relaciones entre quienes producen alimentos y quienes los consumen, quienes viven en las áreas rurales y quienes viven en las áreas urbanas, garantizando precios justos definidos en base al costo de producción,

que permitan ingresos dignos para todos los que producen en el campo y un acceso justo a alimentos saludables para lxs consumidorxs;

- La promoción de nuevas relaciones de género basadas en la igualdad y el respeto, tanto para las personas que viven en el campo como entre la clase trabajadora urbana. La violencia contra las mujeres debe cesar ya.

[Fuente: [CLOC-La Vía Campesina](#)]

Sonia Sanchez

Reflexiones tras la Marcha para el Desarme de 12 de junio

He venido a vosotros esta noche desde las profundidades

de la esclavitud

de manos blancas pelando pieles negras sobre

américa;

he venido a vosotros desde los ojos de la reconstrucción

que se cerraron sobre la humanidad negra

que redujeron la esperanza negra a las oscuras

chabolas de américa;

he venido a vosotros desde los años del linchamiento,

la explotación de hombres y mujeres negras por

un país que permitía el balanceo de

frutos extraños en los árboles sureños;

he venido a vosotros esta noche a través de los

años de delaney, los años de du bois, los

años de b.t. washington, los años de

roberson, los años de garvey, los

años de la depresión, los años del no puedes comer

o sentarte o vivir solo morir aquí,

los años de los derechos civiles, los años del

poder negro, los años del nacionalismo negro, los
años de la acción positiva, los años
liberales, los años neoconservadores;

he venido a decir que esos años
no fueron en vano; los fantasmas de nuestros
ancestros buscando descanso en este polvo
americano no fueron en vano, las mujeres negras
recorriendo sus vidas en coágulos no fueron
en vano, los años caminados
de lado en una tierra prohibida no fueron
en vano;

he venido a vosotros esta noche como igual,
como camarada, como mujer negra
que camina por un pasillo de lágrimas,
sin mirar ni a izquierda ni a derecha,
arrastrando mi historia con talones
magullados,
haciendo señas a la ilusión de américa
desafiándoos a mirarme a los ojos para
ver estas caras, la explotación de un
pueblo a causa de la pigmentación de la piel;

he venido a vosotros esta noche porque a ningún pueblo

se le ha pedido que sea un pueblo moderno
con la historia de la esclavitud, y aún
caminamos, y aún hablamos, y
aún hacemos planes, y aún tenemos esperanza y
aún cantamos;

he venido a vosotros esta noche porque hay
arribistas en el mundo. no son
nuevos. son viejos. vienen de antiguo.
se les llamaba exploradores, soldados, mercenarios,
imperialistas, misioneros, aventureros,
pero miraban el mundo por lo que
este les cedería y violaron
la tierra y a la gente, miraban
la tierra y la seccionaban para
propiedad privada, miraban a la
gente y decidían cómo manipularla
mediante el miedo y la ignorancia, miraban
el oro y comenzaban a acapararlo y
venerarlo;

he venido a vosotros porque es hora
de que todos purguemos el capitalismo de
nuestros sueños, purguemos el materialismo
de nuestros ojos, del planeta tierra

para volver a poner la tierra en manos
de los altruistas;

he venido a vosotros esta noche no solo por el cese
de la proliferación nuclear, las centrales
nucleares, las bombas nucleares, los residuos
nucleares, sino para parar la proliferación
de mentes nucleares, de generales nucleares
de presidentes nucleares, de científicos nucleares
que extienden los residuos humanos y nucleares
por el mundo;

he venido a vosotros porque el mundo necesita ser
salvado para las generaciones futuras que deben
devolver la tierra a la paz, que no
se asustarán por el color de la piel de un hombre/una mujer;

he venido a vosotros porque el mundo necesita cordura
ahora, necesita hombres y mujeres que no
trabajen para producir armas nucleares,
que renuncien a su necesidad de riqueza
excesiva y aprendan cómo compartir los
recursos del mundo, que nunca más
como científicos vuelvan a inventar solo
por inventar;

vengo a vosotros porque necesitamos volver la
vista a la belleza de este planeta, a la
brillante risa verde de los árboles, a los bellos
animales humanos que están esperando esbozar sus sonrisas sin prostituir;

he venido a vosotros para hablar de nuestra inexperiencia
en vivir como seres humanos, a través de marchas y campos de la muerte
a través de pasajes del medio y esclavitud
y países atronadores que llueven caras hambrientas;

estoy aquí para actuar en contra
de dejar nuestras sombras incrustadas sobre la
tierra mientras nuestros cuerpos se desintegran en
un relámpago nuclear;

estoy aquí entre las voces de nuestros ancestros
y el ruido del planeta,
entre la sorpresa de la muerte y de la vida;

estoy aquí porque no cederé la
tierra a no soñadores y agresores de la tierra;

estoy aquí para deciros:
mi cuerpo está lleno de venas

como las bombas a la espera de arder
con sangre.
debemos aprender a nutrir la vida no
bombas y retórica
alzándose en patriotismo rojoblancoyazul;

estoy aquí. y mi aliento/nuestros alientos
deben resonar a través de esta tierra
despertando nuevos alientos. nueva vida.
nueva gente, que vivirá en paz
y honor.

En: *Collected Poems*, Beacon Press, Boston, 2021. El poema fue publicado originalmente en
Generations (1986)

[Sonia Sanchez (1934) es una poeta, escritora y profesora americana. Figura destacada del movimiento cultural afroamericano Black Arts Movement durante los años sesenta y setenta, es autora de más de una veintena de libros y ha recibido numerosos premios literarios. El título del poema hace referencia a la marcha celebrada el 12 de junio de 1982 en Nueva York que reunió en torno a 1 millón de personas movilizadas contra la escalada nuclear, lo que se juntó con a otras exigencias sociales].